

**Doblemente maldecidos:
representaciones sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles
(Bogotá – Soacha)**

Por:
Gabriel Armando

Departamento de Estudios Culturales
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad Javeriana
Bogotá
2012

**Doblemente maldecidos:
representaciones sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles
(Bogotá – Soacha)**

Por:
Gabriel Armando

Trabajo de grado para optar al título de Maestría en Estudios Culturales

Director:
Eduardo Restrepo

Departamento de Estudios Culturales
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad Javeriana
Bogotá
2012

Nota de aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

Bogotá, Enero 13 de 2012

Contenido

Tabla de contenidos	2
Dedicatoria	4
Agradecimientos	5
Introducción	4
Precisiones conceptuales	5
Metodología	10
1. Caracolí-Robles: entre la ciudad y el campo, la vitalidad y la desolación	14
1.1. Mi acercamiento a Caracolí-Robles	16
1.2. Visión panorámica de Caracolí-Robles	16
1.2.1. Ubicación	16
1.2.2. Origen y nombre	20
1.3. Caracolí-Robles, un rastreo general	22
1.3.1. Geografía física y sus implicaciones	22
1.3.2. Cuando la pobreza y la desconfianza invaden todo: realidad socioeconómica de Caracolí-Robles	27
1.3.3. Una realidad política y cultural plural	29
2. Sin marcas: poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles	32
2.1. Visión panorámica	32
2.1.1. Poblaciones con procedencias rastreables	32
2.1.2. Deambulando por Colombia y Bogotá: trayectorias de los desplazados caracorroleños	33
2.1.3. Pero ¿por qué desplazados y por qué Caracolí-Robles?	35
2.1.4. Duración en Caracolí-Robles	40
2.2. Desplazados caracorroleños, sujetos de una presencia reconocible	41
2.3. Pero en un mundo amorfo	42
3. Imaginarios sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí- Robles	44

3.1. Un sujeto “chiviado”	44
3.2. Un sujeto acorralado por la violencia	49
3.3. Una víctima necesitada	56
3.4. Un sujeto sufrido	62
3.5. Un parásito inactivo	66
3.6. Pero también un sujeto “normal”	69
3.7. Un sujeto relacionable	72
3.8. Un loco charlatán	75
4. Un sujeto racializado y territorializado	77
4.1. Visión introductoria	77
4.2. Un sujeto físicamente anormal	80
4.3. Un sujeto sexualizado y erotizado	82
4.4. Un sujeto atravesado por la bulla	84
4.5. Un sujeto violento y antihigiénico	90
4.6. Un sujeto identificable con la música	93
4.7. Un sujeto territorializado	98
Conclusiones	104
Referencia citadas	110

Dedicatoria

A las poblaciones desplazadas, mejor dicho en situación de desplazamiento en Caracolí-Robles; por su vida que constituye objeto de saber y de práctica política. A los niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos que, habiendo dejado todo, se fijaron temporal o definitivamente en Caracolí-Robles, gente cuya vida pasada, presente y futura hizo factible la presente investigación.

Agradecimientos

Un “muchas gracias” a todos aquellos que aportaron su granito a la realización de este trabajo, hombres y mujeres de varias edades y profesiones, amigos y compañeros de varias rutas y luchas, individualidades, colectividades e instituciones cuya presencia y ausencia, gesto y mirada, palabra y silencio, información y espacio hicieron posible esta investigación; en especial al profesor Eduardo Restrepo, realidad hecha ciencia, colombiano hecho Hall y blanco y paisa hecho negro, afrocolombiano, palenque y raizal; por la compañía, la atención, el interés, el empeño y la comprensión. Mil gracias profe. Mil gracias de corazón.

Introducción

Desplazamiento, drama internacional. Desplazamiento, tragedia nacional. Desplazamiento desafío local, desafío bogotano y caracorrobleño. Desplazamiento, fenómeno que nos inquieta y cuestiona, fenómeno que nos aprieta desde dentro, desde el corazón y las entrañas y pone a descubierto prácticas inicuas y maquiavélicas. Rostros desplazados, rostros desfigurados, rostros desdibujados por el miedo, el dolor, la incertidumbre, la sospecha y la angustia; rostros humanos pero deshumanizados; rostros hambrientos pero llenos de problemas; rostros sometidos y rebeldes; rostros dóciles pero también inconformes y reivindicativos; rostros algunas veces subyugados, determinados e ignorados. Rostros desplazados, rostros abatidos y fatigados; reflejo de una sociedad ciega, sin rumbo legal y denuncia de prácticas perversas e injustas. Rostros desplazados, rostros de hombres y mujeres inseguros, “incómodos”, “salvadores” y salvados. Rostros desplazados, rostros de sujetos que nos interpelan política e intelectualmente; rostros de sujetos que nos arrastran hacia lo desconocido, lo incierto, lo inseguro, lo efímero; rostros que nos sacan de nuestros mundos y nos lanzan para más allá de nuestro ombligo, para más allá de nuestros intereses y visiones miopes, para más allá de nuestras lógicas individualistas y de nuestras prácticas calculadoras.

Es de estos rostros que nos queremos ocupar en esta investigación titulada *Doblemente maldecidos: representaciones sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles (Bogotá-Soacha)*. Con la investigación queremos evocar a la población desplazada en Caracolí-Robles con base en el siguiente interrogante: ¿Cuáles son las representaciones que se formulan sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles y que circulan en aquellos espacios y sus alrededores? A nivel general buscamos identificar los imaginarios que se formulan sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles y que circulan en estos dos barrios y en los barrios aledaños. Y específicamente queremos dibujar un cuadro panorámico de la situación sociopolítica, cultural, económica y geográfica de Caracolí-Robles e inquirir por las relaciones de poder que subyacen en las lógicas y prácticas de la formulación de las representaciones sobre la población desplazada en Caracolí-Robles.

El trabajo comporta cuatro capítulos. En el primer capítulo se hace una visión general, aunque resumida, de la realidad caracorobleña, refiriéndose a su ubicación, nombre y origen, su geografía física y su realidad sociopolítica, económica y cultural. El segundo capítulo indaga por las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles, ello con relación a su procedencia, sus trayectorias, factores de elección, presencia y duración en aquellos barrios. El tercer capítulo se ocupa de los imaginarios que se formulan sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles y que circulan en el mundo urbano bogotano y sus alrededores. Y el cuarto y último capítulo se dedica a los desplazados caracorobleños en cuanto sujetos racializados y territorializados.

Nuestra investigación es una suerte de intervención, intervención intelectual y política. Intelectual, porque ella busca rastrear y revisar algunas prácticas y conceptos relacionados con las representaciones sobre los desplazados en Caracolí-Robles. Y política, porque la investigación se afana sobre todo por referirse a las relaciones de poder con, por y en las que se formulan las representaciones sobre el desplazado caracorobleño.

Precisiones conceptuales

Desplazado en Colombia¹, una realidad desafiante teórica y prácticamente, política e intelectualmente; un sujeto histórico, pues posee una historia y apareció en un período histórico bien delimitado. Desplazado en Colombia, un sujeto que despierta todo un conjunto de pasiones, teorías y prácticas.

¹ La definición del término *desplazado* en Colombia la debemos al Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes) que, en 1995, hizo suya la definición formulada por la Consulta permanente para el desplazamiento interno en las Américas. Según esta Consulta, “es desplazado toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional, abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertades personales han sido vulnerados o se encuentran amenazados, con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: conflicto armado interno, disturbios y tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los derechos humanos, infracciones a los derechos humanitarios u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que puedan alterar o alteren drásticamente el orden público” (Documento Conpes 2804, 1995: 4, citado en Aparicio, 2005: 136).

Un rastreo de la historia del desplazado en Colombia² permite constatar que él irrumpe teórica y prácticamente en los años 90, durante el gobierno del presidente Ernesto Samper Pizano (1994-1998). Y eso en gran parte como fruto de presiones nacionales e internacionales, individuales y colectivas en favor del reconocimiento del fenómeno del desplazamiento en Colombia. Pues hasta los años 90, no se hablaba en Colombia de desplazados, aunque hubiera gente que pudiera muy bien ostentar esta categoría.³

El desplazado en Colombia nace de teorías y prácticas en el contexto de la Colombia violenta. Este sujeto fue definido y asumido como la “multitud de cuerpos que son o han sido nombrados como *desplazado*” (Aparicio, 2005: 137), ello desde “técnicas diversas y heterogéneas, siempre relacionadas con operaciones de poder, que convierten y formalizan a este sinnúmero de personas que llegan a la ciudad huyendo de la violencia en el sujeto o, más bien, [...] en un objeto de conocimiento e intervención” (Aparicio, 2005: 138). El desplazado en Colombia surge como un sujeto heterogéneo elaborado y producido por operaciones de poder, tanto del Estado, de la academia como de las organizaciones no-gubernamentales; como una construcción discursiva con efectos negativos y positivos sobre la realidad en su dimensión teórica y práctica.

Pero la *existencia* del desplazado en Colombia se debe en *realidad* a la existencia de gente que se asume como tal, como desplazada. Son estos cuerpos reales y concretos los que interiorizan y encarnan la idea de desplazado, permitiendo la irrupción de subjetividades y la aparición de derechos y obligaciones, permitiendo el desarrollo de teorías y prácticas en ella (en la idea de desplazado) centradas y permitiendo el florecimiento de representaciones que dan lugar a verdades que afectan la realidad. El desplazado es una figura políticamente ambigua; porque si por un lado sufre la invisibilización política, por el otro aparece institucionalizado; si por un lado se postula como ser dócil y sometido, por el otro se ofrece como un sujeto desafiante y opositor, un sujeto capaz de pugnar por la liberación, la emancipación y por proyectos de vida alternativos. Es de ese sujeto del que nos queremos ocupar en estas sencillas líneas; ese desplazado que, habiendo “abandonado” todo (especialmente tierras y bienes), se encuentra radicado definitiva o temporalmente en Caracolí-Robles; y eso con base en sus representaciones.

² Esta parte se inspira sobre todo en Aparicio (2005).

³ Se trata de una categoría sociopolítica y analítica.

La categoría central de nuestro análisis la constituye la *representación*. Quizás nadie ignore lo cuán difícil resulta dar definición del concepto de *representación*; ello debido no sólo a su carácter amplio, sino también a su naturaleza polémica. Pero, pese a eso, algo se puede decir. La representación es “un proceso de construcción de la realidad que se ‘representa’ como mimesis [...] que tiene como fin la puesta en escena de una realidad conocida”⁴, realidad relacionada con la percepción y la cognición (Ceballos y Alba, 2003: 11). Ella se ofrece como una realidad o entidad de carácter mental, una imagen mental o conocimiento que se tiene de algo o de alguien (Arango, 2005; Moreno, 2009). Hablar de representación significa, entre otros, referirse a los modos cómo se percibe lo otro, cómo se percibe lo diferente; significa referirse a los modos cómo se dice, como se siente o se piensa la realidad (Serrano, 2005). La representación es “otra forma de hablar sobre cómo uno se imagina una realidad que existe “afuera” de los medios a través de los cuales las cosas son representadas”, otra forma que “significa usar el lenguaje para decir algo con sentido sobre el mundo, representarlo de manera significativa a otras personas”, “[...] una concepción basada en una teoría mimética de la representación” (Hall, 2010: 306-307, 311,451); otra forma de producir sentido sobre la realidad exterior (Bazurco, 2006) y de hacer que la realidad adquiriera sentido⁵ y sea comprensible (Serrano, 2005). La representación “[...] conecta el sentido al lenguaje y a la cultura” (Hall, 2010: 447). Ella se basa en el lenguaje, en los signos e imágenes. Se trata de una realidad dinámica, realidad en proceso de aparición y extensión, realidad constitutiva de las formaciones discursivas en constante disputa y transformación (Grossberg, 1996).

No sobra señalar que la representación mantiene un estrecho vínculo con la identidad. Las dos se pueden confundir con facilidad. Y como se sabe, la “identidad es siempre en parte una narrativa, es siempre en parte una especie de representación [...] está dentro del discurso, dentro de la representación, [y] es constituida en parte por la representación” (Hall, 2010: 325, 349).

⁴ Es importante recalcar el hecho de la construcción de la realidad por parte de la representación, porque como se sabe, “el lenguaje funciona más para *producir* una realidad particular que para *representarla*” (Das, 2008: 76-77).

⁵ Recuérdese que “[...] Representación significa usar el lenguaje para decir algo con sentido sobre el mundo, o para representarlo de manera significativa a otras personas” (Hall, 2010: 447); práctica discursiva a través de la cual se produce sentido con base en el lenguaje.

A nivel constructivo, la representación se sirve de la estereotipación y tipificación. “[...] ‘estereotipar’ quiere decir: reducir [algo] a unos pocos rasgos esenciales y fijos en la Naturaleza” (Hall, 2010: 429), una realidad reduccionista y naturalizante. La estereotipación exagera, amplía y fija los rasgos, al mismo tiempo que “[...] reduce, esencializa, naturaliza y fija la ‘diferencia’” (Hall, 2010: 430).⁶ La tipificación es la caracterización sin cerramientos esencializantes pensados desde la desviación.

[...] ‘un tipo es cualquier caracterización sencilla, vivida, memorable, fácilmente interpretada y ampliamente reconocida en la que pocos rasgos son traídos al plan frontal y el cambio y el ‘desarrollo’ se mantienen en el mínimo. [...] Los tipos son instancias que indican aquellos que viven de acuerdo con las reglas de la sociedad (tipos sociales) y aquellos designados para que las reglas los excluyan (estereotipos) (Dyer, citado en Hall, 2010: 430).

Importante resulta la relación entre la representación y el poder. Las dos realidades guardan entre sí algunos nexos. Por un lado, la representación puede incluir o excluir, puede marcar, aceptar o rechazar, marginar o fijar límites, clasificar o asignar lugares y roles; puede legitimar relaciones de subordinación y exclusión, y generar violencias simbólicas, pues puede concurrir para el mantenimiento, la reproducción e incluso el fortalecimiento de relaciones de poder jerárquicas y opresivas (Serrano, 2005); puede, en fin, permitir el ejercicio del poder, definiendo los sujetos y objetos del poder, sus “víctimas” y “victimarios”. Por el otro, la representación como discurso inspira y condiciona la práctica social y política, además de posibilitar el forjamiento de relaciones de poder. La representación como discurso permite entender prácticas y puede constituir origen de pugnas entre la representación propuesta y la impuesta. Y en su relación con el poder, la representación puede producir efectos negativos. Puede hacer que el que representa tienda a dominar al representado, y lo que representa se asuma como lo *realmente* representado, como pasa con el orientalismo (Said, 1978). En definitiva, “las representaciones expresan identidades y afectan intereses y proyectos diferenciados, refiriéndose así a la complejidad de

⁶ “El estereotipo reduce la gente a unas cuantas características simples, esenciales que son representadas como fijas por parte de la Naturaleza” (Hall, 2010: 429).

relaciones que definen la vida social” (Blanchs, citado en Rubiano, 2005: 24). Ellas constituyen, regulan y dan sentido a la vida y a la práctica política y social (Hall, 2010, 1997b).⁷

En nuestro trabajo, con el término *representación* evocamos a los imaginarios que se elaboran y se ponen a circular en Bogotá y Soacha sobre el desplazado caracorobleño; evocamos a las percepciones que se tienen del desplazado caracorobleño en su barrio, en su municipio y ciudad, percepciones que lo definen como sujeto u objeto, víctima o victimario, normal o anormal, aceptable o inaceptable, ello con base en la tipificación y estereotipación; percepciones que lo refieren y lo dan a conocer como “otro”, y totalmente otro; esas percepciones que se creen estar reflejando al sujeto desplazado en Caracolí-Robles; esas imágenes que, más que *representar* al desplazado caracorobleño, lo que hacen es *producirlo*; esas imágenes que evocan al desplazado caracorobleño y a su realidad, aunque guardando cierta distancia entre lo conceptual y lo real; esas imágenes que lo evocan y lo posicionan; esas imágenes que a veces dan lugar a visiones deformantes del sujeto desplazado en Caracolí-Robles y de su universo existencial; esas imágenes que se gestan y se afirman en relaciones de poder, en muchos casos jerárquicas y de subordinación; esas imágenes en las que la transparencia se choca con la opacidad, la funcionalidad con la resistencia y la plenitud con la dispersión; en fin, esas imágenes con cargas ideológicas. Aquí se hablará de las representaciones como realidades dinámicas, plurales y contingentes, como realidades múltiples en proceso de aparición y extensión, aunque en muchos casos se tienda a homogeneizarlas, a esencializarlas, a fijarlas y a naturalizarlas.

En Caracolí-Robles y sus alrededores pulula un sinnúmero de representaciones sobre el desplazado caracorobleño. A él se le ve como alguien dócil y culturalmente determinado, alguien condicionado por el espacio, hombre y mujer callejeros, perezosos, oportunistas, deshonestos y violentos; hombre y mujer víctimas de la injusticia social y del abandono estatal; ser desarraigado, anónimo, marginado y vulnerable; *otro* raro, equivocado, amenazante y peligroso; ser con heterogeneidad de deseos y expectativas, y con representaciones que afectan negativa o positivamente a las prácticas culturales y políticas; en fin, ser condicionado y condicionante práctica y discursivamente.

⁷ Recuérdese que “[...] la representación es una parte esencial del proceso mediante el cual se produce el sentido y se intercambia entre los miembros de una cultura” (Hall, 2010: 447).

A la luz de lo anterior se puede decir que el desplazado caracorobleño es víctima de la *estereotipación*. Porque él puede ser visto desde las generalidades, desde los rasgos comunes esencializados y naturalizados. Las prácticas y los discursos ligados a las representaciones han sido capaces de hablar del desplazado caracorobleño como una unidad, como un ente homogéneo. Se trata de lógicas que acaban siendo nefastas, por el hecho de no tener en cuenta el pluralismo que encierra el concepto de desplazado caracorobleño y las condiciones sociopolíticas, económicas y culturales en las que él se forja, se posesiona y se afirma.

Las estereotipaciones en las que se fundan las representaciones sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles también resultan dañinas porque pretenden construir y defender representaciones estáticas, petrificadas, cerrándoles las puertas al cambio y la transformación. Todo eso hace pertinente la evocación del término *estereotipación* en nuestro trabajo.

Para la comprensión del tema de las representaciones sobre los desplazados en Caracolí-Robles será de inestimable valor la evocación de las prácticas y relaciones políticas y culturales. Porque es en y con las relaciones y prácticas políticas y culturales donde se afirma la voluntad del desplazado y la de los demás sobre su ser y conducta; es en y con las relaciones y prácticas políticas y culturales que el desplazado ejercita su libertad, rebelándose o sometándose al orden establecido y a las prácticas vigentes; es en y con las relaciones y prácticas políticas y culturales que se idealizan los sujetos desplazados y se busca producirlos y reproducirlos con base en prácticas disciplinarias; en fin, porque es en y con las relaciones y prácticas políticas y culturales donde la voluntad y la libertad personales del desplazado caracorobleño entran en conflicto con la voluntad y la libertad de los demás.

Metodología

Consciente de la complejidad de la temática y apostando por una visión más amplia del tema, nuestro abordaje se nutrió de una gama de técnicas y herramientas que nos permitieron hablar de la interdisciplinaria. Se trata de una apuesta metodológica que nos permitió movernos crítica y responsablemente por varios campos del saber; una metodología que hizo factible una reflexión

en y desde la conjugación de varias técnicas y herramientas metodológicas y que nos permitió problematizar de manera profunda el tema que aquí nos ocupa: representaciones sobre los desplazados en Caracolí-Robles (Bogotá-Soacha).

Pues nuestra investigación se sirvió de muchas técnicas y herramientas. Ante todo, se echó mano a la etnografía. Y la primera herramienta etnográfica que empleamos para la recolección de datos fue la observación participante. Aquí nos pusimos a observar prácticas recreativas y de integración en Caracolí-Robles y en otros escenarios, prácticas que implicaban a desplazados y no desplazados, en concreto el fútbol y el baile, para rastrear en ellas dichos y hechos relacionados con las poblaciones desplazadas en aquellos dos barrios, dichos y hechos que se producían en la interacción con el espacio (físico, social y simbólico) y con los demás (desplazados y no desplazados). Rastreamos dichos y hechos desde los gestos y las expresiones corporales y comunicativas (indumentaria, jerga, gestos y palabras), desde las estrategias de apropiación del espacio físico y social (des-territorialización y re-territorialización, ubicación, movilidad y significados que se le asignaban al lugar micro y macro), estrategias y medios de integración (en especial gestos y palabras), estrategias de auto-construcción de la población desplazada como sujeto y miembro de un grupo (estrategias basadas en la observación de las reglas y normas de conducta, en la relación con el otro, con lo otro y la autoridad, en el ejercicio del poder y de la libertad y en las lógicas que iluminaban y guiaban la solución de los conflictos) y estrategias de reivindicación, visibilización y afirmación de la diferencia y la singularidad basadas en dramas y expresiones físicas y verbales.

La segunda herramienta que se apeló fue la de los relatos de vida. Se trató de una herramienta que permitió rastrear y reconstruir el pasado y la memoria individual y colectiva del desplazado caracorobleño; una suerte de historiografía basada en una historia amparada en entrevistas semidirectivas y semiestructuradas⁸ y en otras fuentes⁹ que permitieron indagar por aquello que se juzgó importante para la investigación. En ellas se rastrearon los relatos que los desplazados

⁸ Se trató de unas entrevistas con preguntas abiertas y cerradas. Este modelo se inspiró sobre todo en los planteamientos de Flor Edilma Osorio, en su texto *Las historias de vida, como técnica de investigación cualitativa*, de 2006.

⁹ Hacían parte de estas fuentes, las notas tomadas, las observaciones hechas de expresiones y gestos lingüísticos e interactivos, los datos registrados y grabados, y las informaciones recogidas relacionadas con datos, opiniones y sentimientos.

caracorroleños construyen sobre el desplazamiento, sus gestos y contexto físico y social de habitación. Se rastreó, asimismo, la autodefinición personal y colectiva del desplazado caracorroleño que se teje a la luz del impacto y el significado del desplazamiento (sea desde la des-territorialización como la re-territorialización), de la historia, la memoria y la experiencia que se construye, reconstruye y narra sobre el fenómeno, y a la luz de las estrategias que adoptan los desplazados para enfrentar el desafío que representa el desplazamiento. La selección de los entrevistados, hecha según la disponibilidad de los entrevistados, tuvo como criterio el ser desplazado de Caracolí-Robles y el estar en condiciones de entablar diálogos.¹⁰

La tercera y última herramienta que adoptamos para la recolección de datos fue la entrevista. Al igual que los relatos de vida, ésta fue semidirectiva y semiestructurada. En ella el criterio de selección de los entrevistados fue el de que ellos habitasen en Caracolí-Robles y en los barrios circunvecinos (barrios de Bogotá y Soacha).¹¹ Aquí indagamos por los imaginarios que se forman sobre la población desplazada en Caracolí-Robles a la luz de su ser y actuar (singularidad), de sus interacciones espaciales (interacciones con el medio físico y social), del impacto social de su vida y presencia y de sus relaciones con el Estado y otras entidades. Tanto en las entrevistas como en los relatos de vida se adoptó como guía el esquema *pregunta-respuesta*, y viceversa.

La segunda técnica a la que apelamos en nuestro trabajo fue la revisión documental. Se trató de una técnica que presupuso la frecuencia a bibliotecas, a páginas web y a establecimientos públicos y privados (en concreto, oficinas y centros de documentación) en los que se hallase el material requerido. Aquí recurrimos como herramienta de selección, organización, categorización, análisis e interpretación de los datos el análisis crítico del discurso, teniendo en cuenta las estructuras “formales” sutiles, los modelos contextuales y de acontecimientos, los significados locales y las cogniciones sociales.

Ante todo, analizamos discursos de prensa. Aquí nuestra atención se centró en los discursos contenidos en El Tiempo, ello por su frecuente referencia a temáticas relacionadas con gente negra y desplazada y por su carácter sencillo, masivo, mediático y sensacionista. Allí se indagó por la realidad negra colombiana y por los imaginarios que se tienen en Colombia en general, y

¹⁰ En este sentido la apuesta investigativa tuvo un carácter exclusivo y excluyente.

¹¹ La selección de los entrevistados dependió de su disponibilidad para la actividad en causa: la entrevista.

en Bogotá en particular, de las personas negras, imaginarios contruidos desde prácticas y discursos relacionados con lo social, lo económico, lo político y lo cultural, prácticas y discursos que fueran capaces de *marcar, clasificar y asignar*. Nos interesó acá preguntar por el negro a la luz de la interacción espacial y de la interacción con el Estado y otras entidades, a la luz del impacto físico y social de su presencia y de sus acciones, y de sus luchas por la inserción sociopolítica, económica y cultural.

Objeto de análisis fueron también los discursos expertos. En ellos perseguimos la realidad política, económica, geográfica, social, cultural y racial del negro y del desplazado colombiano, bogotano y caracorribleño.

Por lo demás, analizamos algunos discursos intervencionistas. Al igual que en los discursos expertos, aquí la atención se centró en la realidad política, económica, geográfica, social, cultural y racial del negro y del desplazado colombiano, bogotano y caracorribleño. Para ello echamos mano a los discursos de entidades estatales y de ONG's que se ocuparan del desplazado, como la Personería, la Defensoría del Pueblo y las entidades eclesiales y humanitarias. El análisis, la articulación y la compilación de los datos e informaciones resultantes de la investigación se llevaron a cabo a través de la narración.

Se puede decir, a menara de posludio, que nuestra apuesta metodológica presupuso un diálogo permanente entre el campo, la biblioteca y la oficina; presupuso la constante alternancia entre observación, experimentación, cuestionamiento, escucha, interpelación, grabación, transcripción, lectura y registro, realidad que demandó de nosotros la habilidad y disposición al movimiento y al cambio, la habilidad y disposición al análisis de la cotidianidad plasmada en hechos y dichos, la habilidad y disposición a salir al encuentro del otro y lo otro, a ubicarlos y rogarles una palabrita; la habilidad y disposición a ir y venir, a leer y releer, a escuchar y re-escuchar, a escribir y re-escribir, a corregir y re-correr; trabajo exigente pero no imposible; trabajo desafiante pero no de otro mundo.

Capítulo 1

Caracolí – Robles:

Entre la ciudad y el campo, la vitalidad y la desolación

1.1. Mi acercamiento a Caracolí-Robles

Mi contacto con Caracolí-Robles remonta a los años 2005-2006, mis primeros años en Colombia. Mientras estuve en Mozambique, Caracolí-Robles resultaba ser algo desconocido para mí. Ni los medios, ni los que habían estado allí me habían hablado de estos barrios. Fue apenas entre los años 2005 y 2006 que, por vez primera, me puse en contacto con aquel sector.

Mi primer acercamiento a Caracolí-Robles se dio a través de los medios de comunicación, sobre todo escritos. Pues en mis afanes por aprender el español y por adentrarme en la realidad colombiana en general, y bogotana en particular, me dedicaba yo a la lectura de periódicos y revistas, como El Tiempo y la revista Semana, en especial en sus ediciones digitales. Me dedicaba yo, por lo demás, a la lectura de informes y publicaciones de algunas entidades y organizaciones nacionales e internacionales. Fue en esto que oí hablar de Caracolí y Robles. Y varios fueron los textos a los que tuve acceso: “Caracolí: reportaje del desplazamiento en el sur de Bogotá” (2006), de Elber Gutiérrez Roa y Carlos Arango, “El riesgo de ser joven en Ciudad Bolívar” (s.f.), de la Defensoría del Pueblo, “Historias para contar: Caracolí, por la integración” (s.f.), del PNUD, “Sigue aumento del desplazamiento forzado” (2006), De la Personería de Bogotá, y “Ser joven negro y desplazado en Altos de Cazucá” (2005), de Ismael Díaz. En estos y en otros textos que tuve acceso, se hablaba de Caracolí y Robles como zonas violentas, como sectores que, a diario, recibían miles de desplazados y como sectores geográficamente complejos y peligrosos, ideas que fueron construyendo en mí una serie de imágenes sobre lo que tendría que ser aquel sector.

Para la “construcción” de Caracolí-Robles también contribuyeron los testimonios de los compañeros que allí laboraban pastoralmente. En sus evaluaciones y socializaciones semanales y semestrales, ellos se referían a aquella realidad como de gran y extrema complejidad, hablaban de

aquellos barrios como de mucha violencia, de mucha pobreza y marginación, como espacios en los que la gente se debatía entre la vida y la muerte. Todos estos datos, además de hacer factible un acercamiento (aunque mental) a Caracolí-Robles, generaban en mí un sinnúmero de interrogantes y miedos. No pocas veces, la evocación del término “Caracolí-Robles” acababa significando para mí pobreza, muerte, inhospitalidad y, por ende, miedo. Sí, me causaba miedo pensar sobre Caracolí-Robles; me causaba miedo el saber que aquel sector representaba un peligro, tanto para la vida individual como para la colectiva. Aquí la imaginación daba lugar a un sinnúmero de miedos, miedos que me llevaban a encerrarme en mí mismo y a no permitir que yo me acercara objetivamente a aquella realidad, lejos de ideas preconcebidas y fantasiosas.

La “confrontación” directa con Caracolí-Robles se dio, como decía anteriormente, entre 2005 y 2006. Fue en esto de querer satisfacer la curiosidad que me lancé a la aventura que me llevó a aquel sector. Fue en un sábado del mes de junio de 2005 que me fui a Caracolí-Robles, en la compañía de Julio César, Rolando Acuña y Zacchaeus Alaroh, jóvenes que se ejercían pastoralmente en aquel sector.

El viaje que me condujo a Caracolí-Robles estuvo repleto de curiosidades e incertidumbres. Ante una realidad desconocida y concebida de antemano como peligrosa, me sentí yo amenazado y, de cierta manera, impotente. No obstante, en la compañía de Julio, Rolando y Zacchaeus, recorrí aquel territorio. Entre la confianza y la desconfianza, fuimos bajando por aquellas lomas que caracterizan a aquellos barrios. Y yo, con la curiosidad y la precaución en lo más alto, fui contemplando el paisaje. En cada mirada atenta, fui contemplando aquel panorama que me resultaba extraño y desafiante; fui contemplando lomas, huecos y calles “peladas”, calles que en la vida nunca habían conocido la materialidad del término pavimento; fui contemplando casas de lata, ladrillo, cartón y madera; fui contemplando miradas tristes y curiosas, miradas que parecían proceder de “ojos inquisidores” que hacen nacer la “[...] angustia de sentirse vigilado por todas partes” (Defensoría del Pueblo, s.f.: 1); fui contemplando perros inquietos, muchos de ellos abandonados a su suerte, con rostros tristes, famélicos y rabiosos, y todas aquellas cosas que me resultaban poco familiares. Y, paulatinamente, me fui metiendo en aquella realidad; y, poco a poco, se fue disipando en mí el miedo y la preocupación, para dar lugar a aires de confianza y tranquilidad, de seguridad y humanidad.

1.2. Visión panorámica de Caracolí-Robles

1.2.1. Ubicación

Caracolí constituye uno de los múltiples barrios que componen la Localidad de Ciudad Bolívar, localidad que conoció la luz de la existencia en la década de los 80, con el Acuerdo 14 de 7 de septiembre de 1983, al mismo tiempo que fueron establecidos sus límites (Anónimo, 2008: 1,3).¹² Se trata de una localidad bien particular, sea por su gran extensión territorial, su carácter pobre y crítico, como por la conjugación de zonas rurales y urbanas que la caracterizan.

Lo que hoy es Ciudad Bolívar, antes “Selva de Usme”, resultó de varios y continuos procesos de intervención humana, procesos que hicieron que aquella realidad sufriera varias y significativas transformaciones. Al principio, la zona se caracterizaba por la abundancia de flora y fauna, y, por un tiempo, fue habitada por los indígenas suatagos, cundáis y usmes.

Pues la constitución de la actual Ciudad Bolívar resultó de todo un conjunto de procesos migratorios que fueron reconfigurando el territorio y dotándole de nuevos roles y fisionomías. Los primeros asentamientos se remontan a los años 50, y estaban relacionados con cuestiones laborales. Con el paso del tiempo, fue llegando allí gente procedente de Boyacá, Tolima y Cundinamarca, gente que huía de los efectos de la violencia.¹³ Fue así que, paulatinamente, se fueron instalando en aquel sector asentamientos marginales e ilegales que cambiarían, una vez por todas, aquel panorama. Ciudad Bolívar cuenta actualmente con más de 252 barrios ubicados en la zona urbana, y 9 veredas, que se hallan en el sector rural (Idárraga, 2009: 27).

La Localidad de Ciudad Bolívar enfrenta un sinnúmero de problemas, problemas que se han agravado en los últimos dos lustros. Pues

¹² Con este acuerdo se creó la Alcaldía Menor de Ciudad Bolívar.

¹³ A Ciudad Bolívar llegó y llega gente procedente de otras partes del país y de Bogotá. Esta Localidad se encuentra en la parte sur oriente del Distrito Capital.

[...] Ciudad Bolívar se ha constituido en un escenario en el que como consecuencia de la expulsión masiva de personas de las distintas regiones del territorio colombiano, a causa del conflicto armado y la ejecución de megaproyectos, no sólo ha aumentado su población, sino que además se matiza con las innumerables cargas semánticas asociadas con la exclusión, la pobreza, la inseguridad y, por supuesto, los remanentes de los conflictos sociales derivados del desplazamiento forzado. Este rótulo [...] desde hace algunos años constituye la marca social de cientos de sus habitantes, quienes tienen que cargar con el estigma de la delincuencia, la marginalidad y el conflicto armado (Rodríguez y Moreno, s.f.: 58).¹⁴

A nivel político, aqueja a la localidad la constante movilidad humana que dificulta los procesos de planeación y la presencia de desplazados, reinsertados, paramilitares y guerrilleros, gente cuya conducta y acciones afectan al orden personal y social. Le enferma, asimismo, la marginación institucional y el incumplimiento presupuestal.

A nivel económico, Ciudad Bolívar se enfrenta con la pobreza, el desempleo y la economía informal que afecta a la mayoría de sus habitantes. En lo social, le aqueja a la Localidad de Ciudad Bolívar la fragmentación social, la deficiencia en los servicios públicos y la limitación educativa y sanitaria. A estos desafíos se le suma el de la estigmatización. La localidad se apunta como el origen de los males sociales que padece Bogotá, imaginario que inspira prácticas discriminatorias y estigmatizadoras. Pues “la gente de ciudad, independientemente del barrio en el que vivan, es la gente que tiende a ser rechazada por el resto de la ciudad, incluso por otros habitantes al interior de la misma localidad” (Rodríguez y Moreno, s.f.: 59). Se trata de una práctica que tiene a los jóvenes como los más señalados, y, por ende, los más perjudicados. El joven de Ciudad Bolívar es estigmatizado, incluso, por los demás habitantes de aquella localidad. Sí, “los mismos habitantes piensan que todos los jóvenes de esta zona son drogadictos, pandilleros, atracadores y violentos, porque sí, o que sus pobladores son milicianos y guerrilleros” (López, citado en Osorio, s.f.: 211). Un fenómeno que inspira en los habitantes de la localidad varias actitudes y prácticas, como aquellas ancladas en la mentira. “Uno dice que

¹⁴ Se trata de otra ciudad que habita dentro de Bogotá, que es criminalizada y excluida (Alope, citado en Rodríguez y Moreno, s.f.: 59).

vivimos en el Chicó sur, de Ciudad Bolívar, una mentira para que la gente nos deje trabajar” – confiesa Otoniel–.¹⁵

La Localidad de Ciudad Bolívar se ve también desafiada por la inmigración forzada. “Pues lo cierto es que una zona como Ciudad Bolívar, vienen muchos inmigrantes por factores de violencia, a causa de una persecución que se da en el país” (Rodríguez y Moreno, s.f.: 59), gente que acaba siendo blanco de prejuicios: “Al llegar [...] [allí], esa gente sigue siendo señalada. De pronto viene de una zona violenta, de pronto fueron involucrados en defensas de campesinos, [o] en movimientos armados [...]” (comentario de un joven citado en Rodríguez y Moreno, s.f.: 59).

Contiguo a Caracolí se encuentra el barrio Los Robles, barrio perteneciente a la comuna 4 del municipio de Soacha.¹⁶ Caracolí y Robles conforman todo un sector de fácil confusión y de difícil distinción en términos fronterizos, sector que guarda en sí una aparente heterogeneidad. Allí no se sabe dónde empieza un barrio y dónde termina otro. Todo es confusión, todo es borradura de los límites, realidad que hace que la gente no sepa dónde vive, en Bogotá o en Soacha.¹⁷

Robles y los demás barrios aledaños a Caracolí resultan de los procesos de expansión de Bogotá, aunque algunos de ellos pertenezcan a Soacha. Pues

[...] por ser Bogotá una ciudad con un mercado limitado de tierras, es precisamente en la periferia donde la posibilidad de expansión está latente, generando esto, en última instancia, que los municipios anexos e independientes a la Capital reciban el impacto y crezcan aceleradamente. En estos sectores aun el mercado de tierras es de fácil acceso y los costos son mucho más bajos comparados con la ciudad, gracias a la falta de controles estatales en el uso de la tierra, que en su mayoría presentan condiciones de alto riesgo. Estas tierras, consideradas cinturones de miseria o también llamadas barrios subnormales, están a cargo de

¹⁵ Hombre negro que procede de Bolívar y reside en Caracolí. Entrevista realizada en Caracolí, el 4 de mayo de 2011. Los nombres que aparecen en este trabajo son ficticios, eso por petición de los entrevistados.

¹⁶ Componen la comuna 4 los Altos de Cazucá y la Ciudadela Sucre.

¹⁷ Recuérdese que “en algunos barrios [de Bogotá y Soacha], el límite [...] es una pared de quince centímetros de espesor. Y muchos habitantes no saben si viven en el sur de Bogotá o en el norte de Soacha” (Navia, 1996).

urbanizadores piratas que aprovechan la situación de la población vulnerable para otorgarles la tierra sin título legal, siendo el caso de Soacha uno de los más visibles (Tavera, 2004: 20).

Para Durean, Hoyos y Flórez, “[...] Soacha [hace] parte de la transformación de los patrones de distribución geográfica de Bogotá” (citados en Vélez, 2004: 14). Este municipio hace parte del departamento de Cundinamarca. Geográficamente, se ubica sobre la cordillera oriental, al suroccidente del departamento. Al norte limita con los municipios de Bojacá, Mosquera y San Antonio de Tequendama; al sur con, los municipios de Granada, Silvánia, Sibaté y Pazca; al oriente, con Santafé de Bogotá, y al occidente, con los municipios de Mesitas del Colegio y Viotá (Tavera, 2004). Soacha, un territorio de gran expansión, cuenta con dos corregimientos rurales, seis comunas y 347 barrios y urbanizaciones, divisiones que se pierden con mucha facilidad debido a la volatilidad e inconsistencia de los límites. Este municipio constituye un destino predilecto para muchos desplazados¹⁸ e inmigrantes intraurbanos que encuentran allí espacio donde ubicarse, gente conocida y amiga capaz de tender la mano, y mejores condiciones de vida.

Soacha se enfrenta con no pocos problemas. Allí son deficientes los servicios sociales; allí hacen falta los servicios de acueducto y alcantarillado; allí abunda el mal olor y los focos de infecciones; allí están en mal estado las vías de comunicación y son precarios los servicios educativos y sanitarios; allí son precarias las viviendas; allí prolifera la pobreza y la enfermedad, el desempleo y la economía informal, la inseguridad y la violencia; pues, allí se multiplican a vista de todos los problemas que aquejan a propios y extraños, a vecinos y lejanos.

Mapa1: Localidades de Bogotá



¹⁸ La mayoría de estos desplazados proceden del Tolima, Caquetá, Meta y Antioquia. Se asegura que “la situación de Soacha es de particular interés ya ha recibido buena parte del flujo migratorio a causa de su cercanía e interrelación socio-económica con la capital” (Vélez, 2004: 4).

Mapa 2: Municipio de Soacha y sus aledaños



Mapa 3: Caracolí y algunos barrios circunvecinos



1.2.2. Origen y nombre

Dos son los mitos fundacionales del barrio Caracolí. El primer sostiene que el nombre “Caracolí” se debe a un árbol del mismo nombre que alguna vez existió en aquel sector. Según este mito, “el barrio Caracolí toma su nombre del caracolí, [árbol cuyo] fruto es de consistencia harinosa y se utiliza cocido y molido para elaborar una especie de pan comestible llamado pan de caracolí” (Idárraga, 2009: 43). Para este mito, el nombre del barrio honra a un “caracolí” derribado que se

hallaba en el centro de lo que hoy es la calle principal del barrio ubicada en la parte sur: la calle 77s.

El segundo mito relaciona el nombre “Caracolí” con los primeros habitantes del barrio que procedían del Tolima. Pare este mito, el origen del nombre estuvo en el intento de honrar a esta gente.¹⁹ Allí el término “caracolí” indica la abundancia. Al llamarlo “Caracolí” al barrio bogotano que hoy ostenta este nombre se quería, entre otros, augurar y proyectar nuevos tiempos y nuevas oportunidades para el barrio y sus habitantes; se quería expresar los deseos de abundancia que se proyectaban y esperaban del barrio. Sea lo que fuere, lo que se cree cierto es que el origen del nombre “Caracolí” estuvo ligado a intereses de homenaje y reconocimiento, intereses de rendición de honor y de perpetuación a través de los tiempos. La legalización del barrio se dio de manera paulatina, esto mediante el diseño y la implementación de planes topográficos. Al principio, hasta 1993, el sector era considerado una zona de reserva²⁰, lo cual dificultaba su legalización. Sus habitantes se veían a diario expuestos a continuas amenazas y desalojos.

De procesos de colonización e invasión resultó también el barrio Los Robles. Pues el nacimiento del barrio Los Robles hay que situarlo en el contexto de las colonizaciones e invasiones que se llevaron a cabo en los Altos de Cazucá, sea desde el campo como desde el mundo urbano bogotano. Se trata de procesos que se dieron en tres etapas. La primera, se dio en los años 70, y estuvo relacionada con acciones de vivienda de interés social y la oferta de empleos industriales. La segunda etapa, que se dio en los años 80, estuvo asociada a intereses económicos (comerciantes y funcionarios públicos). La tercera y última etapa, tuvo lugar en los años 90, a raíz de los pactos de paz firmados por el gobierno colombiano y el M-19 (pactos que presupusieron muchas reinsertiones), y del desplazamiento forzoso colombiano (Pérez, 2004: 46).

Se cree que lo que es hoy Altos de Cazucá, sector al que pertenece el barrio Los Robles, fue antes una zona que albergaba montañas, bosques y vegetaciones de páramos. Sin embargo, las

¹⁹ Se dice que “Caracolí” es un árbol que abunda en el Tolima.

²⁰ Se trataba de un hueco al que fue necesario llenarle de arena y otros materiales para hacerlo medianamente plano y habitable.

constantes invasiones y colonizaciones fueron transformando este espacio en lo que es hoy, una inhóspita loma que desafía la vida de sus habitantes y de aquellos que a ella se dirigen y la transitan.

El barrio Robles cuenta también con un mito fundacional. Se cree que su nombre procede de un árbol llamado “Robles” que alguna vez existió en aquel territorio. Al respecto, cuenta Otoniel:

Ese barrio se llama “Los Robles” y está relacionado con un árbol que estaba aquí en el barrio y se llamaba “Los Robles”. El árbol estaba allí y después lo cortaron, lo destruyeron. Y para recordarlo y tenerlo allí vivo, entonces, ahí sí, dieron el barrio el nombre Robles. Pero poca gente sabe esta historia. Muchas personas piensan que el nombre del barrio ha sido siempre así, pero no saben cómo nació el nombre.²¹

Un testimonio cercano al de Vicente²², quien sostiene:

El barrio, ese sí se llama “Los Robles”. Y dicen que este nombre era de un árbol que había [existía] aquí en el barrio, pero que después lo cortaron. Y dicen que estaba allí, justo allí en el centro. Yo me imagino que tenía que ser muy grande, porque por qué entonces lo cortaron; por algo habrá sido, yo creo. Uno piensa que si fuese pequeño, la gente lo dejaría allí, bien quietico, sin molestarlo. Pero no, lo cortaron. Entonces las personas llamaron así el barrio, como quien dice para mantener vivo este árbol, porque yo creo que era muy importante [para la vida de las personas y de la comunidad].

Y para Vicente, el nombre “Los Robles” se aplicaba, en sus comienzos, a un territorio más grande que el actual. Observa él: “Pero al principio se llamaban Robles todos estos barrios; [pues] todo eso que usted ve era Robles. [Pero] después separaron los barrios y quedó como Robles este barrio”.

²¹ Entrevistado en Los Robles, el 17 de septiembre de 2011.

²² Hombre blanco, líder comunitario y habitante de Los Robles. Entrevistado en Los Robles, el 17 de septiembre de 2011.

1.3. Caracolí-Robles, un rastreo general

1.3.1. Geografía física y sus implicaciones

Geográficamente, Caracolí-Robles se define como un territorio accidentado, territorio con altos riesgos geológicos y ambientales. Allí las elevaciones se alternan con unas pocas zonas planas, y los huecos, con unos pequeños trozos de calles en buenas condiciones. Caracolí-Robles cuenta con un sinfín de problemas geológicos. Allí abunda la erosión, la alta probabilidad de desprendimiento, el alud y las crecidas, situación que constituye un peligro inminente o manifiesto, sea para sus habitantes como para aquellos que transitan temporalmente por aquel escenario.

Caracolí-Robles presenta serios problemas relacionados con el suelo. Allí se perciben accidentes topográficos. Este sector está constituido mayoritariamente por lomas desérticas, en las que los precipicios se alternan con unas pequeñas zonas planas. Al norte, se halla una gran loma, y al sur, un caño que separa los barrios Caracolí y Robles de Potosí, y que recoge las aguas residuales del sector. La disposición del territorio bajo forma de lomas dificulta el movimiento y la fijación segura de las viviendas. El carácter maloliente del caño y de los corredores de las aguas sucias peligran la salud pública e individual; y el barro y el polvo que cubren las calles desafían a cualquier transeúnte. Los dos barrios carecen de árboles y de planicies en las que se puedan desarrollar actividades de interés personal y comunitario.

Pero en Caracolí-Robles se descubren también zonas verdes. Se trata de pocos y pequeños espacios inhóspitos y en mal estado en los que abunda la basura y un pasto muy desarrollado y desnivelado, realidad que hace que allí el orden brille por su ausencia, y la posibilidad de uso, por su inviabilidad.

Caracolí-Robles puede considerarse un enclave, un laberinto entre tres lomas que ostentan el aspecto de montaña. La mayoría de sus carreras son unos callejones sin salida, unos precipicios y elevaciones que constituyen un verdadero problema para el tránsito. Allí todo parece estar en sus

inicios; allí todo parece estar dando los primeros pasos, fenómeno que hace de Caracolí, y por extensión de Robles, un barrio adolescente, “un barrio del sol naciente” (Ulloa y Ducuara, 2008).

Y dos son los corredores, las venas que alimentan y vivifican los barrios Caracolí y Robles, a saber: la trocha conformada por la carrera 31 (Soacha) y la Calle 77s (Bogotá) y la conformada por la carrera 30 (Soacha) y la calle 76As (Bogotá). Se puede asegurar que sin estas trochas, Caracolí-Robles se volvería una nada.

La trocha conformada por la carrera 31 y la Calle 77s atraviesa los barrios al sur, en la parte baja, junto al caño y al barrio Potosí. Al igual que la trocha conformada por la carrera 30 y la calle 76As, este espacio carece de pavimento y vive en una eterna juventud caracterizada por huecos y basuras. Su transitabilidad se va reduciendo día tras día, al mismo tiempo que las lluvias lo van transformando en una pequeña calle 26.²³ El barro que lo llena desafía a la movilidad, tanto de peatones, de gente de bicicletas como de automóviles. Sin embargo, este constituye el único espacio por donde se puede transitar en la parte sur de Caracolí y Robles; y este es el único espacio que puede conducir, en la parte baja de los dos barrios, hacia La Isla y El Oasis.

Pero en la trocha conformada por la carrera 31 y la Calle 77s no todo es desolación. En ella se descubren también señales de vida, y en ella se ubica la mayoría de las instituciones que dan vitalidad a los barrios, que les dan vida a los residentes y a los de afuera y que asegura la supervivencia de los propios y los extraños. En sus orillas se hallan tiendas, templos, bares, discotecas, centros de ONG's y entidades gubernamentales, como la Fundación Dejando Huellas y Dando Vida, el Centro Vida, Paz y Reconciliación y el Centro de Integración Social de la Alcaldía de Bogotá, además de un colegio. Al igual que en la trocha conformada por la carrera 30 y la calle 76As, en la trocha conformada por la carrera 31 y la calle 77s se hallan droguerías, peluquerías, cabinas telefónicas y locales dedicados a la pelea de gallos. Y es en esta trocha donde se ubica el único símbolo estatal en Caracolí: el centro de la policía, que también funciona como centro educativo. Más al occidente de la trocha, justo a lo largo de la carrera 31, carrera perteneciente a Soacha, se halla el sector conocido como “Calle 19”, “Calle de los negros” o

²³ Nos referimos a la calle 26 de Bogotá, que se ha transformado en puros huecos hace más de dos años, a raíz de las construcciones de Transmilenio que allí se están llevando a cabo.

sencillamente “Calle de la muerte”, espacio cuya característica fundamental es la abundancia de discotecas y tiendas que se dedican a la venta de pescado y sus complementarios.

Otra vena que constituye un vehículo imprescindible de la vida caracorribleña²⁴ (valga el término) es la trocha conformada por la carrera 30 y la calle 76As. Junto a ella se hallan bodegas, ferreterías, tiendas y almacenes que resguardan un sinnúmero de materiales. Se hallan, asimismo, junto a esta trocha, panaderías, carnicerías y centros de internet, además de restaurantes y centros de servicios técnicos. Este es el espacio de mayor tránsito y vitalidad de Caracolí-Robles. Allí se moviliza la mayoría de las busetas que pasan por los barrios y de gente que habita y transita por Caracolí y Robles. A diferencia de la trocha conformada por la carrera 31 y la calle 77s, la trocha conformada por la carrera 30 y la calle 76As cuenta con algunos adornos, adornaos que la transforman en un espacio atrayente y agradable, en un espacio digno de la Bogotá moderna.

²⁴ Vida de Caracolí y Robles.

1.3.2. Cuando la pobreza y la desconfianza invaden todo: realidad socioeconómica de Caracolí-Robles

Los barrios Caracolí y Robles se enfrentan con no pocos problemas.²⁵ A nivel económico, en Caracolí-Robles reina el desempleo y la economía informal, que no pocas veces conllevan a la práctica del rebusque. Y no pocas familias viven del comercio. Allí se descubren también personas que se dedican a actividades relacionadas con la peluquería y la venta de pescado²⁶, esta última labor llevada a cabo por mujeres, sean ellas jóvenes, adultas como ancianas, en su mayoría procedentes del Chocó. Otros caracorobleños salen a otros espacios capitalinos y del municipio de Soacha a desempeñarse en varios oficios, aunque esto constituya un desafío, por el hecho de contar con la estigmatización de la zona y con la exacerbación del desempleo en aquellos espacios.

Algo que no pasa desapercibido en Caracolí-Robles es la problemática relacionada con los servicios públicos. Allí escasean los servicios públicos, y los que hay, resultan insignificantes e ineficaces. Allí se descubren casas de saco, cartón, madera, lata y ladrillo, casas cuya cobertura se hace con base en zincs y cartones.²⁷ La mayoría de esas viviendas aparecen pegadas las unas de las otras, y algunas de ellas se mantienen con las puertas y las ventanas abiertas o aseguradas con sacos, maderas, zincs, o, simples, cortinas. Una que otra vivienda, funciona como algo polivalente. En su interior se halla la sala, la cocina, la dispensa, los dormitorios y el baño²⁸, todo en situaciones contiguas, situaciones en las que las divisiones resultan confusas. La mayoría de estos espacios son divididos y separados con cortinas. Las viviendas en mención apenas guardan pequeños espacios que, a duras penas, solamente pueden garantizar la supervivencia desde la escasez. Sus techos aparecen repletos de huecos que dejan penetrar la luz y el agua de la lluvia. Sin embargo, en ellas se descubren señales de vida. Los adornos con afiches y cuadros (sobre todo religiosos), muñecos y flores, ambientan, humanizan y vitalizan aquellos espacios,

²⁵ Caracolí y Robles son barrios periféricos, marginales, degradados y de situaciones-límite.

²⁶ Junto con el pescado, se vende el plátano y la yuca.

²⁷ Algunas de estas casas no se han terminado, y otras se confunden con escombros.

²⁸ No faltan los baños que se hallan al aire libre, abiertos o vedados con plásticos, algunos de ellos apenas trayendo el sanitario.

dotándoles de belleza y significado, de vida y humanidad, purificando la visión y los sentimientos.

En Caracolí-Robles también se divisan casas construidas en antiguos caños, casas que hoy están siendo objeto de desalojamiento y destrucción, sea para la recuperación de los caños como para evitar futuros desastres provocados por deslizamientos y derrumbes. Y eso bajo el auspicio y la mediación del gobierno.

Pese a sus limitaciones, las viviendas que son objeto de nuestro análisis irradian vida y permiten su multiplicación y conservación. Son las paredes de estos ranchitos que acogen y pregonan mensajes de vida en común, como el de “Amiguitos [de] Caracolí”, o el de “¡Aquí! Promovemos, protegemos y apoyamos la lactancia materna”. Son estos ranchitos los espacios donde los niños juegan, gritan, lloran y pelean; los lugares donde las mujeres se reúnen, chismosean y ejercen su poder; los lugares donde se evoca y actualiza de manera traumática y nostálgica el doloroso pasado, donde se narra y contempla con pesadumbre y preocupación desafiante el presente, y se sueña y proyecta con valor el incierto e inseguro futuro; los lugares donde se cocina y lava, donde se escucha el radio y se asiste la televisión; los lugares donde la pareja procrea, cuida y educa a los hijos; los lugares donde se “aguanta” la pobreza y la miseria, el hambre y la desnudez; los espacios donde se narran y exaltan victorias y se evocan tristemente fracasos; los lugares donde se ahorra el agua, la luz y el gas, porque los bolsillos se mantienen “pelados”; los lugares donde las memorias trágicas atraviesan el corazón y dejan caer lágrimas, donde las memorias “duelen” y conmueven, y donde la ineficacia estatal siembra rabia, angustia y desespero, y donde la sensibilidad se funde con la solidaridad, la individualidad con la colectividad, la realidad con el sueño; en fin, lugares donde la vida se irradia, se multiplica y conserva.

Relacionados con la vida resultan también las calles. Se puede asegurar convictamente que las calles caracorobleñas son sinónimo de vida. Es por ellas donde la gente se moviliza y transporta sus enseres. La propia economía se desarrolla junto a estos escenarios. Sí, las tiendas, los restaurantes, las peluquerías y los espacios de integración y diversión se hallan en los lugares adyacentes a las calles. Se puede decir que es junto a las calles donde se desarrolla la vida, individual y colectiva. Allí se adquiere el material de aseo, de cocina y construcción; allí la gente

se encuentra y se divierte, oxigenando las relaciones y rompiendo con la monotonía que caracteriza el diario vivir, sea con la cerveza, el baile como con los juegos de billares y la pelea de gallos. Tal como pasa con la mayoría de las calles de los barrios populares (Rodríguez, 2009), las calles caracorobleñas son, pues, puntos de referencia y lugares de encuentro, lugares dotados de sentido a partir de lo vivido y lo experimentado día a día por el individuo y la comunidad. En las tardes acogen a un sinnúmero de vendedores y compradores, transportadores y pasajeros, residentes y transeúntes que se van apropiando temporalmente de aquellos espacios. Y allí se funden y confunden edades, razas, miradas, historias, memorias, sexos, generaciones y tiempos. En fin, las calles de Caracolí-Robles constituyen espacios donde la vida brota, florece y se afirma, eso pese a los desafíos que representa el habitar y deambular por aquellos escenarios.

Nuestras miradas y atenciones se dirigen ahora hacia la realidad social de Caracolí-Robles. Socialmente, Caracolí-Robles se define como un escenario múltiple. Allí se halla gente negra, blanca, indígena y mestiza²⁹, gente que procede de varias latitudes nacionales, departamentales y distritales, la mayoría como desplazada, desplazada del Chocó, Tolima, Arauca, Boyacá, Caquetá, Córdoba, Cundinamarca, Meta, Casanare, Antioquia, Bolívar, Caldas, Huila, entre otros (Anónimo, 2008; Ramírez Hurtado, 2010; Pérez Martínez, 2004), gente que viene huyendo de la violencia en sus lugares de origen, esa violencia expresada y encarnada maltratos físicos y psicológicos, expresada y encarnada desapariciones, secuestros, asesinatos, prisiones, acusaciones injustas, violaciones, etc. Una mirada atenta a la cuestión permite constatar que Caracolí-Robles es una especie de una pequeña Colombia, Colombia en miniatura. Allí las personas “viven en condiciones de extrema pobreza, con fuertes carencias básicas, con problemas ecológicos, ambientales y por supuesto sociales” (Anónimo, 2008: 14).

1.3.3. Una realidad política y cultural plural

Ante todo, amerita señalar que Caracolí-Robles constituye una realidad paradójica. Aunque es una de las zonas más violentas de Ciudad Bolívar y de los Altos de Cazucá, el territorio no cuenta

²⁹ “El barrio Caracolí [y por extensión, Robles] puede considerarse como un barrio estratégico por ser receptor de muchas personas que en la mayoría de los casos pertenecen a etnias diferentes” (Anónimo, 2008: 14).

con fuerte presencia del Estado; aunque es uno de los sectores con más desplazados en Ciudad Bolívar y los Altos de Cazucá, la zona no cuenta con significativos proyectos en favor de gente desplazada; aunque es una de las zonas cultural y racialmente más plurales de Ciudad Bolívar³⁰ y de los Altos de Cazucá, el sector desangra de conflictos culturales y raciales.

Ha de notarse aquí que Caracolí y Robles son barrios política y culturalmente plurales. En ellos se enfrentan muchas fuerzas políticas. Se enfrentan fuerzas legales e ilegales, fuerzas estatales y delincuenciales, fuerzas guerrilleras y paramilitares. Aunque se trate de algo difícil de constatar a primera vista, estas fuerzas se chocan y se oponen realmente, estas fuerzas dictan sus leyes e instauran sus órdenes reales e imaginarios, estas fuerzas luchan por gobernar los campos de acción actuales y posibles.

En Caracolí-Robles la presencia del Estado brilla por su ausencia e ineficacia. Allí la única entidad que encarna al Estado es la policía, y, de manera escueta y esporádica, el ejército, que, de vez en cuando, hacen patrullajes en el sector, sobre todo durante la noche. Se trata de pocos hombres que se pueden contar con los dedos de una sola mano, hombres de cuya acción resulta irrisoria para una realidad tan dura y desafiante como la de Caracolí y Robles. Los políticos, a lo mejor, los politiqueros, apenas se acuerdan de aquellos barrios cuando están en campaña, cuando quieren trepar escaleras y conquistar posiciones en la vida política local, distrital, departamental y nacional a costa del voto caracorobleño. Del contrario, resultan ser extraños y gente de otro mundo; resultan ser ajenos e indiferentes al mundo caracorobleño.

El abandono de que son víctimas Caracolí y Robles se percibe también desde los medios de comunicación. Hablando de Caracolí, Otoniel anota: “Aquí el abandono es total. Los medios no hablan, no de eso. Por eso nos tienen olvidados, porque como estamos en el último rincón de Bogotá. Sólo hablan de Caracolí cuando hay derrumbe; estos días sí, salimos en los medios. De lo contrario, no vienen, ni a penar, ni a arreglar los pasos”.³¹

³⁰ Se cree que Caracolí tenga más o menos unas 13.000 personas, que comportan la raza negra, blanca, mestiza e indígena.

³¹ Entrevistado en Caracolí, el 4 de mayo de 2011.

Otra dimensión de la vida caracorobleña que acapara nuestra atención la constituye la cultura. Se perciben en Caracolí-Robles prácticas culturales de origen campesino y urbano, de origen afro, amerindio y europeo, que colorean y llenan de aroma la vida, además de convocar e invitar a la práctica del bien. Allí se celebra con devoción y amor singular el “San Pacho”, acto litúrgico-cultural que recuerda y honra a San Francisco de Asís, y que tiene a Quibdó como cuna y centro. A nivel religioso, son significativos los actos litúrgicos de los tiempos más importantes del calendario cristiano. Así mismo, resultan dicentes las prácticas religiosas asociadas a la religiosidad popular, que se basan en oraciones, devociones, procesiones, peregrinaciones y novenarios, prácticas en las que el individuo se funde y confunde con la comunidad, prácticas en las que lo personal se funde y confunde con lo colectivo, la singularidad con la pluralidad.

En lo cultural también se destaca la moda. Entre los jóvenes se divisan pantalones bien pequeños y apretados, pantalones que, además de dejar al aire libre las nalgas, se ajustan de manera increíble a los cuerpos y piden ineludiblemente la presencia de cremalleras en las dos extremidades. Estos pantalones hacen parte del llamado “Pitillo” o “Entubado”, moda en continua ascensión en Caracolí-Robles. Se trata de una práctica que encuentra un aliado insospechable en el corte de cabello llamado “Corte siete o z”, que consiste en rapar apenas el cabello de las extremidades de la cabeza.

No menos destacable resulta la moda femenina. Entre las mujeres caracorobleñas, en especial las negras, se hallan, aunque en pequeña escala, mujeres que traen consigo turbantes en la cabeza, pieza cuyas funciones pueden ir desde el adorno corporal hasta la protección contra el frío, pasando por la visibilización. También es común entre las jóvenes negras caracorobleñas divisar faldas y pantalonetas bien cortas, faldas y pantalonetas que terminan donde empiezan, y que permiten exponer todo lo que se podría considerar “sagrado” y “privado” en la mujer: las partes más sensuales e íntimas. En las cabezas de estas jóvenes se identifican comúnmente trenzas, sobre todo las llamadas “Gubillos”, que consisten en unos cabellos largos, cabellos cuyo origen ignoramos. Esta moda, al igual que el *entubado* o *pitillo*, tiene connotaciones afectivas. Una y otra permiten cambiar de “look”, cambiar de apariencia; permiten “estar en la corriente” y pescar al desprevenido y al que dé papaya. Todas estas modas, además de concurrir para el cambio del

“look”, funcionan como medio de diferenciación y resistencia, diferenciación y resistencia con relación a lo común y a lo dominante.

Capítulo 2

Sin marcas:

Poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles

2.1. Visión panorámica

2.1.1. Poblaciones con procedencias rastreables

Los desplazados caracorobleños son gente que procede de varias geografías nacionales, con el predominio de la costa. Ellos proceden de Boyacá, Cesar, Meta, Tolima, Cuca, Valle del Cauca, Nariño, Cundinamarca, Caquetá, Bolívar, Antioquia, Guajira, Magdalena Medio, entre otros. Se cree que esta procedencia está estrechamente relacionada con la violencia. Pues todos los desplazados caracorobleños apuntan al factor “violencia” como el que estuvo en el origen de su salida a Bogotá. Ellos fueron blanco de prácticas violentas desencadenadas por el Estado, la guerrilla, los paramilitares, narcotraficantes o agentes económicos (agricultores, comerciantes, ganaderos, esmeralderos y empresarios nacionales e internacionales), sujetos que emplean estratégicamente la violencia para alcanzar y realizar sus objetivos. Se trata de gente que echa la mano de la violencia en su lucha por la apropiación de tierras y territorios, por la ocupación de lugares política, económica, social y militarmente estratégicos, sea por su ubicación, su riqueza como por sus condiciones de transitabilidad; en su lucha por recursos económicos y por el mantenimiento del orden social reinante, o por la instauración de un nuevo orden y el combate al Estado o a la subversión.³² Algunos de estos actores emplean las clásicas estrategias de violencia que han prevalecido en el país. En su afán por sembrar el terror, se sirven, además de ataques y tomas de poblaciones, de amenazas, de secuestros múltiples y selectivos, de masacres, asesinatos selectivos, ejecuciones sumarias, desapariciones, reclutamientos forzados e infantiles, torturas,

³² Se cree que en Colombia el desplazamiento forzado irrumpe como una estrategia de guerra, más que un producto de ésta. Todo para “conquistar” la tierra y el territorio. Pues “es el control violento de territorios y poblaciones lo que produce desplazamiento forzado [en Colombia]” (Osorio *et all.*, 2005: 31).

mutilaciones, minas antipersonales de la esclavitud sexual y doméstica (Osorio *et all.*, 2005; Cabrera, 2009).

Se puede decir, a la luz de lo anterior, que el desplazamiento forzado en Colombia se da en geografías específicas, en territorios bien particulares. Él ocurre en las zonas más apetecidas, en las zonas más deseadas. Pues sí, “la violencia [en Colombia] es sectorial, [ella] no golpea a todos por igual, [sino que más bien] escoge objetivos, que pueden ser personas, grupos o regiones específicas” (Cabrera, 2009: 17).³³ Para nuestro caso, estas geografías tienen nombres; se llaman costa e interior del país, se llaman Boyacá, Tolima, Caquetá, Antioquia, Cauca, Valle del Cauca, Nariño, Cundinamarca, Guajira, etcétera. Es en estos escenarios donde la violencia³⁴ motiva fugas, donde el miedo da origen a salidas forzadas personales, familiares o masivas, salidas esporádicas o constantes, hacia nuevos mundos, nuevos territorios, como Caracolí y Robles, territorios donde el desplazado se resguarda y rehace su vida, y donde protege su libertad e integridad física.³⁵

2.1.2. Deambulando por Colombia y Bogotá: trayectorias de los desplazados caracorroleños

Hablar de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles significa, entre otros, hablar de personas en constante movimiento, en constante desplazamiento. En ello quizás sea mejor hablar de “poblaciones en situación de desplazamiento”, en lugar de “poblaciones desplazadas”. Se trata, pues, como lo dirá Angélica³⁶, de “[personas] eternamente desplazadas”. Se podría decir que lo característico de la mayoría de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles es la

³³ Se trata, en su mayoría, de zonas “estratégicas por su riqueza, su potencial agroindustrial y su importancia vial” (Cabrera, 2009: 48).

³⁴ En Colombia, la pugna por la tierra y los territorios que origina el desplazamiento se lleva a cabo mediante prácticas de varia índole, prácticas que guardan entre sí algo en común: el recurso al terror. En Colombia, no pocos actores recurren a la masacre, a los asesinatos selectivos, a los ataques a poblaciones, a la amenaza, al secuestro, a la desaparición y a las ejecuciones extrajudiciales para promover desplazamientos, sean ellos diminutos como masivos (Zuluaga, 2004: 45).

³⁵ Se trata de estos espacios que los desplazados imaginan “como refugio de paz idóneos para salvaguardar y rehacer sus tejidos sociales, familiares y comunitarios fragmentados” (Mosquera, 2010: 287).

³⁶ Mujer blanca, ama de casa, desplazada de Villa Gómez que reside en Caracolí. Entrevista realizada en Caracolí, el 11 de febrero de 2011.

movilidad, es el continuo desplazamiento. Ellas no sólo padecen el desplazamiento intermunicipal o departamental, sino también el interurbano, vale decir, el desplazamiento que se da dentro de la ciudad capital. Para Epifanio³⁷, el continuo desplazamiento caracteriza a la vida de algunos desplazados en Caracolí y Robles. “A veces [están] aquí, [otras veces] en la Isla”; pues, “acá [...] no quedan mucho, vienen y van a otro barrio”. Pues sí, las poblaciones desplazadas en Caracolí son unos sujetos en eterno desplazamiento, unos sujetos que carecen de residencias fijas, de hogares permanentes. Por allá y por acá, les ha tocado hacer las maletas y ponerse en camino hacia otros lugares, hacia otros destinos; por allá y por aquí, se han visto en la necesidad de abandonar el hogar y el vecindario, para ponerse en camino hacia nuevas tierras donde se pueda hacer y rehacer la vida, y donde se pueda soportar el peso que ella (la vida) impone; en fin, por allá y por acá, han puesto en movimiento y en práctica su condición de “desplazado”.

El mapeo de las trayectorias de los desplazados caracorobleños nos lleva a varios departamentos, a varios municipios, localidades y barrios (estos últimos bogotanos). A nivel departamental, conviene señalar que las trayectorias han sido múltiples. Juan Andrés³⁸ define su trayectoria como de muchos movimientos. Narra él: “De Tumaco me fui a Buenaventura, porque [...] allí está [la] mamá y los hermanos, mis hermanos todos. Y de Buenaventura a Bogotá; ha sido [toda una aventura], un continuo desplazamiento. ¿Verdad?”.

Itinerante también ha sido Ana María.³⁹ En su travesía hacia Bogotá, ella tuvo que pasar y hacer escala en un lugar intermedio, como bien señala: “Yo me fui del Caquetá sola, me fui a Neiva, donde mi abuelita y mis tíos. Después de tres meses salí con mis amigas a Bogotá, y nos fuimos donde mi tío en Meizer”. Por el mismo lugar pasó Tatiana y su familia. Cuenta ella: “Cuando salimos de Guayabal [un caserío del Caquetá] nos venimos a Neiva para descansar y saludar a la

³⁷ Joven negro, estudiante universitario y habitante de Tres Esquinas. Entrevista realizada en Tres Esquinas, el 11 de marzo de 2011.

³⁸ Negro desplazado de Tumaco, albañil residente en Caracolí. Entrevista realizada en Caracolí, el 12 de febrero de 2011.

³⁹ Joven blanca, estudiante de bachillerato desplazada del Caquetá y residente en Caracolí. Entrevista realizada en Caracolí, el 11 de febrero de 2011.

gente conocida [se refiere a algunos familiares]. Nos quedamos por ahí qué, un mes; después sí, para Bogotá”.⁴⁰

A la lista de los errantes se suma Enriqueta.⁴¹ Narra ella: “Salimos de Paimé, luego que mataron a mi esposo. Salí con mis hijos, los cinco primeros. Nos quedamos en Arbeláez, donde mi mamá por tres semanas; después, Bogotá. Y ha sido un camino duro; sobre todo con la muerte de mi esposo. Pues me tocó a mi sola, llevarlos adelante [a los hijos]”. Como se puede ver, han sido muchas las estaciones, los paraderos de los desplazados caracoleños antes de su arribo a Bogotá, de su arribo a Caracolí y Robles.

Muchos han sido también los movimientos urbanos de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles. En su mayoría, para no decir totalidad, los desplazados caracorobleños han pasado por otro u otros barrios y localidades (y casi todos ellos periféricos) antes de su arribo a Caracolí-Robles. Localidades como Bosa, Usme y Kennedy, y barrios como Meissen, Resurrección, Paraíso, 20 de Julio, Diana Turbay, San Jorge y Santa Ana, Arborizadora Alta, Alfonso López y Marco Fidel Suárez han acogido y albergado a desplazados que actualmente se hallan en Caracolí y Robles, gente cuyos movimientos, desplazamientos se dan, *grosso modo*, en redes, en general redes familiares, una práctica que puede definirse como una espada de doble filo. Pues sí, la movilización en redes tiene sus ventajas y desventajas.

Ella, además de preservar los vínculos y las relaciones tejidas y establecidas en los lugares de origen, capacita a las personas involucradas a enfrentar la nueva realidad desde la unión de fuerzas, la unión de esfuerzos. Por lo demás, el desplazamiento basado en redes da más seguridad y más tranquilidad, pues presupone la unión y comunión de varias personas e historias, y no implica preocuparse por los que pudieran quedarse en los lugares de origen. Sin embargo, este tipo de movilización acarrea dificultades, que están relacionadas fundamentalmente con el transporte, el alojamiento y el sustento en los primeros días de la llegada a los lugares de destino, además de los conflictos que puede generar la convivencia.

⁴⁰ Tatiana, joven blanca desplazada del Caquetá y residente de Caracolí. Entrevista realizada en Caracolí, el 11 de febrero de 2011.

⁴¹ Desplazada blanca de Villa Gómez, ama de casa y residente en Caracolí. Entrevista realizada en Caracolí, el 13 de febrero de 2011.

2.1.3. Pero, ¿por qué desplazado y por qué Caracolí-Robles?

En Caracolí-Robles abundan las personas que dicen ser desplazados. Como se evidenció en pasajes anteriores, ellas (las personas desplazadas) proceden de varios lugares de la geografía nacional, departamental y distrital. Aseguran haber dejado contra la voluntad sus territorios, sus tierras, bienes y actividades económicas habituales a raíz de prácticas asociadas a la violencia. Es justo este abandono involuntario motivado por la violencia el que los hace “desplazados”, porque, como se sabe, el desplazamiento en Colombia se define como un fenómeno causado por la violencia. Se concibe como desplazado la persona que llega a la ciudad huyendo de la violencia (Aparicio, 2005: 138). No queremos aquí entrar a ver si en realidad ellos son desplazados⁴²; este no es nuestro objetivo. Lo que nos interesa, sí, es ver por qué esta gente que se “define”, se “cree” y se “asume” como desplazado opta por Caracolí-Robles.

Una palabra especial merecen los factores que condicionan las elecciones barriales de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles. De entrada, se hace menester notar que la presencia de desplazados en Caracolí-Robles se debe a varios factores. Ante todo, se menciona el factor económico. Se puede decir que es el condicionante más significativo para la mayoría de la gente. Muchos desplazados optan por Caracolí y Robles porque allí se pueden conseguir lotes que resultan más económicos, (lotes donde se pueda construir un rancho personal o familiar), porque los servicios son más baratos y otros gratis, y porque allí se pueden conseguir lugares de arriendo económicamente más asequibles, económicamente más viables; en fin, porque allí el desplazado puede sobrevivir en medio de la miseria, puede sobrevivir en medio de la escasez, en medio de la limitación presupuestal.

Lo anterior se ilustra en estos testimonios de los propios desplazados y de los habitantes de los barrios aledaños a Caracolí-Robles. Angélica⁴³, hablando de su caso, señala: “Durante un tiempo

⁴² En Caracolí-Robles el problema de la veracidad de la condición de los desplazados resulta de veras complejo y problemático. Hay en aquellos barrios gente que se hace pasar por desplazado movida por intereses sobre todo económicos. Se trata de actitudes que levantan en los demás sospechas, indiferencias y rechazados.

⁴³ Entrevistada en Caracolí, el 11 de febrero de 2011.

se trabajó, se consiguió unos pesitos [sic] y se compró este lote, más barato [...]”. Juan Andrés⁴⁴, a su vez, defiende: “Los recursos que tenía en el momento [de arribo a Caracolí] no [permitían] comprar casita en otro lugar”. El factor económico también acabó siendo decisivo en la elección de Emigdio⁴⁵ y Petrona,⁴⁶ como bien lo refieren ellos: “Pues, porque, digamos, tú sabes que aquí en Bogotá la situación del desplazado es muy dura, es demasiado dura. [A] uno le toca conseguir una [casa] que se pueda arrendar con un valor muy económico”;⁴⁷ “por allá [en 20 de Julio] todo era caro. Y como sabes, paila; eso de plata es difícil; y si uno está mayor, je, peor”.⁴⁸ Se trata de una idea que es compartida por Mario⁴⁹, como bien lo nota: “Yo me vine donde era fácil vivir, sin pagar arriendo, [y] sin pagar mucho por los servicios”. Antonieta⁵⁰ también percibe el factor económico como el condicionante central de las elecciones de los desplazados en Caracolí-Robles. Asegura que los desplazados optan por Caracolí-Robles porque allí “es donde hay [son] barato[s] los servicios [...] y donde hay más comodidades para la gente desplazada arrendar fácilmente”.

Otro factor que condiciona las elecciones de los desplazados caracorobleños es el del parentesco y el paisanaje.⁵¹ Algunos desplazados van a Caracolí-Robles porque sus familiares disponen en aquel sector de alguna vivienda, como es el caso de Ana María y su familia. Refiere ella: “En Meizer [el espacio] era muy pequeño para vivir [todos] nosotros. [Pues teníamos que] encontrar [otro] lugar [donde cupiéramos todos]. Y mi tío nos ofreció esta casa”.⁵² El parentesco condicionó también la elección del hermano de Estefanía. Hablando de él y de su familia, anota

⁴⁴ Entrevistado en Caracolí, el 12 de febrero de 2011.

⁴⁵ Negro desempleado, desplazado del Chocó y residente de Robles. Entrevista realizada en Robles, el 12 de febrero de 2011.

⁴⁶ Negra desplazada del Chocó, desempleada y habitante de Robles. Entrevista realizada en Robles, el 2 de abril de 2011.

⁴⁷ Idea de Emigdio.

⁴⁸ Idea de Petrona.

⁴⁹ Negro desempleado, desplazado del Chocó y residente en Robles. Entrevista realizada en Robles, el 13 de febrero de 2011.

⁵⁰ Mujer blanca, comerciante y habitante de La Isla. Entrevista realizada en La Isla, el 4 de marzo de 2011.

⁵¹ Se trata de realidades que aparecen en nítida relación con la solidaridad y la resocialización.

⁵² Entrevistada en Caracolí, el 11 de febrero de 2011.

ella (Estefanía)⁵³: “Claro, [hay] mucha gente [desplazada en Caracolí]”; incluso, “mi hermano es un desplazado. Pues ellos llegaron [porque] sabían que había posibilidades de ayuda [de parte de nosotros]; como quien dice, voy para mi familia para ver quién me da una mano”.⁵⁴ Otra persona cuya elección por Caracolí estuvo determinada por el parentesco fue Juana.⁵⁵ Ella optó por aquel sector porque allí vivía su hermana, Judith,⁵⁶ y el resto de la familia; pues sí, fue allí convocada y movida por lazos parentales, lazos familiares.

Muy relacionado con el parentesco está el paisanaje. Ante todo, una aclaración conceptual. El término “paisano” se refiere al habitante de la misma región, al coterráneo. Pero a veces se usa también para evocar las relaciones entre negros y éstos con otros grupos raciales (Rodríguez Peláez, 2004). Y en Colombia, es común que entre los negros se llamen “paisanos”, incluso que gente blanca o indígena llame al negro “paisano”. Es como si el término “paisano” equivaliera o fuera sinónimo de “negro”. Por lo tanto, además de la región, el término evoca la raza, como bien lo evidencia Bonifacio⁵⁷: “Pa’ nosotros, paisano es esa gente de la tierra de uno, de la misma raza, de la misma sangre. Nosotros decimos también ‘mi país’”. Al respecto, anota Andrés Meza, parafraseando a Santiago Arboleda: “[...] el paisanaje es una estrategia de pertenencia regional que, a medida que se inserta en contextos más metropolitanos, se flexibiliza hacia lo ético, o lo que popularmente se conoce como ‘la raza’. El autor afirma que ‘[...] paisanos somos todos los que llevamos el mismo paisaje por dentro” (Meza, 2003: 75).

Ahora a lo nuestro: paisanaje en Caracolí-Robles. En Caracolí-Robles se descubren desplazados que optaron por aquel barrio porque allí vivía gente conocida, vivía gente con que se podía identificar, podía interactuar y entender. “Ellos van allá, allá donde hay otros de su color, porque

⁵³ Mujer blanca, habitante de La Isla y trabajadora de la Visión Mundial. Entrevista realizada en La Isla, el 18 de marzo de 2011.

⁵⁴ “Parece que [en aquellos sectores] las normas de solidaridad familiar obligan a ofrecer techo y comida [...]” (Anónimo, 2000: 114).

⁵⁵ Desplazada negra del Bagre, Antioquia, desempleada y madre cabeza de familia. Entrevista realizada en Caracolí, el 4 de mayo de 2011.

⁵⁶ Desplazada negra del Bagre, desempleada y madre de familia. Entrevista realizada en Caracolí, el 4 de mayo de 2011

⁵⁷ Joven negro desplazado del Chochó, instructor de baile y habitante de Robles. Entrevista realizada en La Isla, el 23 de julio de 2011.

esa gente, ui, no se separa; pues, se buscan entre ellos; es como si [ellos] fueran una familia; ellos se entienden” –refiere Antonieta cuando preguntada sobre el destino de los negros desplazados en Caracolí.⁵⁸ Otro desplazado cuya presencia en Caracolí se debe al paisanaje es Juan Pablo.⁵⁹ Hablando de su caso, asegura: “Nos venimos aquí porque hay gente conocida, gente de la tierra. Además, aquí el ambiente es más familiar; uno no se siente fuera de lugar; la gente [lo] recibe a uno como de la propia sangre. Es una vacanería aquí”. Se podría decir, a modo de resumen, que el parentesco y el paisanaje constituyen redes de ayuda, redes de apoyo y cooperación, redes que hacen llevadero el yugo que representa la ciudad para el desplazado; redes que intentan aliviar el dolor, sanar las heridas, satisfacer las necesidades y recrear, en Caracolí-Robles, las prácticas sociales y culturales de los lugares de origen.

Por último, apuntamos la disponibilidad de terrenos y la posesión de una vivienda propia como elementos que están en el origen de las elecciones de algunos desplazados caracorobleños. La vivienda condicionó la opción de Enriqueta por Caracolí. “Porque en Santa Viviana teníamos una casa alquilada; y aquí tenemos un ranchito [propio]. Allá no había donde construir; el espacio, no existían espacios, y los que existían, eran muy caros” –cuenta ella.⁶⁰

En resumen, muchos son los factores que gobiernan y condicionan las voluntades de los desplazados caracorobleños a la hora de decidir dónde ir. Más que algo expresamente libre, las elecciones de esas poblaciones son realidades condicionadas, realidades gobernadas por innumerables factores. En estas elecciones, el desplazado podría muy bien decir que “no soy yo que vivo, sino las circunstancias de la vida”; o más bien, que “mi libertad vive presa, vive condicionada; sí, mi libertad es parcial, como parcial es la libertad de todo ser humano”.⁶¹

Dicho eso, queda ahora referirnos a las disposiciones geográficas de los desplazados en Caracolí-Robles. Se puede decir, como anotación previa, que las disposiciones geográficas de los

⁵⁸ Entrevistada en La Isla, el 4 de marzo de 2011.

⁵⁹ Negro desplazado de Tumaco, instructor de baile y habitante de Caracolí. Entrevista realizada en Caracolí, el 13 de febrero de 2011.

⁶⁰ Entrevistada en Caracolí, el 13 de febrero de 2011.

⁶¹ Esperemos que eso no suene muy moralista. Lo que queremos evidenciar aquí son los modos y las fuerzas de gobierno que pesan sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles.

desplazados caracorobleños son muy características, muy peculiares, y resultan de ciertos condicionamientos. La distribución de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles obedece a varios factores, que van desde lo social hasta lo racial, pasando por lo económico, como se vio anteriormente.

En Caracolí-Robles los desplazados ocupan los espacios más marginados y considerados como más problemáticos (sobre todo los de los negros). Estos lugares que habitan dentro de Caracolí-Robles, son marginados, estigmatizados y, en algunos casos, excluidos. Son especialmente los sectores ubicados junto al caño, a los antiguos caños y a la “Calle 19”, los que acogen a los desplazados, sectores que se pueden considerar muy bien como “periferia de la periferia” (Rodríguez y Moreno, s.f.: 63).⁶² Se trata de lugares oblicuos y muy proclives a derrumbes, lugares sin mínimas condiciones de habitabilidad. Éstos son los espacios que ocupan la mayoría de los desplazados, espacios gratis o que no cuestan mucho dinero, que pueden ser adquiridos por gente desplazada, gente con deficiencias económicas, esta gente cuya condición económica no permite muchos sueños, muchas aventuras; al contrario, reduce los márgenes, las posibilidades de maniobra; gente de cuyos bolsillos sólo puede salir algo que apenas alcanza para adquirir un terreno, un lote en lo marginal de lo marginal, en el suburbio del suburbio que significa Caracolí-Robles; esa gente que se puede muy bien integrar la lista de los “aplazados⁶³ y desplazados” (Suárez, 2003: 42) colombianos, o sea, la lista de los doblemente excluidos, doblemente subordinados; excluidos de sus territorios, pero también del banquete económico del que tienen derecho apenas algunos colombianos; excluido del ambiente habitual, pero también de la repartición justa y digna del pan.

2.1.4. Duración en Caracolí-Robles

No resulta fácil hablar del tiempo de duración de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles. La cuestión resulta tan desafiante que a veces la incertidumbre y el silencio acaban siendo las

⁶² Son sobre todo las zonas geográficas accidentadas y de alto riesgo las que hospedan a las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles.

⁶³ Suárez habla de los “aplazados” como los seres humanos que en Colombia siempre han sido excluidos, sobre todo de los beneficios económicos, como son los indígenas, los negros, los campesinos, entre otros. Se trata de personas cuya inclusión económica siempre se ha adiado, se ha diferido.

mejores y más acertadas salidas. Sí, es difícil rastrear el tiempo de duración de personas en continuo movimiento, en continuo desplazamiento; es difícil hablar de un tiempo de gente “eternamente desplazada”. Sin embargo, algo se puede decir.

Los desplazados que fueron objeto de nuestras entrevistas y relatos de vida defienden haber llegado a Caracolí-Robles en los últimos 18 años. En segundo lugar, se hace mención de los tiempos evocados, vividos y proyectados, tiempos contruidos de manera individual y social, que son el pasado, el presente y el futuro. Las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles hablan del pasado como algo evocado y añorado; en palabras de Tavera y Pérez Martínez⁶⁴, como una realidad que se construye con base en recuerdos, discursos y relaciones, memorias y olvidos, realidad cuya actualización causa dolor y tristeza, cuya actualización siembra desconcierto e inconformidad, nostalgia y malestar, pero que está en función del presente.

El presente emerge entre los desplazados caracorobleños como una realidad yuxtapuesta que llama a la acción y al compromiso, realidad que llama a la búsqueda y la lucha, y pide combatir la indiferencia y la resignación; todo para asegurar la supervivencia. Y el futuro irrumpe acá como el horizonte del sueño y de la proyección, como el horizonte del anhelo y de la esperanza, el horizonte de la plenitud y de la vida mejor, horizonte que motiva e impulsa a la lucha, horizonte que renueva y oxigena la vida y revitaliza las fuerzas.

Los tiempos de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles están dispuestos según el género y la edad, y aparecen territorializados. El modo cómo son experimentados por varones y mujeres de las varias generaciones no es el mismo; cada uno de ellos los vive y experimenta peculiarmente; eso en geografías bien definidas. Mientras los varones y los niños amplían su radio de presencia y de acción, las mujeres se restringen más al ambiente hogareño; mientras los varones y los niños se exponen con más facilidad al aire libre, saliendo a la calle, al lugar de

⁶⁴ María Cristina Tavera realizó un interesantísimo trabajo sobre transformaciones y continuidades de la danza tradicional del Pacífico colombiano en población en situación de desplazado. Ella se ocupó de poblaciones desplazadas en La Isla y El Oasis, barrios aledaños a Caracolí y Robles. Allí Tavera habla de los tiempos de los desplazados bajo la forma de pasado, presente y futuro (Tavera, 2004: 53), lo mismo ocurriendo con Manuel Enrique Pérez Martínez (2004), cuyo interés se centra en la relación entre territorio y desplazamiento en los Altos de Cazucá.

trabajo, de estudio y de diversión, el movimiento de las mujeres aparece más relacionado y atado al rancho y a la tienda, relacionado y atado al espacio definido por la casa y el supermercado.

2.2. Desplazados caracorroleños, sujetos de una presencia reconocible

En Caracolí-Robles y en los barrios circunvecinos se descubren personas que defienden vigorosa y categóricamente la existencia, en Caracolí-Robles, de gente desplazada; ello en gran cantidad. Entre ellos se destaca María de la Cruz.⁶⁵ Para ella “[...] hay muchos desplazados [en Caracolí-Robles]”, idea compartida por Paola, Rosario y Julieth, quienes aseguran que “hay mucha gente desplazada en Caracolí-Robles”,⁶⁶ “mucha gente por allá”,⁶⁷ “bastante gente”⁶⁸ desplazada. Categórica acaba siendo también la postura de Estefanía⁶⁹, quien defiende que “[...] [hay] mucha gente [desplazada en Caracolí y Robles]”, y que incluso su “[...] hermano es desplazado”. Se trata de una convicción que se halla también en la mente de Emilia⁷⁰ y Manuelita. Al respecto, testifica Emilia: “Pues sí, hay muchos [desplazados en Caracolí-Robles]; uno oye hablar de ellos”; “claro, bastante gente desplazada”, añade rematando Manuelita.⁷¹

No menos importantes respecto al tema están también las opiniones hipotéticas. En Caracolí-Robles y sus alrededores se halla gente que defiende hipotéticamente la existencia de desplazados

⁶⁵ Mujer blanca, comerciante y habitante de La Isla. Entrevista realizada en La Isla, el 4 de marzo de 2011.

⁶⁶ Paola. Mujer blanca, ama de caza y habitante de La Isla. Entrevista realizada el 18 de marzo de 2011.

⁶⁷ Julieth. Mujer blanca, desempleada y habitante de La Isla. Entrevista realizada en La Isla, el 5 de marzo de 2011.

⁶⁸ Rosario. Mujer blanca y habitante de Jerusalén. Entrevista realizada en Jerusalén, el 6 de marzo de 2011.

⁶⁹ Mujer blanca, trabajadora de la Visión Mundial y habitante de La Isla. Entrevista realizada en La Isla, el 18 de marzo de 2011.

⁷⁰ Mujer blanca, empleada de servicios y habitante de Robles. Entrevista realizada en Robles, el 9 de abril de 2011.

⁷¹ Entrevistada en Caracolí, el 9 de abril de 2011. Estamos aquí ante afirmaciones que se basan en experiencias personales y en opiniones de otros. En ello, la seguridad sobre la veracidad de la aseveración puede variar según el fundamento. Las afirmaciones fundadas en experiencias personales pueden ofrecer mayor seguridad en lo tocante a la veracidad que aquellas que se anclan en opiniones ajenas, en opiniones de terceros.

en aquellos dos barrios. Tomamos aquí, a título de ejemplo, la postura de Antonieta⁷², quien “[...] [cree] que sí, [que existen desplazados en Caracolí-Robles], porque la mayoría de los desplazados han [ido a aquella] zona”. Y se podría decir, a manera de conclusión, que la diferencia entre los dos tipos de opiniones reside en su propio fundamento. Pues mientras las opiniones categóricas se fundan en experiencias personas o en testimonios de otros, las opiniones hipotéticas tienen como fondo, como soporte la creencia, la suposición, suposición que, *grosso modo*, resulta de deducciones lógicas.

2.3. Pero en un mundo amorfo

Ha de notarse que hablar de Caracolí-Robles presupone, entre otros, hablar de un espacio en el que la distinción entre desplazados y no desplazados resulta algo problemático, presupone hablar de un escenario en el que desplazados y no desplazados se funden y confunden perfectamente; presupone, en resumidas cuentas, hablar de un mundo amorfo, eso, por lo menos, para el que no sea o que no tenga suficientes informaciones y conocimientos de y sobre aquel contexto.

En Caracolí-Robles desplazados y no desplazados conforman una misma realidad, un mismo mundo humano. Unos y otros habitan el mismo espacio, padecen las mismas necesidades y entablan las mismas relaciones, o, por lo menos, relaciones similares; unos y otro viven la misma historia y comparten los mismos tiempos; unos y otros comparten el mismo destino, los mismos odios y amores, las mismas verdades y mentiras, los mismos sueños y proyectos, las mismas alegrías y tristezas, las mismas victorias y fracasos; unos y otros comparten los mismos gustos y la misma moda; unos y otros comparten la misma fe y las mismas inclinaciones políticas; pues sí, unos y otros forman una aparente armonía imposible de quebrantar a primera vista. Allí el desplazado resulta ser uno más, resulta ser “idéntico” al no desplazado. Él se ve carente de marcas, carente de etiquetas o distintivos materiales o simbólicos que lo identifiquen y lo distinguan. Allí él es uno más entre la multitud, uno más cuya condición de vida presupone interacciones y narraciones en las que surjan sujetos que sean “desplazados”; uno más que acaba siendo “insignificante” e irreconocible para muchos, sobre todo para los que no lo conocen con anterioridad; en definitiva, uno más cuya “identificación” demanda un conocimiento previo, una

⁷² Entrevista realizada en La Isla, el 4 de marzo de 2011.

experiencia de interacción anterior, como lo nota Bonifacio: “Aquí el desplazado, qué, igual a los demás. Para que uno sepa que una persona es desplazada debe de oír decir que es desplazado, porque, de lo contrario, nada. Aquí todo el mundo es casi igual; no hay casi diferencias. Todos igualíticos”.⁷³

⁷³ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

Capítulo 3

Imaginario sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles

“Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de caza siempre glorificarán al cazador”

Proverbio yoruba, Nigeria

3.1. Un sujeto “chiviado”

En Caracolí-Robles y en los barrios aledaños circula un imaginario que postula al desplazado caracorobleño como un *sujeto chiviado*, un imaginario que no deja de preocupar al individuo y a la comunidad, a propios y extraños. Se puede decir que el gran problema relacionado con las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles tiene que ver justamente con su veracidad y autenticidad.⁷⁴ Pues se cree que en Caracolí-Robles existe gente que se hace pasar por desplazada movida por intereses personales: los vulgos “desplazados chiviados”. Pero más que una constatación, se trata de gente con existencia real, gente de carne y hueso, como se evidencia en algunos testimonios.

Ante todo, está el caso de Juan.⁷⁵ Este joven llegó a Robles en la última década. “Venimos del Chocó, hace tres años” -vocifera él cuando preguntado sobre su origen y la fecha de llegada a Robles-. Juan vino del Chocó no como un desplazado, sino más bien como alguien cuya migración estuvo ligada a otros factores: los de conseguir mejores condiciones de vida. Fue apenas en Robles donde “se hizo” desplazado, donde reivindicó y abogó para sí el término y la

⁷⁴ Pero el problema de los “falsos” desplazados, de los desplazados “chiviados” no solo enfrenta a los habitantes de Caracolí-Robles y de los barrios circunvecinos, sino también a las autoridades distritales, pues se trata de un problema que se vive y se experimenta en otras latitudes bogotanas. Sí, en Bogotá, “entre funcionarios y transeúntes pesa la desconfianza con respecto a los falsos desplazados, pobres y no pobres, que usurpan esta ‘identidad’ para generar recursos económicos” (Osorio, s.f.: 212). Por lo tanto, más que algo exclusivo de aquellos sectores, hay que ver el fenómeno como una realidad que aqueja a otros lugares, a otros barrios y localidades.

⁷⁵ Negro desplazado “chiviado” de Chocó, desempleado y habitante de Caracolí. Entrevista realizada el 26 de marzo de 2011.

categoría “desplazado”. En él, el ser desplazado que se exhibe verbalmente no coincide con la realidad material. Pues sí, Juan hace parte de la larga y compleja lista de los llamados “desplazados chiviados”, como bien confiesa: “Venimos como gente normal, pero después tuvimos que decir que éramos desplazados para recibir ayuda” (sonrisa, mirada evasiva y salida brusca).

El segundo ejemplo se lo debemos a Eulalia.⁷⁶ Eulalia vive segura de la existencia de “falsos desplazados” en Caracolí, porque ella misma fue testigo de un hecho en el que se intentó hacerle pasar por desplazada. Al respecto, comenta:

Allí en Caracolí, sí, pues eso, dicen que son desplazados. Vaya, uno cómo va a saber. Lo que pasa es que pasan tantas cosas que, cómo decirle, uno no sabe si creerles o no. Hay mucha gente que no es desplazada. La gente se hace pasar por desplazado, porque como los desplazados tienen apoyo del gobierno, la gente dice que son desplazados. Una vez a mí me dijeron que si quería una carta de desplazado, me la conseguían. Pero yo no acepté. ¿Por qué mentir? Yo creo que lo mejor es ponerse a trabajar, y no engañar. A mí no me parece justo.⁷⁷

La “falsa” adopción del título “desplazado” por parte de gente caracorobleña se debe fundamentalmente a intereses prácticos, en especial a intereses relacionados con la ayuda. Sí, el hacerse pasar por desplazado en Caracolí-Robles está estrechamente relacionado con la viveza, el oportunismo y parasitismo, con la posibilidad de conseguir alguna ayuda sin mucho esfuerzo, sin mucho trabajo, como lo asegura Julieth:⁷⁸ “Mucha gente, digamos, utiliza ser desplazado para aprovechar las cosas. O sea, hay gente que no es desplazado, pero [que] se aprovecha de la generosidad de la gente y perjudica a los que en verdad [la] necesitan”, idea compartida por Manuelita, que asevera:

[Allí] dicen ser desplazados, pero no son desplazados. Yo conozco mucha gente [que se hace pasar por desplazada]; ellos piensan, o sea, para tener la plata, el mercado. Para acceder a los recursos piden cartas de recomendación a sus familiares, como en las comunas de Medellín. [Pues] es el afán de la plata, de las casas y los mercados [que los lleva a todo eso]. Pero [en

⁷⁶ Mujer blanca, trabajadora social y habitante de Tres Esquinas. Entrevista realizada en Tres Esquinas, el 14 de mayo de 2011.

⁷⁷ Entrevistada en Tres Esquinas, el 14 de mayo de 2011.

⁷⁸. Entrevistada en La Escla, el 5 de marzo de 2011.

realidad] ellos no son desplazados. Yo conozco mucha gente que dice que son desplazados, pero [en realidad no, no son desplazados]. Ellos están recibiendo mercado, casas, ayudas, pero no son desplazados; a mí me consta. [Incluso] algunos tienen dos, tres casas con negocios y todo [pero que dicen] soy desplazado, no tengo dónde ir, no tengo no sé qué. [Sí] hay gente que [dice ser desplazada, pero] que tiene casas, [...] las esconden para recibir ayuda del gobierno.⁷⁹

Pero la existencia de “falsos” desplazados o desplazados “chiviados” en Caracolí-Robles no se debe solamente a la viveza y al oportunismo de esta gente. Surge en parte como complicidad del gobierno que genera las condiciones para que esto ocurra. Pues el gobierno alimenta los caprichos de esta gente dándole la asistencia que demanda, además de adoptar políticas muy laxas, de veras poco exigentes y responsables.

Asimismo, la existencia de desplazados “chiviados” en Caracolí-Robles irrumpe como una estrategia que permite reclamar la propia justicia ante las prácticas discriminatorias del gobierno. En ese sentido, se podría decir que la existencia de desplazados “chiviados” en Caracolí-Robles se debe, en parte, al propio gobierno, como se puede deducir de las palabras de Filomena⁸⁰:

Ellos reciben ayuda del gobierno. Al principio le dan plata para lo del arriendo, para la comida, para salud gratis. El gobierno les da todo. Todo es para los desplazados, porque reciben muchos beneficios. Acá todo es para los desplazados. Yo no sé qué hay que no sea para los desplazados. Les piden carta de desplazado; les dan solamente a ellos. Si uno no es desplazado no recibe nada, así de sencillo. Por ello les enseñan a ser mentirosos y flojos; les acostumbran a no hacer nada y a vivir de la pura pereza. Les dan todo. Ellos tienen la preferencia, tienen beneficios; por eso la gente dice que es desplazado. [Pues] hay gente que sabe hacerse pasar por desplazado, pero no son. Porque les gusta vivir de la pereza. Les dan casa, mercado. Sí, a ellos les gusta vivir así, de la pereza, y el gobierno les da todo. Están acostumbrados a eso, a ser egoístas. Les gusta vivir así, sin hacer nada. Qué rabia.

⁷⁹ Entrevistada en Caracolí, el 20 de marzo de 2011. Otro testimonio que amerita ser citado es el de Estefanía Señala ella: En Caracolí “hay gente que tiene carta de desplazado y dice que son desplazados, pero no, pura mentira; son gente aprovechada”. (Entrevistada en La Isla, el 18 de marzo de 2011).

⁸⁰ Mujer blanca, desempleada y habitante de La Isla. Entrevista realizada en La Isla, el 15 de mayo de 2011. Para Filomena la toma de conciencia de la presencia de gente desplazada en Caracolí resulta tanto de la propia experiencia como de testimonios de otros. “Sí, creo que hay desplazados en Caracolí; estoy seguro. Porque hay gente que llega, como para todo lado llega. Uno escucha que hay desplazados. A veces uno se encuentra, y dicen que son desplazados. Uno escucha, de todas maneras uno, a veces, los ve, que dicen que son desplazados, que eso, que aquello”. (Entrevistada en La Isla, el 15 de mayo de 2011).

Pero también son cómplices del problema de la existencia de “falsos” desplazados en Caracolí-Robles las propias entidades asistencialistas. Algunos funcionarios de estas entidades adoptan actitudes y prácticas fundadas en el clientelismo y el favoritismo, como deja entrever Lucero⁸¹ en su razonamiento:

Ella, ella [‘la niña, esposa de un militar que se hizo pasar por desplazada], creo que es amiga de un señor que trabaja ahí; él la ayuda, porque, como también es un conocido del esposo, del militar ése, la cosa le ha ido bien, y sin problemas. Sabe, eso hace parte de ese negocio sucio, de la corrupción ésa, de esa gente dañada que vemos en la televisión todos los días. [Y] casi que uno ya no confía en nadie, porque esa gente, sí que miente; te dicen una cosa, te dicen otra, pero, mejor dicho, puras mentiras, y no mentiras piadosas, sino aquellas, pero bien pesadas, con tal de conseguir lo que quieren. Ellos te enredan, y si tú te haces el bobo, paila, te cogen, y téngale ¡Ay que país tenemos nosotros! Pues ya estamos llevados, porque nada, todo eso ya, mejor dicho, ya está dañado. Aquí la corrupción es tremenda; y los pobres sufriendo y pagando por los platos rotos. ¡Ay qué mamera!

Estamos aquí ante una actitud y categoría social que tiene implicaciones concretas. Ante todo, el asumirse falsamente como desplazado hace ambivalente la mentira, hace que la mentira beneficie al desplazado “chiviado” en detrimento de los “verdaderos” desplazados, pues permite que el primero se apropie de lo que, por derecho, le pertenece al “verdadero” desplazado. Dicha mentira puede también acabar siendo dañina, pues instaura un orden en el que reina la desconfianza, que no pocas veces conlleva a la aversión y evasión respecto a la situación del desplazado, como bien lo nota Bonifacio: “Uno como desplazado también sufre mucho. Aquí los desplazados son como lo peor, como basura, y la gente le da pena decir que es desplazada; la gente dice que no, que no es desplazado, así de sencillo”.⁸²

Así mismo, la falsa identidad de desplazado que cobija la vida de algunos caracorobleños hace de estas personas unos agentes victimizadores ante los cuales se adoptan actitudes basadas en la prevención y la estigmatización.⁸³ Al aprovecharse hábil y astutamente de las prerrogativas que

⁸¹ Joven blanca, estudiante de medicina y habitante de Jerusalén. Entrevista realizada en Jerusalén, el 12 de marzo de 2011.

⁸² Joven negro desplazado del Chocó y habitante de Robles. Entrevista realizada en La Isla, el 23 de julio de 2011.

⁸³ En aquellos espacios se cree que “se debe tener cuidado, porque en los desplazados hay de todo” (Pérez Martínez, 2004: 74). Se trata de un escenario donde se hace difícil acreditar la condición del desplazado.

presuponen la categoría y el *status* de desplazado para satisfacer sus intereses, ellos victimizan a los que verdaderamente son desplazados, porque, además de usurparles lo que les pertenece por derecho, los transforman en objeto de desconfianza, porque en ellos también se proyecta un posible mentiroso, un posible aprovechado.

Otras implicaciones de la existencia de “falsos” desplazados en Caracolí-Robles tienen que ver con el cuestionamiento de las identidades de los desplazados caracorobleños y del desconcierto y malestar social que ella causa. La existencia de “falsos” desplazados hace que los que son en realidad desplazados se transformen en víctimas de la desconfianza identitaria. El hecho de que existan personas que se hagan pasar por desplazados hace que la gente desconfíe de la identidad de estos sujetos y las cuestione, volviendo a dichas identidades realidades confusas y difusas, realidades cuyo rastreo exige mucho esfuerzo y gran amplitud espacial. Pues sí, la existencia de desplazados “chiviados” en Caracolí-Robles hace que las identidades de los desplazados caracorobleños acaben siendo confusas y difusas, acaben siendo puestas en teja de juicio y rastreadas en varios y múltiples espacios.⁸⁴ Aquí la colaboración para con el desplazado pasa a depender de la certeza que se tiene de él, como bien lo nota Julieth⁸⁵: “Uno le colabora si está seguro [de que es desplazado]”.

Por lo demás, la situación y condición de los “falsos” desplazados causan desconcierto, confusión y malestar en los demás, sobre todo en los que no son desplazados, haciendo que la gente no sepa qué y a quién creerle, pues el miedo a caer en la trampa del engaño suena más fuerte que todos los argumentos racionales y razonables.

Además de la confusión y del desconcierto que presupone la existencia de “falsos” desplazados, la condición de esta gente causa indignación y rabia. Al respecto, anota Julieth: “En realidad, da mucha rabia, mucha piedra. Pues vivimos en un mundo donde vemos mucha gente aprovechada” algo que pone en aprieto a la gente, la pone en un callejón sin salida, porque “es difícil [identificar y solucionar el problema]. ¿Cómo uno va [a] saber si es o no desplazado?”, –pregunta

⁸⁴ Aquí el compromiso se confunde con el oportunismo, la pereza con el activismo, la mentira con la verdad.

⁸⁵ Entrevistada en Robles, el 5 de marzo de 2011.

una temblante Julieth⁸⁶-. Se trata de una situación ante la cual, la indiferencia y la ignorancia acaban siendo las armas más certeras y eficaces, acaban siendo las salidas válidas y más aconsejadas, las herramientas de gobierno de la otredad más prácticas y efectivas. Al respecto, señala Rosario⁸⁷: Pues, “uno no se interesa por ellos”.

Otra consecuencia que se deriva de la existencia de “falsos” desplazados en Caracolí-Robles es la aparición de ciertos modos de conducta anti-comunitarios. La desconfianza de que algunos no sean verdaderamente desplazados, sino más bien gente “chiviada”, hace que algunos habitantes de Caracolí-Robles y de los barrios aledaños prefieran encerrarse en sus mundos, y no acercarse ni interesarse por los que dicen ser “desplazados”. María de la Cruz⁸⁸ no nutre ni cultiva interés alguno por los desplazados caracorobleños porque “la mayoría [de ellos] son chiviados”. Se trata de una verdad compartida por Paola⁸⁹, como bien asegura ella: “Hay [gente en Caracolí-Robles] que se hace pasar por desplazado”.

3.2. Un sujeto acorralado por la violencia

“Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna,
Jugué mi corazón al azor y me lo ganó la violencia”
José Eustasio Rivera (citado en Rincón, 2006: 118).

Un imaginario que circula en Bogotá y Soacha sobre los desplazados de Caracolí-Robles es el que los apunta como *sujetos acorralados por la violencia*. Pues se cree que el desplazado caracorobleño se ve enfrentado por la violencia que se vive en su barrio. Pero habría que dejar en claro que el problema de la violencia en Caracolí-Robles afecta a todos, desplazados y no desplazados, hombres y mujeres, niños, jóvenes, adultos y ancianos; a todos los afecta, aunque de

⁸⁶ Entrevista en Robles, el 5 de marzo de 2011.

⁸⁷ Entrevistada en La Isla, el 6 de marzo de 2011.

⁸⁸ Mujer blanca, comerciante y habitante de la Isla. Entrevista realizada en La Isla, el 4 de marzo de 2011.

⁸⁹ Entrevistada en la Isla, el 18 de marzo de 2011.

manera desigual. Sí, allí la violencia alcanza a todos y a todos desafía, alcanza a todos y a todos amenaza y vulnera.⁹⁰

Se puede afirmar sin recelos que Caracolí-Robles es un sector extremadamente violento, una especie de sector explosivo (Navia, 1996).⁹¹ Allí reina la ley del más fuerte bajo varias modalidades. Allí se amenaza, se atraca, se roba, se viola, se asesina y se agrede física y mentalmente; allí se maltrata y se llevan a cabo acciones vandálicas y de sabotaje que atentan contra la integridad física y moral de las personas. En fin, en Caracolí-Robles se asisten elevados niveles de violencia, sea ella doméstica, callejera como social, acciones que no sólo conmueven, sino que también, y sobre todo, desconciertan, esa violencia que en el Distrito capital se encarna en riñas, atracos, venganzas y agresiones físicas y morales (Salas, 1994). Y es todo eso lo que hace de Caracolí-Robles barrios extremadamente violentos. Y es todo eso lo que ha hecho que Caracolí-Robles acapare la atención de la prensa local, nacional e internacional.

La violencia es algo que se impone y experimenta en el diario vivir del caracorobleño. Los caracorobleños habitan escenarios en los que la violencia se vive y se respira individual y colectivamente en las relaciones, en los movimientos y gestos; habitan escenarios en los que la violencia se oye en discursos públicos y privados; en los que la violencia se lee en escritos gravados en piedras, papeles y muros; en los que la violencia se ve en cuerpos física y psicológicamente acorralados y sin vida; en los que la violencia se siente y se percibe física y mentalmente; en los que la violencia pasada⁹², presente y futura se funden y confunden en una perfecta armonía (Ortega, 2008); habitan escenarios en los que la violencia engendra miedos, esos miedos que son individualmente experimentado, socialmente construido y culturalmente compartido; esos miedos que se mueven entre mundos reales e imaginarios, que se mueven entre la realidad y la imaginación; esos miedos que se reflejan en realidades, relatos y símbolos;

⁹⁰ La vulnerabilidad depende de la raza, la edad y el sexo.

⁹¹ “Por la ubicación de estos barrios y el abandono estatal, estos sectores se han convertido en espacios de congregación de diferentes actores sociales violentos, emergentes del narcotráfico, sicariato, bandoleros, pandillas, paramilitares, guerrilleros; lo cual ha generado un espacio violento para la población que allí reside” (Tavera, 2004: 27).

⁹² En Caracolí-Robles la violencia pasada y padecida se encarna y reactiva en los recuerdos, las noticias, dificultades y los pasos que caracterizan el diario vivir.

miedos que afectan positiva o negativamente a la percepción y los razonamientos de las personas en su individualidad y colectividad; miedos generalizados que esconden profundos malestares, que desafían las fronteras territoriales e incrementan y fortalecen las fronteras sociales (Pereira y Villadiego, 2006; Reguillo, 2006); miedos cotidianos que producen una subjetividad bien particular: la de la víctima-potencia, subjetividad que desconfía de cualquier curioso, que hace que la vida diaria se viva como una “guerra no declarada”, que inspira sentimientos de rabia y de bronca y de generalizada indefensión (Rotker, citada en Rincón, 2006). Habitan escenarios en los que la violencia engendra terror y sentimiento de impotencia, escenarios en los que el peligro se percibe en cada esquina y hueco, en cada calle y loma, en cada lugar público y privado, en cada rostro y mirada, peligro que se que tiene el cuerpo y la forma negra. Para algunos, la violencia que se experimenta en Caracolí-Robles resulta desafiante, tanto a nivel personal como comunitario. Al respecto, observa Judith:

Aquí en el barrio, peor. Acá el barrio es muy caliente. Matan mucho por acá. Uno vive mal; y los niños mantenerlos encerrados, porque hay mucha violencia, y en una ciudad desconocida. Uno en su casa. Hay mucha violencia, como en todas las partes. Encerrándose, y uno como mamá, dando consejo a los hijos, que no haga eso, no vaya a la calle, porque hay peligro. Hay mucha olla. Ellos fuman, y todo. Pero uno no dice nada. Uno no dice nada porque uno no puede ser metido. Hay que vivir en silencio, porque, paila. Aquí uno pasa el día encerrado, de día y de noche, peor, por la violencia y el frío.⁹³

Pues la violencia en Caracolí-Robles se evidencia en cada movimiento que caracteriza el diario vivir. Ella hace de aquellos barrios sectores socialmente deprimidos y golpeados. En Caracolí-Robles proliferan los actos violentos. Allí prolifera la violencia común y organizada; allí se lleva a cabo la limpieza social y política basada en masacres y homicidios, limpieza con impacto expresivo y simbólico sobre la sociedad (Pinzón, 2005). Y pese a que Caracolí-Robles no cuenta con pandillas, se asegura que allí se hace sentir su acción.

Hay diferentes grupos (armados) y pandillas. Las pandillas más adelante, desde la Isla hasta el Arroyo, defendiendo el territorio. Con territorios invisibles. En Santo Domingo, que es un punto de Bogotá, también hay fronteras. En Caracolí las pandillas cruzan balas por ser lugar de tránsito, el puente. Muchas pandillas, de negros, blancos o cuando se juntan.⁹⁴

⁹³ Entrevistada en Caracolí, el 4 de mayo de 2011.

⁹⁴ Otoniel, entrevistado en Caracolí, el 4 de mayo de 2011.

Se trata de un fenómeno que prolifera, en parte, fruto de la impunidad. En Caracolí-Robles sobran los casos de acciones delictivas de cuyos autores siguen deambulando por los barrios y por las calles, eso ante la mirada cómplice de las autoridades estatales.⁹⁵ Otoniel, refiriéndose a un criminal, observa:

El que lo mató [al muchacho, el 25 de marzo de este año] anda por ahí como perro en su casa. Ellos quieren ser los dueños del barrio. La policía sabe, pero no dice nada. Porque a veces saben, otras je, reciben algo; les pagan impuestos a los “tombos”.⁹⁶ Los policías hacen un viaje, y ya cuando uno los necesita, no, no llegan. Cuando se arma la pelea no vienen, no llegan.⁹⁷

Así mismo, se cree que la proliferación de la violencia en Caracolí-Robles se debe a la inoperatividad del Estado representado por la policía. Filomena se muestra extremadamente molesta por el hecho de que la policía no intervenga y no se meta en las “peleas entre los negros”. Para ella esta actitud podría deberse a la complicidad o al miedo de los hombres de la ley y orden. Aquí, en lugar de ser la policía la que enfrenta a los que causan estragos, resultan ser éstos últimos los que enfrentan valiente y decididamente a los primeros.

La violencia en Caracolí-Robles inspira varias prácticas, donde sobresale la fundada en la vigilancia. Además del silencio, de la fuga, del escondite y del anonimato, el caracorobleño en general, y el caracorobleño desplazado en particular, se sirve de la vigilancia para hacerle frente al desafío que representa la violencia en su barrio, personal y comunitariamente. Él vigila minuciosamente los movimientos para detectar gestos y expresiones anormales, gestos y expresiones que representen un potencial o manifiesto peligro.

Al lado de la vigilancia se halla la prevención como otro medio que le permite al caracorobleño domar y domesticar el peligro que representa la violencia en su barrio. Algunos caracorobleños

⁹⁵ Las acciones de los criminales parecen no conocer límites. Ellas se dan en lugares públicos y privados, se dan en las casas y las calles, a escondidas y a la vista de los demás.

⁹⁶ Policías.

⁹⁷ Entrevistado en Caracolí, el 4 de mayo de 2011.

apuestan por la prevención como medio que permite gestionar los riesgos que presupone el vivir en un territorio violento. Este mecanismo demanda, por parte del caracorobleño, el desarrollo y la puesta en escena de destrezas y competencias físicas y mentales para soportar las consecuencias de la indiferencia, de la vigilancia, del escondite, el silencio, el anonimato y el aislamiento.

El último mecanismo adoptado por el desplazado en Caracolí-Robles es el anonimato. En un contexto de generalizada violencia como Caracolí-Robles (Díaz, 2005; Escheback, 2010), el anonimato del silencio⁹⁸ resulta ser la salida más eficaz; en un escenario de una generalizada violencia que se encarna en homicidios, masacres, ajusticiamientos y asesinatos selectivos (sobre todo de jóvenes y líderes) (Pinzón, 2007) que siembran terror y transforma ciertos espacios en “paisaje de miedo” (Oslender, 2004) como Caracolí-Robles, el mantenerse a distancia, el abandono real o imaginario acaba siendo la opción más acertada; en un mundo donde las amenazas se perciben en las consignas de cada calle, cancha, esquina, pared y puerta como Caracolí-Robles, el no meterse con los demás resulta ser lo más benéfico; en un escenario donde proliferan imposiciones, restricciones y divisiones geográficas reales e imaginarias que afectan las prácticas espaciales rutinarias como Caracolí-Robles (Díaz, 2005; Oslender, 2004; Pinzón Ochoa, 2007), el mantenerse en el propio mundo aparece como lo más sensato; en un contexto en el que la intolerancia, las estigmatizaciones y las expulsiones esporádicas se multiplican en toda esquina como Caracolí-Robles, el vivir cauto manteniendo la boca cerrada⁹⁹ acaba siendo la opción más sagaz; en un mundo en el que se esfuerza por cultivar la seguridad y la “normalidad” a costa del terror como Caracolí-Robles¹⁰⁰, el no “dar papaya” se ofrece como lo más sabio y audaz; en fin, en “una comunidad con el tejido social fragmentado y el miedo metido en sus

⁹⁸ Es el miedo a lo desconocido y a los potenciales enemigos, y la amenaza que representa el otro lo que transforma el anonimato en un refugio seguro. Y se trata de una práctica que se halla también en otros contextos colombianos, estos contextos donde “las familias desplazadas son silenciosas, tratan de no hacerse notar sobre todo porque desconocen la procedencia de quienes ya se encuentran habitando los barrios. [Donde] el temor a que la persecución llegue hasta estos lugares los obliga a hablar poco y, en ocasiones, a inventar historias que esconden los motivos de su desplazamiento” (Bello *et al.*, 2000: 110).

⁹⁹ El silencio surge aquí como una herramienta que hace factible la escapatoria; una herramienta que permite ausentarse entre la multitud, apartarse y “diluirse” entre la masa amorfa y anónima; este silencio que funciona como una realidad táctica (Certeau, citado en Ortega, 2008).

¹⁰⁰ En Caracolí-Robles se siembra el terror en nombre de la “normalidad” y la seguridad. Actores como la guerrilla, los paramilitares y las pandillas llevan a cabo acciones fundadas en el maltrato, el castigo, el abuso y el asesinato como herramientas que permiten combatir la expedición de drogas, la organización y asociación a pandillas, la vaguedad, el robo y la desocupación (Defensoría del Pueblo, s.f.).

casas” (PNUD, s.f.) como Caracolí-Robles, el vivir de la fragmentación social resulta ser lo más seguro y lo más benéfico, lo más práctico y lo más fructuoso.¹⁰¹

Pero la percepción y la exposición al peligro que representa la violencia en Caracolí-Robles son diferentes, como diferentes resultan los modos de cómo se administra la violencia y las subjetividades que configuran dicha violencia. Ellas (la percepción y la exposición al peligro) varían acorde con la raza, la edad y el sexo. Mientras los hombres y los niños tienden a ser más “arriesgados”, las mujeres se muestran más cautas, más precavidas. Mientras las mujeres pasan la vida encerradas en sus ranchitos para evitar ser víctimas de atracos y blanco de balas perdidas, los hombres salen a las calles, salen al encuentro del pan diario, salen a divertirse, a encontrarse con conocidos y a buscarles soluciones a la vida. Mientras las mujeres ejercitan su ser y cumplen con sus deberes en los diminutos espacios de las precarias e inhóspitas viviendas, los niños salen a las calles al encuentro de la ciencia transmitida en las escuelas; salen a las calles a romper el hielo del silencio y de la soledad que caracterizan el sector. Mientras las mujeres se limitan a arreglar las pequeñas camas y los insignificantes espacios de que disponen las casitas, los hombres se “montan” en los techos para arreglar los zincs y tapar los huecos que dejan penetrar el agua; salen a arreglar las calles polvorientas o inundadas y los pisos movedizos del patio. Mientras las mujeres se ponen a jugar con sus chinitos (hijitos) y muñequitos en los pequeños espacios que se descubren en las viviendas, los niños salen a las calles a ensanchar sus redes de amistad y a desafiar las geografías sociales reales e imaginarias que crean y construyen castillos y laberintos inquebrantables; en una sola palabra, salen a crear nuevas geografías, nuevos espacios de encuentro y convivencia, de grito y juego, de risa y chiste. Mientras los niños y adultos no despiertan mucho interés en los violentos, los jóvenes cargan consigo el estigma de ser la presa más apetecida.¹⁰² A ellos se les impone el exterminio físico, se les arman retenes, se les

¹⁰¹ El desplazado irrumpe aquí como un sujeto temeroso y desconfiado que habita unos escenarios de vida y muerte, de conflictos y negociaciones, de exclusiones e inclusiones, elementos que condicionan los procesos y mecanismos de la formulación de las representaciones sobre el desplazado en Caracolí-Robles.

¹⁰² Los violentos defienden que la vulnerabilidad de los jóvenes de y en Caracolí-Robles se debe a sus propias actitudes y conductas. Aseguran ellos que éstos, los jóvenes, se movilizan fuera de hora y poseen compañías peligrosas, además de llevar a cabo acciones de veras dañinas. Los catalogan de “malos”, “fregados”, “pichurria”, “caspas” y “pichas” (Pinzón Ochoa, 2007).

extorsiona, se les imponen códigos de conducta y se les limita el goce de los derechos.¹⁰³ Y mientras los blancos pueden darse el lujo de desafiar el ambiente violento de la zona, los negros se ven en la obligación de adoptar la mayor y la más acertada precaución, pues su condición racial acarrea mayores riesgos reales y perceptibles (Díaz, 2005).¹⁰⁴

Sin embargo, la presa más apetecida de la violencia caracorobleña parece ser el desplazado. El desplazado caracorobleño aparece, pues, como la víctima preferida de los violentos que operan en Caracolí-Robles. Dirá Eulalia:

Esa gente sí que sufre. A muchos les ha tocado muy duro; porque aquí en el barrio, la gente cree que ellos son problemáticos, que traen muchos problemas, que les gusta alegar, que son peleones, bulliciosos y lo de las sustancias esas, cómo decir, de las drogas esas. Sobre todo los jóvenes. Las personas piensan que los desplazados dañan el barrio, arman desórdenes y dañan todo. Y entonces los rechazan, y hasta les echan madrazos. Y yo he visto mucho de eso. Claro, es muy maluco. Sí, uno a veces oye que golpearon o mataron a algún joven, y, en general, desplazado y morenito. Pues esa gente sufre. Mismo para conseguir una pieza de arriendo se les hace muy, pero muy difícil. Por eso les toca camellar.¹⁰⁵

Se trata de una idea que es compartida por Otoniel, quien sostiene:

Yo creo que aquí la violencia les da muy duro a los desplazados, porque la gente aquí del barrio, cree, y lo dice siempre, que los desplazados no son bienvenidos al barrio, porque ellos son muy peligrosos, porque la gente se pregunta por qué ellos dejaron sus tierras; lo más seguro es que hubo algo, que algo hubo allí, en sus pueblos; quién sabe, tal vez tuvieron una vida mala [en sus lugares de origen], tal vez eran guerrilleros o paramilitares; y quién sabe, tal vez también narcotraficantes. O sea, debe haber peligro en esta gente. Por lo menos uno debe desconfiar. Claro, ellos echan sus cuenticos baratos, pero, no, es difícil creer el cuento, por más triste que sea, porque no somos niños y no nos pueden engañar así fácilmente. ¿Me entiendes? Entonces la gente no quiere esa gente aquí; luchan por echarlos de aquí, sacarlos, aunque sea por las malas. Ahora usted va decir que la gente es mala, no, gente es prevenida; lo que se busca es evitar el peligro, no tener la culebra ahí, bien cerquita; no se puede exponer al peligro, así de sencillo. Pues sí, verdad, las personas han sido muy duras con los desplazados; pues lo reconocemos, pero qué; yo creo que toca, porque con esta gente, creo

¹⁰³ En los Altos de Cazucá y sus alrededores es común leer avisos como los siguientes: “Muerte a viciosos”, “muerte a auxiliares de la guerrilla”, “si no se porta bien se muere” (Pérez Martínez, 2004: 102).

¹⁰⁴ Se trata de algo que se empeora cuando se trata de gente joven.

¹⁰⁵ Entrevistada en Tres Esquinas, el 14 de mayo de 2011.

que es difícil. Ahí sí, como se dice, por cualquier cosa, tenga papá para que se entretenga. Y muchos de los muchachos que han sido asesinados en estos días han sido muchos de ellos, de esa gente desplazada. Y a ellos [a los desplazados] me imagino que les toca duro, y durísimo, porque la cosa es verraca. Y como ellos no quieren salir de aquí, entonces ahí, sí, problemas, peleas, discusiones.¹⁰⁶

Palabras que encuentran complemento en las expresiones de Rosario, quien observa:

¿Violencia contra los desplazados? Yo creo que sí, que la hay mucha violencia, y en cantidad; así [mostrando la palma de la mano]. Porque, hay que decirlo, esta gente es fregada, muy problemática, ¿por qué esconderlo? Ellos se comportan muy mal; me duele decirlo, pero sí; son muy, cómo le digo, muy problemáticos; de verdad, muy problemáticos. Mejor dicho, hacen de todo; pelean, roban, atracan, amenazan. ¿Y uno cómo no les va a coger miedo? Dígame usted. Aquí por la noche mucha bulla y mucho miedo. Yo creo que también a veces atracan; por eso la gente no sale de noche, porque qué, mucho miedo. Y esta es la realidad que nos toca vivir, aguantándolos, o entonces, ahí sí. Y la gente piensa que ellos (los desplazados) dañan el ambiente. Porque también hay que decirlo, son fregaditos; no son ningunas palomitas mansas por ahí; no, señor. Con ellos no se puede jugar. Si usted da papaya, ahí sí, como se dice, paila. Claro, yo no estoy muy seguro, pero así dicen, y uno les cree, porque qué. Entonces la gente los rechaza, los echa del barrio, les hace un poco de todo. Claro, a mí me duele, pero es lo que se vive; y, en parte también uno los entiende, porque es verdad, esa gente es brava, pero bien brava.¹⁰⁷

3.3. Una víctima necesitada

Uno de los imaginarios que yacen sobre el desplazado caracorobleño es el que lo evoca como una *víctima necesitada*.

El primer imaginario al que nos queremos referir es el que habla del desplazado caracorobleño como una *víctima*. Pero ante todo, una palabra sobre la victimización del desplazado se da en la

¹⁰⁶ Entrevistado en Caracolí, el 4 de mayo de 2011.

¹⁰⁷ Entrevistada en Jerusalén, el 6 de marzo de 2011. Se trata de visiones y prácticas que hacen verdadera la tesis de que “el desplazado... nos habla más que de una identidad, de una condición mediada, entre otros factores, por la visiones que desde la sociedad receptora y el Estado se construyen frente al fenómeno del desplazamiento y a las personas desplazadas, y por autopercepciones que las mismas personas desplazadas tienen sobre sí mismas, acorde con sus trayectorias de vida y visiones del mundo” (Jaramillo, Villa y Sánchez, 2004: 17). Y apoyándonos en Naranjo y Hurtado, diríamos que el desplazado en Caracolí-Robles refleja y “simboliza un conflicto moral, social y político” (2003: 277).

Localidad de Ciudad Bolívar. Allí el desplazado, al igual que los demás habitantes, padece los efectos de la exclusión, de la pobreza, la inseguridad y los conflictos sociales; padece los efectos del “estigma de la delincuencia, la marginalidad y el conflicto armado” (Rodríguez y Moreno, s.f.: 58); padece, además, los efectos de la criminalización y del rechazo.¹⁰⁸

Por lo demás, los desplazados de Ciudad Bolívar se definen como víctimas de la violencia. Dirán Rodríguez y Moreno: “Lo cierto es que en una zona como Ciudad Bolívar, vienen muchos migrantes por factores de violencia, a causa de persecución que se da en el país” (s.f.: 59). Allí los desplazados padecen también la estigmatización, pues “al llegar acá [a Ciudad Bolívar], esa gente [los migrantes forzados o desplazados] sigue siendo señalada. De pronto vienen de una zona violenta, de pronto fueron involucrados en defensas de campesinos, [o] en movimientos armados” (testimonio de un joven, citado en Rodríguez y Moreno, s.f.: 59).¹⁰⁹ Aquí la estigmatización aparece como fruto de la suposición, de la desconfianza. El desconocimiento que se tiene respecto al pasado del desplazado hace que sobre él (el desplazado) se armen no pocos prejuicios, los cuales pueden condicionar las prácticas a nivel micro y macro, a nivel individual y colectivo; prejuicios también que permiten gobernar la vida del desplazado, sea controlándola como marginándola.

La victimización del desplazado ocurre también en Caracolí-Robles. Lo primero que habrá que decir es que las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles son víctimas de la pobreza o limitación económica. Como bien señalan ellas (las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles), en su gran mayoría, fueron a aquellos barrios porque su situación económica no daba para fijarse en otros sectores bogotanos. Allí en Caracolí-Robles, estas poblaciones son también víctimas de la marginación, pues algunas ocupan los sectores más humildes del sector, y otras son confinadas en territorios que son estigmatizados, como lo es el sector de la “Calle 19”, sector que integra la periferia excluida que significa Caracolí-Robles, esta periferia perdida con relación a la ciudad

¹⁰⁸ Ello en “[...] una localidad caracterizada principalmente por ser de invasión y en donde se reúne toda la problemática social. Pobreza, delincuencia, milicias urbanas, etc.” (Mendoza, citado en Rodríguez, 2009: 21). Y se cree que el rechazo que sufren los habitantes de Ciudad Bolívar se experimenta en varias partes de la ciudad Capital. Si, “la gente de Ciudad Bolívar, independientemente del barrio en el que vivan, es la gente que tiende a ser rechazada por el resto de la ciudad; incluso por otros habitantes al interior de la misma localidad” (Rodríguez y Moreno, s.f.: 59).

¹⁰⁹ Original en cursiva.

puddiente, fuerte, extraña y distante que es Bogotá (Red Nacional de Mujeres Afrocolombianas Kambiri, 2008).

El desplazado caracorobleño es, además, víctima de la discriminación y la desconfianza. Dirá Juan Pablo: “Porque lo discriminan a uno, todo eso, lo discriminan a uno, incluso para conseguir trabajo. Piensan que uno les va a robar, porque uno es desplazado. Porque uno es negro, tratan de humillar a uno, maltratar a uno. Cuando uno trabaja creen que uno les va a robar alguna cosa, lo ven con desconfianza y todo”.¹¹⁰ Emigdio cree que esta desconfianza se acentúa sobre todo cuando se trata de alguien desconocido, de un “requeñecoso”.¹¹¹ La victimización del desplazado puede provenir también de los propios desplazados, como bien lo nota Angélica: “Porque aquí hay mucha gente desplazada, mucha gente envidiosa, mucha gente de todo”. Se trata de prácticas cuyas respuestas pueden variar de persona para persona. Angélica le encuentra salida a esta hostilidad en el esfuerzo por cultivar la confianza de los demás, confianza que pueda disipar las sospechas e irradiar aire de familiaridad y seguridad. Mario asume como solución, la resignación. Pues, “de todas maneras, uno debe adaptarse [asumir resignado] al medio [al contexto]”. Se trata, en pocas palabras, de entregarse a la voluntad (quizás también capricho) de los demás; de renunciar (¿y no de suspender? Tal vez) a las propias convicciones y entregarse de lleno a la voluntad de los demás.¹¹²

El desplazado caracorobleño irrumpe también como una víctima de la violencia que se experimenta en Caracolí-Robles. La existencia de rumores y hechos que reflejan la violencia, afecta negativamente a la movilidad, a la integridad e interacciones sociales de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles. Ana María concibe su rutina diaria como algo lleno de miedo y de incertidumbres. Confiesa ella: “[Aquí en el barrio Caracolí] hay muchos marihuaneros [y] una olla, unos marihuaneros que supuestamente tienen una olla. Ellos pasan aquí en el barrio; por eso hay que tener

¹¹⁰ Entrevistado en Caracolí, el 13 de febrero de 2011.

¹¹¹ Según Emigdio, “requeñecoso” es “alguien que pone pila cuando ve alguien desconocido”, alguien precavido respecto a los desconocidos. La expresión es del Pacífico chocoano.

¹¹² Aquí se percibe algo que se podría asumir como práctica del gobierno pastoral, pues hay todo un esfuerzo por hacer que la voluntad del desplazado se someta a la voluntad de los demás.

las puertas cerradas. Dicen que... no sé qué hacen. [A raíz de todo eso], uno va muy mal, se siente muy mal. [Por ello], mi mamá dice que nos quedamos aquí”.¹¹³

Barrio violento acaba siendo también para Angélica. Defiende ella: “Por aquí hay mucho ladrón, mucha violencia, muchas muertes¹¹⁴; por acá hay mucha gente mala, violentos”, idea compartida por Enriqueta y Tatiana, quienes aseguran que aquella zona es “muy insegura, [muy violenta] porque hay ladrones”¹¹⁵; que se trata de “[...] un barrio peligroso”¹¹⁶, donde prolifera el plomo y los asesinatos, donde abundan las balas perdidas y los negros muy malos, los “negros azules”¹¹⁷. María Eugenia cree que la violencia afecta a sus movimientos. Ella evita salir de noche debido a la presencia de ladrones y de gente violenta. Al decir de Juan Andrés, la muerte constituye algo muy evidente en Caracolí-Robles. Confiesa él: Aquí hay “demasiada muerte, mucha muerte, todos los días, tres, cuatro. Pero con la ayuda de Dios he manejado una filosofía de que hay que luchar”. Se trata de una violencia que en crecimiento, como asegura Juan Pablo: “En estos días se ha [incrementado] [la] muerte; ha habido mucha muerte [y, por ende,] mucho miedo”. Ante estas prácticas victimizadoras, el desplazado caracorobleño adopta varias estrategias de control y gestión de los violentos, como el anonimato, el escondite y el enfrentamiento decidido.

El desplazado caracorobleño también es víctima de la violencia verbal. Al respecto, señala Gracia:

Yo me mantengo aquí en mi casa. Salir, no, no soy de salir. Aquí. Y a veces cuando viene gente conocida, amigas o familiares; el resto, no. Porque sabes, la gente aquí es muy metida y muy chismosa. Esa gente es capaz de inventarse historias, no sé de dónde. Yo evito todo eso. Aquí solita, con mis chinitos. Y así evito problemas. Porque también como sabes, lo de la violencia. Eso es caliente. Y en eso, ¿quién se aventura? Nadie; cada uno en su rincón, y calladito. Porque si no, lo pelan a uno. Porque aquí hay gente mala, gente malísima. Me

¹¹³ Entrevistada en Caracolí, el 11 de febrero de 2011.

¹¹⁴ Según Angélica, para el 25 de diciembre del año pasado, hubo 10 muertos, y para el 31, 4.

¹¹⁵ Tatiana, entrevistada en Caracolí, el 12 de febrero de 2011.

¹¹⁶ Enriqueta, entrevistada en Caracolí, el 13 de febrero de 2011.

¹¹⁷ Con la expresión “negro azul” se designa al negro que se juzga ser muy negro, el negro cogiendo a oscuro.

perdona, pero es así. Eso está lleno de ratas, de gente mala. Aquí ellos matan por nada; gente asquerosa, malísima.¹¹⁸

No menos importante está la victimización de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles basada en la sospecha y la desconfianza. Antonieta asegura que ella no interactúa con los desplazados caracorobleños porque ella no sabe en realidad qué quieren ellos. En sus palabras: “Uno no se mete con esta gente, porque uno no sabe qué quieren. [...] Mejor no meterse con esta gente”. Aquí la sospecha y la desconfianza hacia el desplazado se fundan también en la incertidumbre que se tiene respecto a su identidad. Sin embargo, no estamos aquí ante prácticas exclusivamente caracoleñas, sino más bien frente a realidades que se experimentan en otras latitudes capitalinas. Sí, las victimizaciones de los desplazados se dan también en otros escenarios bogotanos. En varios espacios capitalinos se ha visto al desplazado como un falso, un mentiroso que se sirve de la condición de desplazado para realizar sus cometidos. Quizás el problema aquí resida en la generalización que se hace del asunto. Pensar que todos, o por lo menos, que la mayoría de los que dicen ser desplazados son falsos y mentirosos, puede acabar siendo injusto para con aquellos que en realidad lo son, además de vulnerar sus derechos; sí, pasar la vida desconfiando de los desplazados puede terminar siendo tan dañino como la propia actitud de los falsos desplazados, de los desplazados “chiviados”.

Las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles también emergen como víctimas en sus relaciones con las entidades asistencialistas. En muchos casos, acceder a las ayudas presupone todo un calvario, presupone todo un camino de difícil tránsito. Además de la oficialización, el acceso a las ayudas demanda luchas y esfuerzos constantes que pueden acabar siendo agotadoras, pueden acabar siendo desesperantes y desmotivadoras. Al respecto, señala Juana:

Después [que llegamos] fuimos allí, donde los migrantes y nos dieron lo de la comida y del arriendo; mejor dicho, nos dieron todo. Buscamos certificados, papeles y comenzamos a recibir la ayuda, pero después de las inscripciones, porque, je, es un proceso largo; hay que luchar, trabajar, fregar, porque con esa gente, je; puede pasar un mes, dos meses, tres meses, un año, dos años luchando, y ellos diciendo mañana, mañana.¹¹⁹

¹¹⁸ Mujer blanca, desempleada y madre cabeza de hogar. Desplazada de Villa Palmar y habitante de Robles. Entrevista realizada en Robles, el 26 de julio de 2011.

¹¹⁹ Entrevistada en Caracolí, el 4 de mayo de 2011.

Terminamos señalando la victimización del desplazado caracoleño fundada en su supuesto carácter problemático. María de la Cruz cree que los desplazados en Caracolí-Robles son problemáticos porque son violentos. Narra ella: “Ellos pelean el uno al otro, [pelean] a puño”.¹²⁰ Pero, en este contexto, el carácter problemático parece estar racializado, pues él se evidencia más en los negros. “Mas sobre todo los negros son de un temperamento muy fuerte”, dirá Rosario. La percepción del desplazado caracorobleño como problemático tiene consecuencias prácticas y políticas. A él se le evita, se evade, se excluye como lo hace Lucero, porque el desplazado caracorobleño puede ser capaz de todo, inclusive de echar a uno de su propia casa.¹²¹ Se trata de estos “invasores” que inspiran conductas agresivas y de indiferencia, conductas conflictivas y de silencio; que inspiran angustia y preocupación, amenaza y desconfianza; y hacen emerger experiencias de vulnerabilidad y peligro (Torres y Téllez, 2010).

Otro imaginario que pesa sobre las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles es el que las apunta como un sujeto *necesitado*. El desplazado caracorobleño padece varias necesidades; padece necesidades relacionadas con la vivienda, la comida, la educación, el trabajo, etc. John¹²² asegura que al desplazado se le oye quejarse por todo, “que la vivienda, que la comida, que la educación, que el trabajo [...]”. Los desplazados caracorobleños –dirá Julieth– son “gente que sale de su tierra, los sacan de sus tierras sin nada”; y al decir de Emilia, “gente que se [vino a Caracolí-Robles] con una mano adelante y otra atrás, o sea, que [se vino] sin nada; [que] le [tocó] salir sin llevar nada consigo”. Epifanio¹²³, refiriéndose a algunos de ellos (de los desplazados), registra: Son “gente muy pobre, con casa de cartón; allí está la cocina, está la sala, el baño ahí”; “ellos tienen una bolsa, una bolsa para recoger el agua; ellos son muy pobres, pero ¡ay! ¡Que triste!”. Según Epifanio, algunos de estos desplazados “viven del mercado [y] del gobierno”. Aquí el desplazado aparece como alguien al que la violencia lo ha golpeado y lo ha transformado en una víctima impotente, imaginario que activa y moviliza, entre otros, sentimientos de

¹²⁰ Se trata de peleas que se dan en un contexto de generalizada violencia, pues, según Rosario, “en Caracolí pelean, pelean a puño [...] [y] a pelo”.

¹²¹ Lucero asegura que “ellos [los desplazados] después [de arrendarles] lo sacan a uno de la casa; ellos se creen como dueños”.

¹²² Joven blanco, estudiante y habitante de Robles. Entrevista realizada en Robles, el 4 de mayo de 2011.

¹²³ Joven negro, estudiante universitario y habitante de Tres Esquinas. Entrevista realizada en Tres Esquinas, el 11 de marzo de 2011.

compasión y condolencia, por lo cual se le compran dulces en los buses y semáforos y se le da limosna; activa y moviliza, asimismo, la solidaridad vecinal y familiar, ignorándolo (al desplazado), sin embargo, como humano y colombiano, por ende, sujeto de derechos. En esa visión prevalece la concepción del desplazado como objeto; él es objeto destinatario de prácticas sociales y eclesiales, prácticas públicas y privadas, prácticas individuales y colectivas.

Y vistas desde el lado de los desplazados, se puede asegurar que las necesidades de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles pueden inspirar prácticas de varia índole, prácticas contradictorias, unas fundadas en el oportunismo¹²⁴, en la dependencia, la mendicidad e inactividad, y otras ancladas en la lucha, en el rebusque y el empeño y compromiso serio y decidido. Manuelita sostiene que hay desplazados caracoleños que “viven de limosnear”. Pero en Caracolí-Robles se evidencian también personas desplazadas que luchan por el pan diario, personas que se empeñan en conseguir el sustento de cada día. Refiriéndose a su hermano y cuñada, Estefanía señala: “Él [el hermano] consiguió un trabajo, en una oficina. Y mi cuñada como tenía una carta de desplazada, le dieron una ayudita y fundó su negocio, una miscelánea, allí en el Centro de Reconciliación, [donde] vende” diferentes artículos.

En Caracolí-Robles se descubren también desplazados que pugnan por el bien común. Bonifacio asegura que él y los demás integrantes de su grupo de musical¹²⁵ luchan por el bien común evitando que los jóvenes caigan en caminos equivocados. Cuenta él: “Otra cosa importante [de nuestro grupo] es ocupar los jóvenes para evitar que ellos se metan en el vicio y en las pandillas o grupos armados; es como quien dice ‘no dar papaya’”. Idea muy afín a la sostenida por Galindo¹²⁶, quien observa:

¹²⁴ En Bogotá los desplazados oportunistas se asumen como aquellas personas “[...] que prefieren conformarse con las ayudas que se le otorga a la población desplazada, antes que conseguir un trabajo que requiera esfuerzo físico y mental” (Mosquera, 2010: 297).

¹²⁵ Se trata del grupo musical Yalomba, que nació el 25 de junio de 2003. Al decir de Galindo, el grupo está relacionado con un músico africano. Cuenta él: “Yalomba fue el primer músico de la música folclórica; un africano. Por ser africano a nosotros nos pareció muy agradable llevar su nombre. Nosotros buscamos hacerle homenaje y hacer que la gente se recuerde de él” (entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011).

¹²⁶ Hombre negro, desplazado del Chocó y residente en Robles. Entrevista realizada en La Isla, el 23 de julio de 2011.

Nuestro proyecto, nuestro grupo tiene ideas muy buenas. Nosotros buscamos rescatar los valores étnicos y tradicionales; rescatar estos valores y hacer que no se pierdan. Porque la gente cuando cambia de lugar, y cuando van a otros lugares, aprenden otras culturas y otras tradiciones, y pierden sus culturales y tradiciones. Nosotros queremos que los jóvenes, la juventud no pierdan sus valores y tradiciones [sino que más bien] los conserven y los tengan ahí, ahí en la mano, ahí en la sangre. También lo de los jóvenes. Nosotros buscamos rescatar los jóvenes, hacer que ellos no se vayan a las pandillas ni a los grupos armados. Los muchachos a veces se ponen a hacer cosas malas, y eso es grave; los pueden matar. Aquí ha habido muertos, sobre todo de jóvenes. Y allí lo que buscamos es rescatar a los muchachos, hacer que ellos hagan cosas buenas y trabajen por su comunidad. Y hemos conseguido algo. Los muchachos se han puesto muy juiciosos. Con ellos trabajos mucha música, sobre todo el baile, música campesina, tradicional, folclórica y urbana.¹²⁷

En su lucha por el bien común, Galindo se ha visto también en la necesidad de manejar equilibradamente la bulla. Cuenta él:

Sobre la bulla, al principio fue muy duro. No teníamos espacio donde ensayar, no teníamos casi nada. Dos, la gente se quejaba mucho, muchísimo; que bulla, que eso, que aquello. Y nos tocó trabajar mucho. Pero ellos también tenían razón, porque nosotros hacemos mucha bulla. A veces los bafles bien afuera y ahí hágale; claro, la gente se enoja, la gente se queja. Pero ahora la cosa está normal, está tranquila. Nosotros intentamos no hacer mucha bulla; intentamos respetar el ambiente, porque nosotros tenemos que ponernos en los zapatos de los demás; eso molesta, aburre. Buscamos arreglar las cosas así. A nosotros nos toca poner la música y preguntarles a los vecinos: ¿Vecino así? Sí, hay gente con música a alto volumen, estos bafles afuera, eso con alto volumen. Grítele, grítele, grítele, y nada, nada cambia. Pero nosotros tratamos de equilibrar; que nadie sea perjudicado; tratamos de equilibrar las cosas, sin perjudicar a nadie.¹²⁸

Pues sí, no faltan en Caracolí-Robles los desplazados que se entregan a la lucha por el bien común. No faltan en Caracolí-Robles los desplazados que se comprometen con la realidad, que se interesan por la historia personal y colectiva, que luchan por el propio pan y el pan de los demás, el pan del alimento, de la paz, de la integridad física y moral, y de sana convivencia; el pan que asegura la supervivencia física y mental, la supervivencia real y simbólica.

¹²⁷ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

¹²⁸ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

3. 4. Un sujeto sufrido

Entre los múltiples imaginarios que pululan en Caracolí-Robles y sus alrededores sobre las poblaciones desplazadas de aquel sector (Caracolí-Robles) se encuentra el de un *sujeto sufrido*.

Ante todo, el sufrimiento del desplazado caracorobleño está ligado a la violencia vivida en el lugar de origen. La mayoría de los desplazados caracorobleños tuvieron que experimentar en carne propia la cruda realidad de la violencia, esta violencia que sembraba terror, y por ende, miedo y angustia. Al respecto, cuenta Gracia:

En Villa Palmar había mucha violencia. Mataban así a los montones, o sea, como si fuesen gallinas. ¡Ay pero, que horror! Esa gente no ¿Usted se imagina el miedo que eso causaba? Ja, Dios mío. La guerrilla casi que acaba con el pueblo. Eso sí, era plomo, matar, amenazar. Ellos eran muy peligrosos. Y lo que querían era todos ahí, quieticos, haciendo lo que ellos decían, porque si no, acabó mijito. Y mucha gente sufrió. Pero sí, aquello era terrible. Y [a] nosotros nos tocó salir volando. Y nos venimos aquí. Primero estuvimos en el Paraíso, en la casa de mi hermano, y, después, conseguimos un lugar aquí donde está este ranchito. Allá dejamos todo, finca, ganado y todo lo que teníamos. Nos venimos, eso sí, como se dice con las manos vacías. Y fue muy duro, porque tuvimos que empezar de cero, sin nada; muy duro, pero logramos salir adelante.¹²⁹

Fenómeno que también se hizo sentir en la vida de Bonifacio, como bien refiere él:

[...] De verdad, yo salí del Chocó por causa de la violencia. En mi barrio había mucha violenta, había mucha guerrilla que reclutaba forzosamente a los jóvenes. Pero también había mucha pandilla, y muchas de ellas pedían vacuna, y allá la vida era muy difícil. Mira, en mi barrio la violencia era increíble. Había la guerrilla, las pandillas y también autodefensas. Y ellos podían atrapar a cualquiera, y si eres joven, peor, porque todos ellos hacían reclutamientos.¹³⁰

La violencia estuvo también en el origen del desplazamiento de Galindo. Cuenta él:

Sobre el desplazamiento, qué le digo. Pues yo soy del Chocó, Quibdó. Y yo nunca había pensado que un día estaría fuera de mi tierra y lejos de mi gente conocida, familia, compañeros de colegio y gente del barrio. Pero la cosa pasó, y eso fue así de una. Mira, mi situación, yo estoy aquí por causa de la violencia. Mira, allá, uno, sabe, llevaba una vida muy normal. Pero las cosas pasan. Mi caso se debió a malentendidos. Por estar uno organizando

¹²⁹ Entrevistada en Robles, el 26 de julio de 2011.

¹³⁰ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

grupos de bien como éste, es lo que me llevó a salir del Chocó. Allá llegaron algunos grupos armados, de la guerrilla y paramilitares. Ellos empezaron a decir que yo era jefe de una pandilla. Y yo les dije que sí, pero que era una pandilla folclórica, una pandilla del bien, pues nosotros no hacíamos nada de malo; apenas nuestro baile y actividades de integración y recreación con los pelaos. Pero la gente mal interpretó. Ellos continuaron insistiendo que yo era jefe de una pandilla y empezaron a perseguirme; y la cosa se puso caliente. ¿Y en eso uno qué hace? Salir volando; claro. Fue eso lo que pasó conmigo. Y aquí ya, fregando, pero contento, luchando y esperando que las cosas cambien y mejoren.¹³¹

Son todos estos hechos asociados a la violencia los que permiten a algunos habitantes de Caracolí-Robles y de los sectores aledaños percibir a los desplazados de aquellos dos barrios como gente sufrienda, como lo hace Epifanio: “Esa gente cuenta que han sufrido mucho en sus territorios, porque por allá había mucha violencia, muchas muertes. Incluso uno puede percibir en sus palabras y en sus rostros estos rasgos de sufrimiento. Ellos recuerdan todo eso con mucho dolor, con muchas lágrimas. En verdad, son gente muy sufrienda”. Tesis compartida Otoniel, quien observa: “No te imaginas el sufrimiento de estas personas. Los sacaron de sus pueblos así por las malas. A veces uno les escucha decir que les tocó sufrir, y sufrir mucho. Y yo creo que sí, que por allá sufrieron mucho; porque si no, entonces no estarían aquí aguantando todo eso”.

Y el sufrimiento se perpetúa en Caracolí y Robles, pero de esta vez con gran intensidad. Y ante todo, durante el proceso de la inserción. Al respecto, resulta dicente el testimonio de Galindo. Escuchémoslo:

Pues fue muy duro. Cuando llegamos no teníamos nadie conocido; nos tocó empezar de cero. Como sabe aquí solamente se vive con el money, porque sino, paila; ahí sí, te quedaste. Aquí todo hay que comprar. Pues sí, nos tocó duro. Al principio nos tocó luchar mucho, luchar por la vivienda, la comida, lo del transporte; pero pudimos. Y ahí vamos, intentando acoplarnos a la realidad. Pero es muy difícil. Uno aquí es como si fuera un pez fuera del alga. Aquí todo es difícil y diferente y en eso uno extraña mucho la tierra. Aquí hay otras costumbres, otra comida y...y mucha discriminación racial. A los negros les dan muy duro aquí. Claro, ahorita las cosas han cambiado; pero al principio, sí.¹³²

Sufrimiento que se va metiendo en otros espacios, como el de las relaciones sociales. Y aquí una palabra de Bonifacio:

¹³¹ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

¹³² Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

Nos ha tocado luchar mucho. La vida en Bogotá ha sido un camello. Ha habido mucho racismo, pero aquel racismo de primera. Aquí para muchos el negro es lo peor. Tú cuando vas a una entrevista, te piden todos los documentos, y después te dicen ‘puede ir, después lo llamamos’, pero nunca te llamarán. Mismo en la calle la gente lo mira a uno con desconfianza; otras veces le echan madrazos. Y uno a veces responde violentamente; uno también les echa madrazos, o a veces, si es posible, a puños. Toca, mi país. Otras veces uno utiliza la ley para proteger sus derechos. Yo hace más o menos cuatro años tuve que ir a la justicia para resolver mi problema. Me estaban persiguiendo algunos pensando que yo era pandillero. Y cuando llevé el caso allá, me dieron algunos de la seguridad, incluso un teléfono para avisos en caso de sospecha. Y después la cosa se calmó. Y también el jefe de este grupo murió y ellos no han vuelto a molestarme. Pero lo cosa ha sido dura. Y el año pasado yo recibí amenaza de las AUC, porque salí en una entrevista donde hablé de la realidad del barrio, y a ellos no les gustó. Y me ha tocado estar muy atencivo, muy vigilante, porque es la única forma de resistencia que vale.¹³³

Pues sí, en Caracolí-Robles la situación empeora y los problemas se incrementan. Las quejas de los desplazados se multiplican y se vuelven el pan de cada día. En Caracolí-Robles el desplazado enfrenta impotente un sinnúmero de problemas ambientales, sociales y de infraestructura; enfrenta un sinnúmero de incomodidades y necesidades; enfrenta atónito la pobreza, el abandono y el incumplimiento estatal; enfrenta boquiabierto el hambre, el racismo y el desempleo; enfrenta el dolor causado por el desplazamiento y la vida basada en el mercado; en resumen, enfrenta abatido y manso las consecuencias del ser desplazado en el lugar de origen y en Caracolí-Robles. Al decir de Antonieta, a ellos (los desplazados) se les oye quejarse por todo, por la seguridad, por la vivienda, la comida, la salud, la educación, el transporte, entre otros, quejas que difícilmente reciben respuestas; sí, quejas que difícilmente dejan de ser quejas. Es todo eso lo que hace pensar que los desplazados llegan a Caracolí-Robles para sufrir, como lo hace John.

He aquí un panorama ante el cual la nostalgia respecto al lugar de origen se vuelve el pan de cada día, se hace patente en cada palabra y mirada, en cada gesto y movimiento. Y otra vez Bonifacio: “No, no me hable de Chocó, porque me hace llorar. Ay, Chocó, no sé que decirle. Tengo mucha nostalgia del Chocó. Yo añoro las costumbres los ríos, el pesca’o, la comida, los plátanos. Aquí es muy aburrido, pan, pan, pan, pan y cosas muy caras. En el Chocó amistades, la familia. Y los ríos, Dios mío; allá nos bañábamos y nadábamos, y aquí nada, ni piscina”¹³⁴

¹³³ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

¹³⁴ Otro desplazado que extraña a su tierra de origen es Galindo, como bien señala él: “Ui, yo extraño mucho del Chocó. Cuando pienso del Chocó solo me llena de tristeza, de nostalgia. Lo más duro, lo que

3.5. Un parásito inactivo

En Caracolí-Robles y en los barrios circunvecinos se descubre gente que habla del desplazado caracorroleño como un **parásito inactivo**.

El parasitismo de los desplazados en Caracolí-Robles está ligado, en primer lugar, a su mentira, al hecho de hacerse pasar por desplazado para la consecución de sus objetivos. Manuelita defiende con valor y convicción sin igual la existencia, en Caracolí-Robles, de gente que se hace pasar por desplazado para satisfacer sus cometidos. “Aquí [hay personas que] dicen ser desplazados, pero [que en realidad] no [lo] son”-pregona-. Pues “es el afán de la plata, de las casas y los mercados [que los lleva a todo eso]. Pero ellos no son desplazados [...] a mí me consta” –remata-. Y el hacerse pasar por desplazado resulta no pocas veces muy efectivo, porque, como se sabe “los desplazados tienen [prioridad]”.¹³⁵

El parasitismo del desplazado caracorroleño se basa también en el hecho de que busca la manutención en el gobierno. Pues se cree que el desplazado caracorroleño es un aprovechado que es mantenido por el gobierno. Y en el universo de la gente que alberga este tipo de imaginario se encuentra Epifanio. Refiriéndose a algunos desplazados que habían sido objeto de su labor pastoral, señala: Ellos “vivían del mercado [...]. Pero [tenían la esperanza puesta en el] gobierno; uno decía que [estaban] esperando la lista que el gobierno [estaba] haciendo, no sé qué”; idea compartida por Myriam, quien observa: “Dicen que les ayudan con comida, con vivienda también; demora, pero les dan”. Para Antonieta, el Municipio les da todo a los desplazados, les da alimento, material de aseo y de cocina, incluso les da casas. Paola cree que los desplazados caracorroleños reciben del Estado comida y recursos para arriendo. Para Julieth,

más me duele son las fiestas, porque por allá todo era pura fiesta, pura diversión. Eso era baile, música, comida casi que una semana. Uno aquí se siente perdido como que fuera de lugar. Y otra cosa, la pérdida de la cultura y de la costumbres de uno; uno aquí encuentra y aprende otras culturas y otras costumbres. Pero aquí toca, porque quién se va a exponer al peligro; allá no se juega. Pues uno prefiere mantenerse aquí a pesar de las dificultades, porque allá no hay seguridad, nadie le garantiza a uno la seguridad; mismo el gobierno, apenas el gobierno habla, pero en la práctica, nada, lo deja a uno que lo pelen, y nada más”. (Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011).

¹³⁵ Idea de Myriam.

“el ejército viene y les da mercado”.¹³⁶ El parasitismo consiste aquí en el hecho de que la asistencia estatal se transforma en algo recurrente, en una práctica continua, que, al serlo, no permite ni exige que el desplazado trabaje y luche por el pan diario, el suyo y el de los demás.

Pero conviene notar acá que la dependencia que nutre el desplazado hacia el Estado no es algo exclusivo de Caracolí-Robles; ella se vive también en otros escenarios bogotanos; pues, es como si tratara de algo generalizado en la ciudad Capital. Al respecto, asegura la directora de la Unidad Territorial Bogotá, de la Rse: “[Ellos, los desplazados bogotanos] piensan que tenemos una caja menor y que es solo girar. Al estar registrado en la Red¹³⁷, les hace pensar que es el papá y que todos los problemas se deben solucionar desde acá” (citada en Osorio, s.f.: 223).

Ha de notarse que el parasitismo de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles es capaz de todo; es capaz inclusive de inspirar la mentira, de empujar a la mendicidad y de emplear de manera repetitiva las mismas estrategias, mismo que ello resulte fastidioso y pueda levantar sospechas. “Ellos cuentan la misma historia y siempre lo mismo; cuentan la misma cantaleta y punto, y sin importarles nada. Van en los buses y la gente les colabora. [Y] a veces ellos consiguen más plata que uno, más que uno que trabaja”, señala Estefanía.

Las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles también se vuelven parásitas cuando se apropian de bienes ajenos. Para Julieth, algunos desplazados caracorobleños son parásitos, porque “han cogido por [la] fuerza [los terrenos que habitan]”; porque, paulatinamente, fueron conquistando terreno y fueron llenando el lugar. Aquello [Caracolí-Robles] “está lleno de invasores, mejor dicho, está lleno de ellos”, dirá Julieth. Actitud que no solo causa malestar y repulsión con relación a la presencia de personas desplazadas en Caracolí-Robles, sino que también, y sobre todo, inspira conductas agresivas y de indiferencia. Pese a que hay gente que habla bien de ellos (de los desplazados), se registran voces que recriminan su presencia. Sí, hay “gente [que] piensa que [ellos] son malos, son ladrones, son de todo, metidos que se apropian de cosas ajenas, cosas que no les pertenecen de ninguna manera”, y que, por tanto, no debían estar allí. Por lo demás,

¹³⁶ Pero no todos los desplazados reciben la asistencia del Estado. Refiriéndose a algunos desplazados que habían sido sus inquilinos, Lucero afirma que “ellos pasaron una carta [al Estado], pero no los ayudaron”.

¹³⁷ La Red es una entidad estatal que se ocupa de los desplazados en el ámbito nacional.

hay personas que creen que “los desplazados no tienen que salir de sus casas, dejar sus cosas y venirse allí”.¹³⁸ Y para librarse de ellos, muchos recurren a varios métodos, incluyendo el de la fuerza, como bien lo ilustra Lucero: “A todos los desplazados los sacan a fuerza”.

Así mismo, el parasitismo del desplazado caracorobleño se encarna en su oportunismo, en su sagacidad respecto al uso de las oportunidades que se le presentan para sacarle partido, sacarle provecho. Se cree que las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles son muy vivas, muy avisadas; que son gente que puede capitalizar hábilmente a su favor toda la oportunidad que se le ofrezca. Estas poblaciones albergan actitudes oportunistas que se pueden descargar en cualquier hora, en cualquier momento, siempre que se críen y se den las condiciones. Se trata, pues, de un peligro en potencia, de una bomba activada y lista para explotar, por lo que “[...] con ellos no se puede jugar, no se puede dar papaya”.¹³⁹

La definición del desplazado caracorobleño como oportunista se funda también en el imaginario que se tiene de él como un enemigo, un adversario. El desplazado caracoleño es alguien violento, alguien cuya conducta y acciones pueden sembrar el miedo, la angustia, la inseguridad y el malestar; pueden alterar el orden reinante y causar daños personales y sociales; pueden, en fin, peligrar la vida y el bienestar por los que se lucha día tras día, vida y bienestar que constituyen las máximas aspiraciones, los máximos deseos que motivan las luchas y búsquedas más fuertes y agotadoras de las poblaciones caracorobleñas y de los barrios aledaños.

El imaginario que se tiene del desplazado caracorobleño como un sujeto parásito está ligado también a la inactividad. La inactividad de las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles se percibe sobre todo a la luz de su conducta basada en el escondite. El hecho de mantenerse encerrado en las casas o de limitar los movimientos, como pasa con Ana María, Enriqueta y María Eugenia¹⁴⁰, debido fundamentalmente a la violencia que se experimenta en los barrios, hace del desplazado caracorobleño un sujeto socialmente inactivo. El encerramiento limita

¹³⁸ Paola

¹³⁹ Antonieta.

¹⁴⁰ Joven blanca desplazada del Caquetá, estudiante de bachillerato y residente en Caracolí. Entrevista realizada en Caracolí, el 18 de febrero de 2011.

acciones públicas, limita acciones que se pongan en evidencia en la esfera social; limita interacciones en las que se pueda poner de manifiesto la actividad del desplazado; evita, en últimas, la irrupción pública y visible del compromiso individual y comunitario del desplazado caracorobleño.

Es posible que estemos aquí ante una opción estratégica que persigue la integridad física y moral del desplazado. En Caracolí-Robles las poblaciones desplazadas han adoptado, a lo largo de los años, muchos mecanismos y tecnologías de gobierno del peligro y de lo peligroso, como la vigilancia, la prevención, el anonimato, el camuflarse o el autoexilio o autosecuestro basado en el silencio, mecanismos y tecnologías que les permiten resguardarse de posibles amenazas y perseguidores, y de mantenerse al margen de la realidad que se experimenta en el lugar donde se vive; una suerte de una presencia ausencia, una presencia invisible e insospechable que permite desaparecer simbólicamente y estando presente.

Se podría decir, como consideración final, que el ser **parásito** que se le atribuye al desplazado caracorobleño irrumpe como una estrategia, una estrategia que afecta positiva y negativamente a las relaciones y al entorno social. Tanto en el uno como en el otro, cuestiona la realidad social, pone en tela de juicio realidades incluso consideradas como sagradas, como lo es la honestidad, la veracidad, la transparencia, el trabajo y la sociabilidad. Se trata, por lo tanto, de un modo de ser que no deja virgen e intacta la realidad caracorobleña, sino que, al contrario, la subvierte, la desacraliza, la pone en apuros, la voltea patas arriba y le quita toda presunción de seguridad y garantía.

3.6. Pero también un sujeto “normal”

Los desplazados caracorobleños se definen como gente “normal”, como personas, incluso, capaces de comprometerse con su causa. Julieth asegura que los desplazados caracorobleños

Son personas [‘normales’] [...] personas normales que desafortunadamente tuvieron problemas un día y que les tocó salir de sus tierras y venir aquí a sufrir, y a sufrir mucho; claro, sufrir como la mayoría de nosotros, porque como sabe, aquí el sufrimiento es mucho, y

muchísimo. Aquí se sufre por todo; pero tal vez los que más sufren son los desplazados. [Pues ellos son] personas [que] tuvieron una vida normal, [pero] que, desgraciadamente, tuvieron un día que dejar sus cosas, dejar todo, y quedarse sin nada.¹⁴¹

Paola conoce en Caracolí-Robles gente desplazada que es capaz de comprometerse con la propia causa y la de los demás: “Yo distingo mucha gente desplazada. Generalmente son gente trabajadora, gente luchadora que busca un mejor porvenir para sus hijos. [También] hay [...] gente desplazada muy echada p’ adelante, que trabaja en lo que sea; trabajan en construcción, señoras que trabajan como amas de casa; cosas así”.¹⁴²

También se descubren, en el mundo de los desplazados en Caracolí-Robles, a hombres y mujeres que luchan por la superación¹⁴³ y la supervivencia, sea pintando puertas como montando llantas, eso en un escenario laboralmente adverso, como bien lo nota Epifanio: Ellos tienen que “ir allá, y esperar que los llamen, sino, paila”.

Tampoco faltan en Caracolí-Robles los desplazados que, en la imposibilidad del retorno, se ven en la necesidad de pugnar por un mejor porvenir en el nuevo espacio. Lista a la que integra Bonifacio, quien declara:

Aquí la vida es difícil, pero toca acoplarse a lo bogotano, porque qué más. Uno no puede regresar allá al Chocó, porque la violencia aún existe, y con mucha fuerza, y eso da miedo. Aún hay muchas pandillas y grupos armados; y ellos nos pueden pelar, y no hay que dar papaya. Aquí toca luchar desde la cultura, rescatar los valores y las tradiciones, y trabajar con los muchachos, enseñarles cosas buenas para que no se metan en esas cosas malas, porque pueden terminar mal, les puede pasar algo peor.¹⁴⁴

Y a algunos les toca exponerse y desafiar la dura realidad que se vive en Caracolí-Robles, realidad que impone yugos pesados y que inflige un sinnúmero de padecimientos. Al respecto, cuenta Gracia:

¹⁴¹ Entrevistada en La Isla, el 5 de marzo de 2011.

¹⁴² Mujer blanca, trabajadora social y habitante de La Isla. Entrevista realizada en La Isla, el 5 de marzo de 2011.

¹⁴³ Entre las luchas por la superación se encuentra aquella que visa terminar los estudios, mejorar las viviendas y hacer algunos ahorros.

¹⁴⁴ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

Pues aquí, ahí luchando. Y la cosa es dura, muy verraca. Nosotros hemos tenido muchos problemas. A mi esposo lo mataron aquí, ya hace qué, como cinco años. Él iba a trabajar y a buscar lo de los niños. Y una noche, justo ahí en la calle, lo mataron. Y yo ni quiero recordar. Fue muy duro. Y desde aquel día las cosas cambiaron mucho, muchísimo. Ahora me toca a mi sola fregar por [lo de] los niños. Y ya algunos no están estudiando porque ya no alcanza para todo. Me ha tocado duro. Y las ayudas, nada; esa gente es mentirosa. Te pide papeles, que la cédula, que el carné del sisbén, que la carta de la junta, pero después nada, no salen con nada; lo dejan a uno esperando por muchos años; esa gente, no. Pues sí, nos ha tocado sufrir mucho; porque como ve también, ocho hijos, es mucho. A veces consigo un trabajito, y otras veces no. Entonces ahí nos toca aguantar. Las dos hijas mayores fueron donde los tíos, por lo menos para aliviarme un poco. Y mis dos hijos también se quieren ir, porque la vida está muy dura aquí. Mismo para conseguir el desayuno, es muy difícil. Y los que más sufren son los niños; [pero] uno también como mamá. Y ante eso, qué, aguantar. ¿Hasta cuándo? Nadie sabe. Pero no tiro la toalla, eso sí, nunca.¹⁴⁵

En Caracolí-Robles también se descubren desplazados que luchan por el pan diario. Refiriéndose a su hermano y cuñada, Estefanía observa: “El consiguió un trabajo en una finca. Y mi cuñada como tenía carta de desplazada, le dieron una ayudita y fundó su negocio, una miscelánea, allí en el Centro de Reconciliación, [donde] vende”. De todo eso se desprende la idea de que los desplazados caracorroleños son gente “normal”, gente capaz de responder por sus necesidades y por las de los demás.

Los desplazados caracorroleños como cualquier ser humano desarrollan sentimientos. Ellos se sienten patologizados y victimizados; ellos sienten la incertidumbre, el miedo, la hostilidad, el malestar y la satisfacción. Además, ellos inspiran, en los propios barrios y en los barrios vecinos, sentimientos variados: unos que convocan y otros que dispersan. En algunos, los desplazados inspiran sentimientos de indiferencia, de inseguridad, malestar y preocupación; en otros, infunden sentimientos de amor y compasión. El pensar que el desplazado puede aprovechar la cercanía para formular sus demandas o el pensar que él puede pensar que uno es sapo, hace que algunos habitantes de La Isla, Tres Esquinas y Jerusalén sean indiferentes y precavidos ante el desplazado caracorroleño. La inseguridad que perciben algunos con relación a los desplazados en Caracolí-Robles tiene que ver especialmente con la asociación que se hace entre éstos y la violencia, sea desde la organización de pandillas como desde el desarrollo de acciones relacionadas con el

¹⁴⁵ Entrevistada en La Isla, el 26 de julio de 2011.

atraco. La preocupación y el malestar están sobre todo relacionados con los estilos de diversión que desarrolla la gente desplazada en Caracolí-Robles. Tener que escuchar y aguantar música a alto volumen deja a más de un habitante de La Isla, Tres Esquinas y de Jerusalén preocupados y rebotados, desconcertados y enojados.

3.7. Un sujeto relacionable

Las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles emergen también como sujetos relacionables, vale decir, como sujetos capaces de relación. Ellas son capaces de interacción, de liderazgo, de entablar relaciones e inspirar prácticas y actitudes relacionales, unas de convocación y cercanía, y otras de dispersión y lejanía; prácticas y actitudes de simpatía y antipatía, de conmoción e indiferencia.

Los desplazados caracorobleños son sujetos relacionables. Ellos hacen y se hacen amigos, y son capaces de dirección. Rosario defiende haberse beneficiado de la dirección de una desplazada. “Una de ellas fue mi jefe en una organización social aquí del municipio que trabaja para niños pobres, escasos en recursos”. Otra persona que ha cultivado amistades con gente desplazada en Caracolí-Robles es Myriam. Al respecto, señala:

Yo tengo amigos [desplazados], sobre todo señoras. Y nosotros nos llevamos muy bien. Y con los morenos la cosa resulta muy chistosa, porque me preguntan si no tengo miedo de esa gente, si eso no es muy arriesgado; y yo digo que no, que todos somos seres humanos, y que [por lo tanto] no hay problema. Yo no tengo problema con nadie. Incluso [...] [salgo] de rumba con mis amigos, allí en la ‘19’; y no nada pasa.¹⁴⁶

Para hacerle frente a sus sufrimientos, algunos desplazados caracorobleños acuden a la comunidad cristiana, como lo hace notar Epifanio:

[A] ellas [a las personas desplazadas en Caracolí-Robles] [les] gustan las cosas de la iglesia, [sobre todo] la oración. Sí, es verdad, ellos sufren mucho. Mira, ellos no tienen comida, no tienen, mejor dicho, nada; y les ha tocado duro; y yo te digo que si fuera yo no aguantaría así, porque es verraco; porque uno también está acostumbrado a tener por lo menos algo; pero

¹⁴⁶ Joven blanca, estudiante de medicina y residente en Tres Esquinas. Entrevista realizada en Tres Esquinas, el 11 de marzo de 2011.

ellos, nada; y entonces van a la Iglesia y allí hablan con la gente, sobre todo los sacerdotes. Y a ellos les gusta mucho, y muchísimo ser escuchados, hablar con la gente; es como si fuera una medicina, una pequeña medicina, pero no hablo de esa medicina esa, o sea, me refiero a la cuestión de la sanación esa interior.¹⁴⁷

En Caracolí-Robles tampoco faltan los desplazados que enfrentan su realidad socializándola. Al respecto, anota Epifanio: “Ellos solo nos cuentan cosas duras, cómo mataron el hijo, el esposo, cuentan; ellos son gente muy querida; cuando tú no vienes preguntan por qué no viniste, por qué nos abandonaste. Parece que les gusta contar estas cosas; hablan, hablan mucho, y si tú les pones la atención, ellos empeoran; ellos ahí como una lorita: dele, dele, dele.”

Estamos aquí ante una relacionalidad que hace que la gente se conmocione y se compadezca ante la dura y cruda realidad del desplazado. Pero no todos los desplazados inspiran compasión de la misma manera. Hay unos que son más capaces que otros, como es el caso de las mujeres.

[Pues] uno ayuda más a la mujer, porque siempre uno siente que puede hablar mejor, puede convencer, tocar el corazón, puede causar más sentimientos. ¿Me entiendes? Que yo, que hijos, que eso, que lo otro. Y todo eso le toca mucho a la gente, le hace sentir a la gente como que sí, que ella sufre. También porque las mujeres no pueden trabajar; que los niños, que la comida, que lo otro. [Además] los hombres son vagos; ahí solamente en sus cuenticos, y pare de contar; son muy vagos, me perdona, pero así son.¹⁴⁸

Por lo demás, el poder conmovedor de la mujer desplazada está relacionado con su propia experiencia de madre y de sufrimiento, y con las dificultades que se les imponen a los niños. Al respecto, resultan dicientes las palabras de Filomena:

Yo ayudaría más a la mujer, porque uno ve más el sufrimiento de la mujer que el del hombre; yo creo que la mujer sufre más que el hombre. Ella dice que tiene hijos, o que hay que llevarles a los niños eso o aquello. La mujer sufre por causa de los hijos. [Y] nosotros aguantamos hambre cuando éramos niños, y sabemos qué es pasar hambre; ellos sufren.¹⁴⁹

¹⁴⁷ Entrevistado en Tres Esquinas, el 11 de marzo de 2011.

¹⁴⁸ Eulalia, entrevistada en Tres Esquina, el 14 de mayo de 2011.

¹⁴⁹ Entrevistada en La Isla, el 15 de mayo de 2011.

Panorama asistencial en el que los más perjudicados acaban siendo los jóvenes. Al respecto, confiesa Filomena:

[Si el que pide la ayuda] es joven, no. Él puede meter mucha mentira para echar vicio. Uno le da si es comida, pero plata, no; uno no sabe qué van hacer con esta plata. A veces se suben, que soy desplazado, que tengo hijos; uno no sabe si lo que dicen es verdad. Les gusta vivir de la pereza, les gusta vivir recibiendo; porque les gusta vivir [de lo] que les están dando, y están acostumbrados a eso, y ser egoísta de todo. Si es joven, eso sí, no le doy. Ellos llevan eso para coger el vicio; ellos mienten, son unos mentirosos, unos sin vergüenzas.¹⁵⁰

Con lo anterior queda claro pues que la compasión hacia el desplazado caracorrobleño surge como fruto de habilidades lingüísticas y de la idea de que la mujer es una trabajadora y alguien que sufre debido a la situación de los hijos. Pareciera estar en juego aquí una cierta feminización y sentimentalización de la compasión, una compasión que nutre una profunda aversión al varón. Pareciera que apenas la mujer, y no el varón, puede llegarle al corazón a sus interlocutores; que apenas la mujer, y no el varón, puede dar la cara y exponer conmovedoramente su situación, porque en realidad siente por lo que pasan los hijos y porque ella se ve en la imposibilidad de trabajar, por el hecho de que debe responder por la maternidad y por los compromisos familiares; que solamente la mujer, y no el varón, puede hacerlo, porque solamente ella puede lanzarse a esta aventura, porque el hombre se la pasa vagando, se la pasa contemplando las nubes, sin preocuparse nunca por el pan diario; y porque ella, y solamente ella, la mujer, y no el varón, sabe que no miente, y cuando consigue la platica y el mercadito no los lleva a donde se vende el vicio; en una sola palabra, porque ella conoce lo esencial en la vida y es capaz de arriesgar la vida con tal de satisfacer la necesidad de sus hijos, como pasa con algunas desplazadas de los Altos de Cazucá, de cuyos testimonios sacamos el que sigue: “A mí sí no me ha dado pena. Yo por los chinos hago lo que sea, hasta pedir en la calle me ha tocado. Eso mi marido lo ve como algo feo y prefiere quedarse en la casa; claro, y de eso se aprovechan y se vuelven muérganos” (testimonio de una desplazada de los Altos de Cazucá, citado en Pérez Martínez, 2004: 87).

¹⁵⁰ Entrevistada en La Isla, el 15 de mayo de 2011.

Es más, el desplazado caracorobleño es capaz de causar en los demás sentimientos de tristeza y de amor, como pasa con Lucero y Julieth. “Sí, los quiero muchísimo”-dirá Lucero-.¹⁵¹ Asimismo, los desplazados caracorobleños inspiran sentimientos bien fuertes, sentimientos que aprietan el corazón y la razón. “Pues, [uno siente mucha] tristeza; uno siente nostalgia que la gente sufra, le golpea a uno muy duro” –confiesa Julieth-.

Sin embargo, los desplazados de Caracolí-Robles son también capaces de inspirar prácticas y actitudes de indiferencia, prácticas y actitudes de repulsión, de apatía, aislamiento, lejanía y discriminación. El pensar que el desplazado es parásito y oportunista, que él alberga una difusión y confusión identitaria, y que es problemático, hace que algunos habitantes de Caracolí-Robles y de los barrios aledaños adopten prácticas, actitudes y conductas contra las poblaciones desplazadas en el aquel sector (Caracolí-Robles), prácticas, actitudes y conductas que las perjudican. Se trata de prácticas, actitudes y conductas evasivas que transforman al desplazado caracorobleño en un agente patológico y un chivo expiatorio. Aquí la “ignorancia” y el “desconocimiento” permiten borrar, marginar, excluir, ahuyentar y aislar la alteridad intrusa y amenazante¹⁵² que representa el desplazado; permiten dispersarla, en lugar de convocarla, desarrollar la apatía y la indiferencia, en lugar de propiciar la aparición de la curiosidad y la cercanía, realidad que está en el origen de la aparición, la emergencia de un contexto en el que el gobierno del desplazado echa mano, entre otros, de la territorialización, con base en lugares reales e imaginarios, físicos y sociales, lugares donde la capacidad y la facilidad de movilidad real e imaginaria brillan por su dificultad y su ausencia.

3.8. Un loco charlatán

Un imaginario sobre el desplazado caracorobleño digna de consideración es la que lo postula como charlatán. Antonieta cree que algunos de “ellos [de los desplazados caracorobleños] no callan, no cierran la geta”, que a ellos “no los calla ni un vómito”. Y para Epifanio, “ellos dicen cualquier cosa, a veces como locos. Son unos títeres que [la] pasan allá como radios”. El desplazado caracorobleño irrumpe aquí como el que dice todo, el que dice cualquier cosa que le

¹⁵¹ Para Lucero, los desplazados en Caracolí son amables. Defiende ella: “Ellos son, son qué, gente amable, querida”.

¹⁵² Se trata de una alteridad que se asume como símbolo de amenaza, de peligro y hostilidad.

ocurra sin recurrir a ningún principio de racionalidad o de verdad o sin adecuar su discurso a la razón (Foucault, 2010). Se podría decir que se trata de un individuo que no respeta el silencio, y que por consiguiente no está en condiciones de interiorizar lo que dice y lo que se le dice, y de ponerse a dialogar con la verdad que pronuncia. A él lo que le importa el hablar, y no la contemplación y la interiorización de su discurso; es una especie de un sujeto de exterioridades que se comunica directamente con la lengua; una especie de vaso vacío cuya cura presupone el callarse y el retener la palabra, el *logos* que dice.

Muy relacionado con este imaginario está aquel que evoca y define al desplazado caracorobleño como alguien bullicioso. Se cree que el desplazado caracorobleño se mantiene con la música a alto volumen; incluso, que quiere imponer su estilo de vida bulliciosa, y en muchas veces de manera violenta. Antonieta asegura que “ellos [los desplazados de Caracolí-Robles] son bulliciosos”, son personas que “estremecen [los] ranchitos con la música”, algo que Antonieta tipifica: “Yo creo que es la costumbre costeña”. Los desplazados de Caracolí-Robles -dirá Rosario- “ponen [los aparatos] a alto volumen, ponen todo eso a bailar, pero de manera tremenda la cosa”, aunque se trate de música chévere, de músicaailable de la que “uno se acostumbra”.¹⁵³ Para Myriam, la bulla de los desplazados de Caracolí-Robles se hace evidente en ciertos momentos. “Mucha bulla; siempre de noche se escucha mucha bulla, mucha bulla”; “[ellos] toman mucho”¹⁵⁴, sobre todo los fines de semana y cuando es quincena; se escucha esta bullaranga por ahí”; “Me imagino que la mayoría trabaja; entre semana casi no se ven, salen a trabajar. Pero fin de semana sí, pura bulla”¹⁵⁵, fenómeno que puede estar relacionado con la disponibilidad de tiempo y de recursos económicos. Es esta bulla y este carácter charlatán de los desplazados en Caracolí-Robles lo que inspira en los demás actitudes agresivas y de reservas, actitudes impositivas y de malestar. Es esta bulla y este carácter charlatán de los desplazados caracorobleños lo que provoca su estigmatización y estereopación, su discriminación y marginación.

¹⁵³ Myriam.

¹⁵⁴ El tomar se asocia aquí a la bulla.

¹⁵⁵ Myriam

Capítulo 4

Un sujeto racializado y territorializado

“Saberse negra [o negro] es vivir la experiencia de tener su identidad negada, pero también, es sobre todo la experiencia de comprometerse a rescatar su historia y recrearse en su potencialidad”

María Salete Joaquim (citada en Mena, 2008: 125)

4.1. Visión introductoria

Desplazados los hay en Caracolí-Robles de todos los colores, de todos los gustos y regiones, de todas las edades, tendencias y apariencias. Sin embargo, en Caracolí-Robles sobresalen los desplazados negros; ellos sobresalen en todo; es como si fueran los únicos; sobresalen en las entrevistas, en las discusiones, en los comentarios, chismes y juicios morales; sobresalen en los juegos, los bailes y los movimientos; sobresalen en las calles, en las discotecas y los espacios públicos; en definitiva, sobresalen en todos los escenarios de la vida pública y privada caracorroleña, relacionada sobre todo con lo malo, lo negativo. Se podría decir sin miedo a equivocaciones que el desplazado negro caracorroleño “suplanta” a los (desplazados) que no son de su “color”, los eclipsa y los pone en entredicho. Prueba de eso, es que nosotros vagando por Caracolí, Robles, La Isla, Jerusalén y Tres Esquinas oíamos hablarse del desplazado caracorroleño como sinónimo de negro, como término equivalente a negro. Sí, en aquellos barrios pocos serían los que pensarán y creyeran que en Caracolí-Robles también existían (y existen) desplazados que no eran (y no son) negros, que existían (y existen) desplazados blancos, indígenas y mestizos (aunque los segundos, en pequeña escala).

Ante eso nos preguntamos nosotros si los desplazados de Caracolí-Robles son sujetos racializados. Aquí lo primero que constatamos es el carácter complejo y complicado del interrogante. Frente a él, apenas formulamos una respuesta hipotética afirmativa, en el sentido de que a la luz de las investigaciones por nosotros llevadas a cabo, se podría considerar al desplazado caracorroleño como un sujeto racializado. Nos inspira aquí en especial el caso de Rosario. Para ella, hablar de desplazados en Caracolí-Robles acaba significando no pocas veces

hablar de negros. “La mayoría de [los] desplazados que yo conozco son negros; indígenas [y blancos], muy pocos” –dirá ella-.

Pero apremia registrar que la racialización¹⁵⁶ en Caracolí-Robles es algo que ocurre con todas las poblaciones. En Caracolí-Robles pululan imaginarios que tienden a racializar a unos y a otros, eso en un contexto de una acentuada discriminación racial, de un acentuado racismo y endorracismo. En Caracolí-Robles –dirá Judith- “hay mucha discriminación entre negros y blancos, también entre negros. Ahora que están en su vaina, en esa de baile, y los blancos se meten allí con negros. Todos son racistas; es de lado en lado. Todos son racistas: negros, blancos como sea, igualíticos”.

Pero la racialización del negro no es algo exclusivo de Caracolí-Robles y sus aledaños. Se trata, a la inversa, de un fenómeno muy recurrente en Colombia. Y en la mayoría de las veces esta racialización irrumpe bajo formas racistas. Como lo reconoce Asprilla, en Colombia abundan prejuicios y estereotipos sobre gente negra que hacen parte de la conciencia colectiva y que llegan a naturalizarse. Al decir de Mosquera, se trata de prejuicios y estereotipos¹⁵⁷ que se vehiculan a través del lenguaje, de la publicidad, los chistes, medios de información, la escuela, la Iglesia y los sistemas culturales oficiales y privados, realidad que hace, en parte, que los negros sean “sujetos hipersensibles al qué dirán” (Caicedo, citado en Asprilla, 2008: 148) y que pueden inspirar, en la gente negra, prácticas racistas. Al respecto, señala Nelly Yaga: “Porque es que ellos sienten este rechazo y [...] también lo quieren contra uno, porque si a mí me rechazan, pues yo también rechazo [...]; por eso, ellos se agarran contra nosotros; ellos dicen: ‘vea esa blanca como me mira de mal’, pues yo también la miro mal” (Nelly Yaga, citada en Mosquera y Rodríguez, 2009: 698).

En Colombia la racialización del negro se ampara en estereotipos esencializantes que hormigean en muchos discursos y expresiones lingüísticas cotidianas y explícitas. Es común en Colombia

¹⁵⁶ Asumimos aquí la “raza” como una categoría analítica, como un elemento que permite establecer diferencias con base en el color de la piel, en los rasgos físicos, en el cabello, entre otros, elemento que es un constructo sociocultural e histórico, pero con gran poder político.

¹⁵⁷ Se trata de prejuicios y estereotipos que ejercen violencias físicas y psicológicas, estigmatizaciones y difamaciones, marginaciones y exclusiones.

escuchar expresiones como la de que “negros tenían que ser”, “negro tenía que ser, si no la embarra a la entrada, la embarra a la salida, qué más se puede esperar de un negro”, “uy, ahí viene el ladrón”¹⁵⁸, “es que él es inteligente, es negro, pero es inteligente”, “huele a negro”, “se oscureció el día”, o “que bonita eres, pero lástima que eres negra” (Gisela, citada en Rodríguez Peláez, 2004: 19). Y expresiones como “simios”, “monos”, “chimpancés”, “gorilas”, “negritos”, “gente de color”, “personas de color” “cris cris”, “María José” y “prietos y azules” sirven, en no pocos contextos colombianos, para evocar la otredad negra (Coime’ Cabezas, 2008; El Tiempo, 2011). En Colombia también proliferan gestos que evocan y se refieren al negro y a su realidad, como el torcer la boca o el adoptar una mirada ‘rayada’. Tampoco falta aquí la racialización de los territorios de la gente negra. En Colombia se escucha con frecuencia decir “negro ni el teléfono”, “uy, esto se va a llenar de negros”, “uhmm se oscureció” (Angulo, 1999: 143, 259), “allá hay negros a la lata”, “este barrio está minado de negros”, “eso, negros es lo que hay” o “allá hay más negros que calles” (Anónimo, 2000: 146).¹⁵⁹

En general al negro colombiano se le asocia la morbosidad y la violencia, el desorden y el escándalo, el baile y el campo, la ignorancia, la pobreza y la dependencia, el hambre, la corrupción y la pachanga, el amor a la vida buena, el conformismo y la falta de planificación. Como varón, al afrocolombiano se le asocia la pereza, la delincuencia, el fútbol y los trabajos que presuponen fortaleza física, además de las actividades serviles que demandan jornadas largas e interminables, como lo son la vigilancia y la construcción. Y como mujer se le tilda de lasciva e irracional, además de fácil y poco digna de ser tomada en serio. Laboralmente se le asocia los trabajos domésticos y aquellos relacionados con restaurantes (Meza, 2003).

¹⁵⁸ La asociación del negro al robo inspira no pocas prácticas discriminatorias. Al respecto, refiere Edwin Muñoz: “Me ha pasado que me subo al bus y hay varios asientos libres [...], o en ocasiones [...] [en el] bus hay dos asientos libres; me siento en uno y queda otro y llega el tipo o la señora allí mestiza, se sube, pasa su tiquete y pasa al fondo, prefiere quedarse parada la bandida antes [...] [que] sentarse, allí, al lado mío. O cuando [...] hay un puesto libre y me siento allí, entonces la persona piensa que yo le voy a robar o que voy a hacer algo, entonces [...] agarra su bolsillo bien duro y ahí apretadito, y eso mirándolo a uno de reojo” (citado en Mosquera y Rodríguez, 2009: 758).

¹⁵⁹ Se trata de “estereotipos cotidianos [...] [que] forman parte de la carga sociológica inferiorizante y alienatoria que impuso el colonialismo y [que] se siguen recreando en la conciencia de los colombianos quienes no pueden evitar racializar a sus compatriotas afrocolombianos en vez de hacer las valoraciones individuales correspondientes” (Angulo, 1999: 135).

Y en el caso bogotano la discriminación contra el negro se da en muchos ámbitos, en especial en el laboral.

Sí, [...] porque [a] ellas [a las personas negras] poco les dan trabajo y por lo menos uno, y usted por ejemplo va a poner un puesto en la calle y la gente poco se atreve a comprar porque son negritos y la gente negra acá, en Bogotá, y a ellos le tienen mucho recelo, porque son negritos y no les dan trabajo (Paulina Montenegro, beneficiaria de programas sociales, citada en Mosquera y León Díaz, 2009: 533).

Un testimonio que encuentra eco en las palabras de Cecilia Palacios, quien asevera:

Pues uno sí nota presunciones en la cultura de la gente, del profesional. Se notan ciertas distancias, sobre todo cuando hay conflictos con usuarios de raza negra. Siempre me parece que hay una tendencia a exagerar [...] a considerarlo como por fuera de la norma [más] que los otros. Entonces, mis funciones son más como de atacar el caso, de mirar claramente qué es lo que está pasando, porque yo percibo que en ciertas circunstancias el funcionario sí tiene la tendencia de exagerar de acuerdo al color de la gente (trabajadora social, citada en Mosquera y León Díaz, 2009: 533).

Estamos aquí ante prácticas racistas que en la mayoría de las veces desembocan en el miedo, en la inseguridad, la incertidumbre y el auto-rechazo étnico-racial del negro, prácticas que hacen verdaderas las palabras de Asprilla, en el sentido de que “las huellas dejadas por el sistema de relaciones desiguales establecidas por los europeos, en su contacto con los indígenas y los africanos, antepasados de los afrocolombianos, permanecen intactas en el diario acontecer de la cotidianidad” (2008: 147).

4.2. Un sujeto físicamente anormal

Uno de los elementos desde el cual se define el negro desplazado en Caracolí-Robles es el de la *taxonomía*. Aquí emergen imaginarios en los que los negros irrumpen como “otros”, como “ellos”, como los totalmente diferentes, imaginarios en los que los desplazados aparecen como una realidad homogénea, pese a que en realidad se trata de un universo humano plural, múltiple,

como lo deja entrever Ingrid: “Negros, estos hay de todo, buenos y malos. Aquí vivimos revueltos; todo se ve”.¹⁶⁰

Y ante todo, la taxonomía anclada en los aspectos físicos. *Grosso modo*, los negros desplazados en Caracolí-Robles irrumpen como gente físicamente anormal. Muchos los catalogan de muy feos, los asumen como los más feos del universo de los feos:

Pero me perdonas con todo respeto que te mereces, porque puedes pensar que soy racista; pero en realidad, no; yo no soy racista de ninguna manera. Yo quiero y respeto a todos, sin importar la raza ni el color [de la piel]. Pero a mí me parece que las morenitas son un poco feitas; yo creo así, puede ser que estoy equivocado. Por lo menos uno ve que es difícil que haya reinas negras. Parece que solamente hemos tenido una, Vanesa. ¿Te acuerdas de ella? La chocoana esa. Pero el resto no. Entonces uno se pregunta si en verdad todo eso tiene que ver con [el] no ser bella. ¿Son muy feas? Tal vez un poquito. Pero yo hablo de mi experiencia, de lo que yo percibo y creo, porque también puede haber gente que crea que ellas [las morenas] son bonitas. Pero a mí no me parece. Pero tú me perdonarás, porque yo no quiero ofender a nadie. Pues tendrás que perdonarme. [Incluso] yo no hablo de todos los morenitos; hablo apenas de algunos. ¿Ahora vas a decir que soy racista? No, de ninguna manera. Yo quiero a los morenitos. Pero también uno debe decir las cosas, pues por qué mentir, por qué esconder las cosas. Yo creo que las cosas deben ser dichas. Ahora uno podría decir que la culpa también tiene la pobreza, porque es verdad que ellas [las morenitas] no tienen estos materiales que las blanquitas utilizan para arreglarse, que el manicure, que el maquillaje, que eso, que lo otro; ellas no; la mayoría de ellas son muy pobres; eso sí, hay que reconocer [aserciones que nos recuerdan expresiones como la de que ‘negro de la carita fea’].¹⁶¹

Se trata de consideraciones que encuentran eco en otras mentes colombianas como la de Tatiana Munévar, quien alguna vez sostuvo: “La representante del Chocó suena para reina porque es muy completa (bonito cuerpo y rostro, lástima la nariz y el cabello)” (citada en Angulo, 1999: 287). Realidad que da razón a la tesis de que “[...] en varias ocasiones la comunidad afrocolombiana ha estado cerca de llevarse la corona... pero ni todas medidas, ni todas las estructuras de cabello,

¹⁶⁰ Mujer blanca, desplazada de Villa Gómez y residente en Caracolí. Entrevista realizada en Caracolí, el 14 de mayo de 2011.

¹⁶¹ Edgar, hombre blanco, habitante de Tres Esquinas y trabajador de una empresa de seguridad. Entrevista realizada en Tres Esquinas, el 17 de septiembre de 2011.

ni todos los colores son válidos. No valen. No valen las narices chatas. Estas se reservan para el boxeo” (Angulo, 1999: 293-294).¹⁶²

Otra taxonomía fundada en lo físico digna de consideración es aquella que se refiere a los pies. El negro caracorobleño se define, entre otros, como un individuo de un pie grande. Él posee un pie fuera de serie, un pie que destroza todo lo que encuentra por el camino y que, difícilmente, se puede acoplar en un zapato. En palabras de Angélica: “Los negros aquí tienen unas patas pero bien grandes, y uno dice ‘Dios mío, qué gente’. Y a uno le da mucho miedo que lo pisen, porque así, no, te mata así de una. Eso sí, son unos patones, y no hay nada que hacer”.

4.3. Un sujeto sexualizado y erotizado

Significante acaba siendo también la representación del negro desplazado en Caracolí-Robles basada en la sexualidad. Los negros desplazados en Caracolí-Robles aparecen como gente sexualmente anormal, como gente sexualmente fuera de serie. “Los negros se vuelven apetitosos” –dirá Angélica-. “Con ellos no se puede jugar” –añadirá Ingrid-. Estamos aquí ante expresiones que evocan prejuicios morales. Pues el negro, además de ser el más feo y tener un pie grande, padece un desenfreno sexual, imagen que circula en muchas mentes y círculos caracorobleños, bogotanos y colombianos. En muchos lugares, al negro se le ha querido asociar el apetito y la insatisfacción sexual. Bastaría para ello con recordar y evocar el prototipo que se tiene del hombre negro en Colombia: Faustino Asprilla; personaje al que “cariñosamente” le llaman “Tino Asprilla”, o llana y sencillamente “Desatino”, como lo hace el *Noticiero NP& Con los Reencauchados*¹⁶³, y cuyo “miembro se convirtió en un mito [para las mujeres]” (Orrantía,

¹⁶² Pues en Colombia el negro se encuentra entre la espada y la pared porque la moral de la buena imagen que impera en muchos espacios no le permite muchas maniobras, incluyendo los espacios relacionados con el reinado de belleza (Rincón, 2006).

¹⁶³ Programa humorístico del Canal Caracol Televisión que funciona bajo la forma de parodia, y que se emite, en general, en los domingos después de las noticias de las 7 de la noche.

s.f.).¹⁶⁴ Estamos aquí ante un tabú sexual que es interiorizado por el propio negro quien suele decir “el negro es un viril y que, en cambio, él la tiene chiquita y arrugada” (Angulo, 1999: 258).

Pero un alto en el camino y una palabra sobre la sexualización del negro en Colombia en general, y en Bogotá en particular. Hablar de la sexualización del negro en Colombia y en Bogotá no resulta del todo ser algo nuevo. En muchos espacios capitalinos y colombianos se sexualiza, a lo mejor, se genitaliza al negro, se evoca al negro a la luz de su sexualidad, que, en general, se define como desenfrenada, imaginario que da pie a unas cuantas prácticas discriminatorias y deshumanizantes. En el caso de Bogotá, resultan ilustrativas las palabras de Luis Perea:

[...] a la mujer afrocolombiana se ve como símbolo sexual pero para maltratarla, es decir, abusar de ella en el sentido de ‘la llevo a la cama pero entonces la voy a agredir físicamente, la voy a [...]’, cuando me refiero ‘la voy’ es el otro, el que no es de pigmentación afrocolombiana; entonces, ese otro piensa que ‘la voy a agredir, la voy a tratar como un salvaje’, [con] el objetivo [...] [de] tener el máximo placer a costa de ella. Para los hombres también, los hombres tienen como símbolo sexual [al negro], inclusive en el ámbito escolar, nosotros observamos que los muchachos mencionan que ‘uy, me tocó un negro que tiene un aparato genital bastante grande’ ese es el imaginario que se tiene [de la gente negra] (citado en Mosquera y Rodríguez, 2009: 753).¹⁶⁵

Aquí “la sexualidad de los negros y negras [...] [acaba siendo sinónimo de] salvajismo, erotismo a flote de piel y potencia sexual” (Mosquera, 2010: 302). También es común en Bogotá oír hablarse del negro como “caliente”, un infiel, promiscuo y desviado sexual, como un individuo con desorden erótico-afectivo, pues vive dominado por los bajos instintos. A la mujer negra se le atribuye un exotismo corporal y se le define como alguien sin tabú sexual. Además de voluptuosas, las mujeres negras se conciben como buenas amantes, como personas ligadas al placer y la satisfacción sexual –como se cree que lo son todos los negros-. De ellas se habla como

¹⁶⁴ Para algunos, “el ‘Tino’ es la encarnación de la picardía, la coquetería y la sensualidad [...] Un conquistador dentro y fuera de la cancha, que vence la resistencia de porteros y de porteras del corazón como Lizette Mahecha, Lady Noriega o Paula Jaramillo” (Angulo, 1999: 141). Teniendo en cuenta eso, se podría decir que lo que hace Ingrid y Angélica es apenas evocar algo común, algo recurrente entre nosotros; es evocar prejuicios que pululan y se actualizan en muchos espacios colombianos, prejuicios que se constituyen en instrumentos esencializantes y naturalizantes para construir y evocar la otredad negra en Colombia.

¹⁶⁵ Apoyándonos en Fanon, podríamos decir que se trata de un imaginario que hace que el negro sea un juguete en las manos del blanco.

de “perras calientes”, de “magas del amor” y de “niñas diablas”, perras y niñas de grandes caderas, perras y niñas sexuales y hábiles en los movimientos, elemento que las hace seductoras eróticamente (Angulo, 1999; Meza, 2003; Rodríguez Peláez, 2004; Ssimbwa, 2011); realidad que nos recuerda la tesis de Fanon, en el sentido de que la “gente blanca parece estar obsesionada con la sexualidad de la gente” (citado en Red Nacional de Mujeres Afrocolombianas, 2008: 162).¹⁶⁶ En este escenario no faltan los que ven el cuerpo de la mujer negra como algo más erótico y placentero que racional y como una mercancía o fuente de rentabilidad, como un recipiente de la memoria cultural y vehículo de reproducción, como fuente de placer y objeto susceptible de regulación, control y dominación (Ssimbwa, 2011).

4.4. Un sujeto atravesado por la bulla

Los negros desplazados en Caracolí-Robles se representan también a la luz de la mala conducta. Aquí la anormalidad conductual está relacionada sobre todo con la bulla.¹⁶⁷ Para Eulalia, “los negros son muy bulliciosos, mucha música; música, música, música; música que no se entiende, nada; son como locos; ponen todos estos bafles; no se entiende nada”; idea compartida por Filomena, quien anota: “Hay unos [negros] que son altaneros, muy bulliciosos. Son muy bulliciosos. Colocan la música, porque ellos creen que uno debe escuchar la música; ellos creen que uno debe saber lo que hacen; pero no, tampoco, de ninguna manera”.

Según lo citado en las líneas precedentes, el negro desplazado en Caracolí-Robles parece estar fuera de sí, parece dejarse arrebatarse por la locura; es como si él no tuviera control de sí mismo, como si no estuviera en condiciones de interiorizar y aplicar los buenos principios que deben regir las experiencias culturales. Este es el sujeto negro, un sujeto culturalmente desviado, culturalmente incapaz de medición y control; un sujeto que apenas se deja arrebatarse por la bulla, y no por la apreciación e interiorización armoniosa de la música, una vez que lo que escucha no

¹⁶⁶ En Colombia se escuchan aseveraciones erotizadas sobre la mujer negra como la de que “a mí me gustan mucho las negras en la cama” (Angulo, 1999: 259).

¹⁶⁷ En algunos contextos, la desviación conductual negra caracoleña aparece relacionada con el baile. al respecto, anota Ingrid: “Esa gente sí, baila por todo. Los negros bailan, ay mucha bulla. Bailan en todo, hasta en la propaganda; bailan hasta la propaganda”.

se entiende, tampoco se controla artísticamente; un sujeto incivilizado e incapaz de respetar el espacio y la autonomía del otro diferente, que desarrolla y alberga prácticas culturales escandalosas y problemáticas.

La bulla entre los negros desplazados en Caracolí-Robles irrumpe como algo de difícil enfrentamiento, puesto que ella se puede dar a cualquier hora, incluso durante la noche, y puede presuponer el empleo de varios elementos considerados malos. Filomena refiriéndose al caso, observa: “Los negros ponen mucha música. Eso de media noche, se escuchan los madrazos, de todo, balas, gritos, ja, mejor dicho, de todo; y eso le da uno miedo. Y es tremendo, porque esa cosa es de todos. Allí están los hombres, están las mujeres y los niños. Ja, no, la cosa es tremenda”.

La dificultad del enfrentamiento de la bulla de los desplazados en Caracolí-Robles resulta también del hecho de que el desplazado en sí no reconoce el fenómeno como un problema, como algo anormal que habría que solucionar. Para él, la música es, a la inversa, algo vital, como bien lo evidencia Galindo:

Para nosotros la música es importante. Ella nos identifica, ella nos ofrece una identidad cultural. [Además] la música nos da un nombre, nombre, nos da una distinción y también nos relaciona con cosas buenas. La música ayuda mucho a los jóvenes a buscar cosas buenas y hacer cosas buenas. Eso sí, ayuda a muchos a descubrir que este no es el camino. Hasta los que se llaman “la Ley”, aunque, entre comillas, porque en realidad no son ley, ellos dicen: ‘Ahh, estos trabajan con el prof.’ [por ende, no son gente mala] y no hacen nada, pues saben que hacemos cosas buenas, cosas que no le hacen daño a nadie, porque nosotros apenas aquí con nuestro baile, nuestra danza, nuestra musiquita.¹⁶⁸

Tampoco faltan en Caracolí-Robles los negros que asumen la música y su estilo de vida como algo que los caracteriza y los distingue. Un ejemplo de ellos lo constituye Bonifacio, que observa:

Aquí el negro tiene su propia identidad, eso sí, nadie lo confunde. Nosotros tenemos nuestra cultura, nuestra rumba y nuestras fiestas. Aquí el negro, Dios mío, la gente lo reconoce así de primera, eso por su cultura, por su música, claro, a veces se dice también por la bulla esa. Pero yo no creo, yo no creo que sea bulla, que la bulla sea mala. O sea, nosotros tenemos esta

¹⁶⁸ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

chispa de la alegría, de la espontaneidad. Y como desplazados, traemos toda es vaina con nosotros, y ahí dele. Nosotros nos caracterizamos por el baile, el peinado sobre todo de, ¿cómo se dice? trenzas. También el modo de hablar, así rápido y a veces dicen que comemos palabritas, no ría. Y las fiesta, ni hablar. Aquí celebramos el San Pachito, y eso se vuelve, Ave María, puro Chocó. Y nosotros buscamos infundir [en los demás] nuestra cultura. Y todo eso me hace sentir muy feliz, muy contento, muy orgulloso de mi raza. Por eso sí, pura arrechera¹⁶⁹. Yo me siento muy feliz con lo que soy, aunque haya discriminación. Yo creo que Dios nos quiso así, negros, por tanto uno debe ver esto con mucha alegría. Pero hay gente que no está contenta con su vida. Yo me acuerdo de un pelao [que] me decía que quería ser negro, y yo le dije que no era necesario, porque eso significa que no está contento con su vida; y uno no debe ser así; cada uno como es, sin querer ser otro, ser otra persona.¹⁷⁰

Y para gente como Bonifacio, la música resulta ser algo irrenunciable, algo que se busca preservar a toda costa. Anota él:

Nosotros somos muy rumberos; eso cuando se prende, que vaina. La música para nosotros es sagrada, esa sí, mi país¹⁷¹. Mira, la gente llama eso [la Calle 19] *chococito*, porque dicen que ahí es donde los negros rumbeamos. Este barrio es mismo negro; la cultura y la étnica puro afro, sí, chévere, eso, aquello. Pero la música, ja, nos ha traído mucho problema, porque a la gente no le gusta. Ellos se quejan que hacemos mucha bulla. Pero nosotros le decimos que ‘paila, que les toca aceptarnos, porque si no’. Pero ellos se resisten, y a veces nos ha tocado enfrentarlos violentamente, con machete, fierro y todo; los enfrentamos y colaboramos con la ley. No, aquí en el barrio la música causa muchos problemas, da dolores de cabeza. Y, pues sí, entonces qué, toca por las malas. A nosotros no nos importa; somos afro; si no les gusta, que se vayan. La gente nos dice: ‘súbale’. [También] ellos son amargaditos.¹⁷²

Pero no toda la bulla de los negros desplazados en Caracolí-Robles tiene el mismo calibre. Hay unos que son más bulliciosos que otros. Pues, “los del Chocó son los más bulliciosos, los del Chocó; son muy peleones, muy alzados y metidos; gente difícil” –asegura Edgar-. La acentuación

¹⁶⁹ Según Jair, en el mundo costeño colombiano, dos son los significados del término *arrechera*. Por un lado, se refiere a la persona sensual, y por el otro, evoca la alegría (Jair, joven negro estudiante de Bolívar y habitante de Ciudad Jardín Sur. Entrevista realizada en Santa Isabel, el 27 de julio de 2011).

¹⁷⁰ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

¹⁷¹ Bonifacio usa el término “mi país” como sinónimo de “paisano”.

¹⁷² Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

de la bulla del chocoano es percibida también por los propios negros.¹⁷³ Al respecto, señala Judith:

Allá [en la calle 19] hay mucha bulla, sobre todo, los chocoanos. Ay, Dios mío; esos chocoanos, esos que vienen de Chocó, de Quibdó, de Buenaventura, de Guapi y de Tumaco, oh Dios mío, son muy problemáticos. Ellos tienen su cultura. Los costeños, peor. Nosotros estamos aparte porque somos de Antioquia. Pero vamos cogiendo su cultura. Los más bulliciosos son los del Chocó, de Quibdó, Tumaco, Guapi, y sobre todo los costeños; estos que sí, hacen mucha bulla. Hablan duro y la música en alto volumen. Ellos también son violentos, muy violentos. Ellos toman y se matan. Pero nos acostumbramos un poco de ellos, pero no vamos allá. A veces cuando hay reunión o un mandato. Y hasta ahí.¹⁷⁴

Idea compartida por Galindo, quien observa:

La gente piensa que el chocoano hace mucha bulla. Nosotros tenemos mucha fama y la gente se queja mucho de nosotros. Usted escucha decir: “Que chino, que no me grites, porque esto no me gusta, me fastidia”. Pero es verdad, eso de [la] bulla. Pues no hay que negar, los chocoanos somos muy bulliciosos, la bulla la tenemos en la sangre. Ahora lo importante es mermar la bulla, no perjudicar a nadie, buscar equilibrar las cosas, pero respetándonos todos, ellos y nosotros, porque a veces ellos quieren imponer lo que quieren, y no, no puede ser así; nosotros también tenemos derechos, y no solamente ellos. Nos toca hacer acuerdos, aunque sean pequeños, porque solamente así podremos vivir en paz, sin molestar a nadie; claro, sin perjuicios.¹⁷⁵

En los pasajes antes referidos se descubre la asociación que se hace entre la bulla y la violencia. El negro desplazado que habita la Calle 19, además de bullicioso, es violento. Por tanto, se trata de un sujeto doblemente violento¹⁷⁶, violento en la música y violento en el derramamiento de la

¹⁷³ Las fisuras entre los negros también se perciben a nivel organizativo. “Digamos que ellos [los integrantes de Afrodes] pelean, porque ellos, los jefes, por allá, mandan la plata y queda para ellos. Y así hacen ellos, ellos están bien y uno bien jodido, fregando. Ellos allá en sus barrios, en los Estados Unidos” (Judith).

¹⁷⁴ Entrevistada en Caracolí, el 4 de mayo de 2011.

¹⁷⁵ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

¹⁷⁶ Se trata, al decir de Filomena, de una violencia que proviene de múltiples sujetos, incluyendo las propias mujeres y niños: “Para mí, las mujeres (negras) son muy agresivas. Uno ha visto que cuando uno va a una escuela se hacen como las que se la saben todo. Echan madrazos, y eso. [También] hay unos niños muy altaneros, pero son niños; porque los papás no los educan. [Pero] yo no digo que todos son malos, no. A veces por uno pagan todos”.

sangre. Pero, ¿por qué esta violencia? Otoniel encuentra muchos elementos que están en el origen de la violencia del negro desplazado en Caracolí-Robles. En aquel sector hay

[...] conflictos, porque el negro en sí guarda mucho rencor, es explosivo; [además] no quiere que lo negreen. El negro no acepta que le digan negro, [porque] uno sabe cuando lo tratan con cariño. [A veces] dicen negro como repugnancia. Cuando hay pelea, preguntan: fue un negro; ellos se ríen: ¡ay que bueno!; es como si no les doliera. Para ellos nada, los negros no son importantes. Aquí también dicen que los negros son brujos, que son hechiceros. Mucha mentira. Ellos ven muy mal a los negros. Dicen así, que son brujos, que hacen la maldad. [Por lo demás] hay mucha discriminación. A veces hay trabajo por acá, pero por ser negro no lo llevan a trabajar. ¿Me entiendes? Mejor dicho, por ser negro, aquí en el barrio, y por ser de Ciudad Bolívar, en otros lugares, ¿me entiendes?

Retomando el tema relacionado con la bulla negra, habría que señalar que no faltan, en los barrios aledaños a Caracolí-Robles, los que asumen la bulla como algo “normal”, como algo constitutivo en la vida del negro, una realidad cuya ausencia no deja de causar asombro y desconcierto. Adrianita¹⁷⁷, refiriéndose a sus inquilinos, anota: “Ellos no hacen bulla, no les gusta la bulla; es como si no fueran negros; son otros negros. Con ellos uno no sabe qué decir, porque, de verdad, no, no hacen bulla. Ellos son de Tumaco, los de Tumaco no son bulliciosos”. Lo cual hace pensar que la bulla no sea algo esencial, algo constitutivo del negro; o que el negro sea capaz de vulneración, incluso, de lo más característico y sagrado que pueda ser, como lo podría ser la bulla.

Para algunos, el carácter perverso de la conducta negra es algo que se transmite generacionalmente. El mal ejemplo de los padres afecta decidida y negativamente a los hijos, como lo señala Angélica: “Esas niñas [negras] aprenden de [sus] mamás que ni se ponen los calzones” (en alusión a los vestidos cortos que trae la mayoría de las jóvenes negras desplazadas en Caracolí-Robles). Aquí los progenitores acaban siendo la causa primera de la conducta de los hijos, acaban siendo los primeros responsables de los problemas que ocurren con los hijos.

No sobra señalar que la asociación de la bulla al negro, en concreto, al negro costeño, evoca algunos mitos recurrentes en nuestra urbe. En Bogotá, casos sobran que dan a conocer

¹⁷⁷ Mujer blanca, empleada manufacturera y habitante de Tres Esquinas. Entrevista realizada en Tres Esquinas, el 7 de mayo de 2011.

discriminaciones que padecen poblaciones costeñas con relación a su ubicación. Son muchos los que se rehúsan valiente y decididamente a arrendarles sus casas o apartamentos a personas que proceden de la costa por el simple hecho de pensar que son bulliciosas. Asimismo, se descubren historias de quejas y pugnas entre vecinos fundadas en supuestas prácticas bulliciosas de poblaciones costeñas, prácticas que se creen que se relacionan con el amor a la música, con la fiesta, el ruido, el escándalo y la aglomeración.¹⁷⁸ Al respecto, resulta dicente el testimonio de Yonatan, quien sostiene: Pues “Hay personas muy racistas por [aquí] [...] Por la cuadra de allí, hay un letrero donde dice: ‘se arrienda apartamento sin niños y menos para costeños’” (citado en Mosquera y Rodríguez, 2009: 685).

Por tanto, apuntar al costeño como el más bullicioso de Caracolí-Robles no resulta del todo algo novedoso. Significa, al contrario, evocar imaginarios que proliferan y pululan portentosamente en nuestra urbe, imaginarios que no pocas veces acaban instaurando regímenes sociales alérgicos y contrarios a los costeños; regímenes sociales que no solo fragmentan a las personas (eso según la geografía física), sino que también propician y “toleran” prácticas discriminatorias que privilegian y benefician a algunos (los que no son costeños) en detrimento de otros (los costeños).

Con lo dicho hasta ahora, queda claro que se pueden establecer distinciones entre los desplazados caracorroleños, pues no todos son “iguales” (si es verdad que hay gente igual), no todos presentan el mismo nivel de problematicidad. Sólo los negros son “natural” y “esencialmente” los más problemáticos, los doblemente maldecidos, porque, además de ser víctimas del desplazamiento, son “naturalmente” víctimas (¡y eso en grado mayor!) de desequilibrios conductuales, de problemas comportamentales. En ello, cabría suponer que debido a su carácter, el negro desplazado en Caracolí-Robles abre para sí una tumba, abre para sí un abismo que lo separa de los demás, sobre todo de los más precavidos, porque lo lógico sería que nadie se expusiera a un peligro tan evidente y manifiesto, a una fierra indomable que se mantiene armada y siempre lista para devorar.

Estamos aquí ante negros que, palabras más, palabras menos, podrían muy bien integrar la lista de los negros que a lo largo y ancho de Colombia se convierten en potenciales vulneradores de

¹⁷⁸ Además de eso, a los costeños también se les asocia la falta de aseo.

los derechos de las personas blanco-mestizas pobres que habitan en los barrios pobres; ello debido a la agresividad, la violencia y perturbación que representan sus prácticas culturales. Se trata de gente que está fuera de lugar, que está donde no debía estar, y gente a la que se le niega sus particularidades geográficas y culturales; gente cuya raza permite establecer valores y regulaciones sociales, e inspirar conflictos que condicionan las prácticas e interacciones sociales (Mosquera y León Díaz, 2009; Mosquera y Rodríguez, 2009).

Y el peligro que representan los negros en Caracolí-Robles parece resultar muy desafiante, por el hecho de que el negro desplazado en Caracolí-Robles es muy solidario.¹⁷⁹ Se trata de una práctica (la de la solidaridad) que se evidencia con toda su fuerza y esplendor en los momentos de conflicto. Al respecto, resultan iluminadoras las palabras de Rosario:

El año pasado se agarraron dos negritos, mejor dicho, fue difícil, se agarraron, se dieron botellas. Ni el ejército pudo separarlos. Mejor dicho, fue necesario llegar el ejército, la SIJIN, mejor dicho, toda la policía; [y] cuando se [arma un problema que involucra a los negros], hay Dios bendito, no sé de dónde sale esa gente de esa raza, [...] llenan todo eso, [se] ve por todo lado a esa gente.¹⁸⁰

El negro que aparece en estos registros inspira no pocas estrategias de control. Ante todo, inspira estrategias ancladas en la mentira y la evasión, mecanismos que hacen posible la exclusión y el distanciamiento, la inclusión abstracta y la exclusión concreta. Al respecto, resulta elocuente el testimonio de Adrianita: “Yo no quería recibirlos allí en mi casa [a los negros que ahora están viviendo allí], no, no quería arrendarles la casa. Ellos venían y yo me escondía y decía que les dijeran que no estaba en la casa. Pero ellos insistieron, insistieron mucho; vinieron tantas veces, insistieron tanto, que les acepté”. La evasión también es adopta como estrategia de gobierno por Filomena. Asegura ella: “No, yo no les arriendo, porque ellos son destrozones y panchagueros. Ellos destrozan todo lo que encuentran. Son destrozones. No digo que todos; pero yo los tengo bien lejito”. La distancia también media las relaciones que entabla Emilia con los negros desplazados en Caracolí-Robles: “Yo con ellos, nada; nunca me acerco a ellos”.

¹⁷⁹ Aquí irrumpe otro imaginario que se tiene de las poblaciones desplazadas en Caracolí: *poblaciones solidarias*.

¹⁸⁰ Entrevistada en Jerusalén, el 6 de marzo de 2011.

El control de los negros desplazados en Caracolí-Robles también se ampara en la adopción de un *lenguaje políticamente correcto*, de ese lenguaje que hace parte de “las artes disfraz político” (Scott, citado en Bonilla, 2006: 166). En general, se nombra al negro bajo términos eufemísticos, bajo expresiones familiares, y muchas veces estableciendo una cierta distancia, pues el afán por usar un lenguaje que no ofenda y hiera al otro, siempre se evade al cercano, al que se halla al lado, y se apela al lejano, aunque éste guarde similitudes con el que se halla al lado.¹⁸¹ “En Caracolí-Robles la gente no los llama ‘negros’ [a los negros] para no entrar en problemas. [Los llaman más bien] ‘moreno’¹⁸², si es hombre, o ‘morena’, si es mujer, o también ‘vecino’ o ‘vecina’, pues para evitar problemas, porque hay negros que no quieren que los llamen negros” – señala Ingrid-. Además de los términos “moreno” y “vecino”, se emplean las expresiones “Niche”¹⁸³, “gente de color” y “trigueño” para evocar y referirse al negro desplazado en Caracolí-Robles.

4.5. Un sujeto violento y antihigiénico

En Caracolí-Robles no faltan los que representan a los negros desplazados en aquellos barrios con base en la higiene. Se trata en general de personas que asocian al negro a la falta de higiene. En Caracolí-Robles

¹⁸¹ Con relación a eso, resulta ilustrativo algo que me pasó en esta vasta y anónima Bogotá. Estaba yo conversando con una señora ya de edad, cuando, en un abrir y cerrar de ojos, reventó: “Yo quiero [y casi tocando en la piel de mi mano derecha] a los negritos africanos; ellos son muy lindos, muy hermosos ¡Ahh, que gente! Pero [con cara seria] me fastidian los morenos colombianos; son muy mala gente; esos sí, que son tremendos”.

¹⁸² “El término moreno es frecuente en Colombia y se refiere en general a individuos cuya pigmentación y rasgos físicos tienen elementos de negro, pero también ha sido vocablo cortés cuando se supone que el interlocutor se ofendería si se hiciera referencia a él como negro [...]” (Friedemann, citada en Angulo, 1999: 16).

¹⁸³ Con éste término se asocia, a veces, el negro al grupo caleño de música que se llamó “Niche”, grupo que tuvo alguna vez un gran impacto y mucho éxito en y fuera de Colombia, grupo que aportó a la consolidación del sonido colombiano de la salsa, y que, junto con la Orquesta Guayacán, trabajó y permitió el posicionamiento y reconocimiento de Cali como la capital mundial de la salsa (Cifuentes Rubiano, 2005: 44). Pero otras veces, el término sirve para mostrar la falta de higiene en el negro. Dice Piedrita (joven estudiante de bachillerato, que habita el barrio de Tres Esquinas, a quien entrevisté el 6 de mayo de 2011): “Los negros son Niches: ni se bañan, ni se peinan”.

Hay gente que piensa que los negros son malolientes, que huelen horrible, que huelen a chucha, a llanta quemada. Se cree que [ellos] huelen mal, que tienen miedo del agua, del agua fría. Esa gente, sí. [También] la gente cree que ellos son peleones, ladrones. Los negros son peleones, muy peleones. Cuando se pegan, ¡ay qué miedo! Ni la policía se arrima, porque la cosa se pone difícil. Ellos son muy problemáticos, todos, hombres, mujeres y niños. Las mujeres pelean, sí que pelean con todos, entre ellos, con vecinos y todo el mundo. ¿Niños? Ja, ni pensar. Estos sí que pelean. Cuando pelean usan cuchillos, hasta machetes. Esa gente, je. Los negros atracan, y mucho. Aquí en el barrio, je.¹⁸⁴

Palabras que caen como un anillo en el dedo para María Eduarda¹⁸⁵, quien asegura que el negro no se baña ni se peina. Estamos aquí frente testimonios que nos ponen de lleno ante la realidad de la asociación del negro a la falta de higiene, un problema tan antiguo en Colombia como la propia historia republicana del país. Pues ha sido muy recurrente en el país la asociación del negro a lo malo, incluyendo la propia falta de higiene. Ha sido muy recurrente en Colombia ver y sentir en el negro el mal olor que resulta de su propio cuerpo y de su propia vestimenta. Y muchos han sido y son los colombianos que confiesan en plena luz del día, en público y en privado, que los negros les dan asco les desconciertan, por lo que, en la presencia de éstos, se mantienen con la boca y la nariz tapadas o volteadas hacia otra dirección; todo eso para evadir y combatir el “chorro de humo” que representa el negro.

Los negros antes descritos parecen integrar la lista de los colombianos que aún no han entrado en la modernidad, la lista de éstos colombianos que aún no han integrado el mundo civilizado. Porque la modernización de Colombia y, por extensión, de los colombianos, ha presupuesto, entre otros, el empleo de la higiene y la superación de la violencia; ha presupuesto la interiorización de las buenas maneras y la apuesta por caminos pacíficos en la solución de los conflictos, herramientas que se han puesto al servicio del combate a la animalidad en el ser humano (Castro-Gómez, 2009 y 2007). Al contrario, el negro que aparece en estas líneas es un negro incapaz de lidiar con su propio cuerpo y con sus propios instintos, incapaz de desafiar el

¹⁸⁴ Ingrid, entrevistada en Caracolí, el 14 de mayo de 2011.

¹⁸⁵ Joven blanca estudiante de colegio. Entrevista realizada en Caracolí, el 7 de mayo de 2011.

frío que caracteriza a Caracolí-Robles y de desafiar sus tendencias violentas; en una sola palabra, un negro en estrecha relación con lo malo, lo desviado y lo anormal.¹⁸⁶

Además, los negros antes descritos parecen integrar la lista de los negros que en esta vasta Colombia continúan viviendo en los tiempos de la trata, de esos negros que viven vendiéndose por centavos, que siguen trabajando “como negros” y metiéndose tranquilamente en la mierda de la vaca; de esos negros a los que no se les tiene que comprar dotación alguna, puesto que su cuerpo, su piel ya está sucia, puesto que su cuerpo puede muy bien camuflarse con el barro y la mierda de la vaca. Los negros antes descritos parecen integrar la lista de esos negros que representan un peligro para Colombia; parecen integrar la lista de esos negros que en Colombia constituyen el gran grueso de ladrones, desadaptados y resentidos sociales; de esos negros a los que se les dan algunas moditas para que puedan comer y bañarse porque huelen a mierda todo el día; de esos negros que se reproducen como animales y que van sembrando preocupación en no pocos colombianos porque algún día el país podrá llegar a ser un país de negros; de esos simios que apenas se dedican a robar y a violar; de esos negros colombianos a los que se les cierran las puertas de los lugares de diversión porque lo único que saben hacer es robar y armar peleas; de esos negros colombianos territoriales que odian a morir al blanco; de esos negros culisacados que solamente saben aumentar irresponsablemente la población; de esos negros que en nombre de la pereza no se instruyen, no se educan ni se forman; de esos negros que apenas pueden sobrevivir del deporte y de la música; de esos negros que apenas pueden correr por ladrón, leer un periódico por desempleado, desnudarse por miseria y portar un traje y un maletín por narcotraficante; de esos negros limosneros, rumberos, irresponsables, corruptos y mañosos que pululan por las calles colombianas con hijos barrigones y mocosos; de esos negros cuyo lado femenino lo constituyen unas perras inmundas; de esos negros que en Colombia son la verdadera causa de su miseria y constituyen una plaga nacional; de esas ratas que migran a las ciudades apenas para atracar y violar; de esos chimpancés que se distinguen entre negros de alma y negros de mierda; de esos pobres simios colombianos que apenas pueden vivir del futbol o ejercitándose como coimes; de esas gorilas corruptas, racistas y agresivas que viven en el delirio de persecución; de esas ratas

¹⁸⁶ Pero este negro es capaz también de evocar a los de las otras razas con base en la higiene. “Ahh, los negros hablan siempre mal de los blancos¹⁸⁶. Dicen que no se bañan, que son cochinos, que tienen miedo del agua, que no saben cocinar, que son malos, mucha cosa” –declara Ingrid-.

torpes, ladinas, inútiles e incapaces de dirección que carecen de cerebro, de pelotas y de dignidad; de esas plagas raperas y apartamenteras que apenas terminan el bachillerato para manejar el bus; de esa cizaña que en Bogotá se dedica al ruido, a la delincuencia y la vagancia y que desplaza a los demás en las asistencias gubernamentales; de esos sujetos cuya existencia apenas se justifica en Colombia por su rol de materia prima y de fuente de diversión; de ese animal que apenas se distingue del gorila por la mirada astuta de éste; de esos pobres resentidos que la pasan vendiendo cocada, chontaduro y naranjas en los semáforos; de esa negramenta a la que se puede dirigir toda suerte de palabras soeces; de esos corronchos que en Bogotá encabezan las listas de los malhechos y que habrá que sacarlos de la ciudad; de esos negros violentos y perezosos que son la causa del subdesarrollo de Colombia; de esa manada de negros que apenas la pasa haciendo trenzas y que vive literalmente como animal y se reproduce como conejo; de esos negros que hacen que Bogotá se deteriore; de esos negros que nunca se ven en un trabajo serio y que los que llegan a grados altos lo logran por corrupción y terminan en la guandoca por ratas e inhabilitados; de esos negros que hacen que el país del Sagrado Corazón esté llevado de la desgracia y que su selección sea como de Haití; de esos negros flojos en el trabajo que constituyen un problema social para el país del Divino Niño; de esos negros que, al pasar la vida rumbeando, hacen del país de la Virgen de los sicarios un paraíso de la mendicidad y de la delincuencia.¹⁸⁷

Sí, parecen integrar la lista de esos negros que en la idiosincrasia criolla son sinónimo de salvajismo, de suciedad, tragedia e ilegalidad; de esos negros que en los chistes aparecen relacionados con lo malo, lo bruto y lo feo; de esos negros que se creen susceptibles y acomplejados; de esos negros en los que lo bueno resulta ser una excepción; de esos negros a los que la prensa refiere como caníbales; de esos negros que se creen que siempre la embarran; de esos negros a los que les cierran las puertas a la política porque se creen chiquitos, feítos y negritos; y de esos negros que son evocados bajo la expresión “bestia negra” (Angulo, 1999).

¹⁸⁷ Información sacada de los comentarios a los artículos “En Bogotá viven tantos afro como en Quibdó, revela informe de Naciones Unidas” y “Este miércoles el presidente Santos sanciona ley antidiscriminación”, de El Tiempo.

4.6. Un sujeto identificable con la música

“Que pueblo es este que al sonido del tumbao y del toque del tambor, canta y baila su lamento y su dolor [...]”

Maricel Mena López (2008: 133).

Uno de los elementos de que se sirven algunos caracorroleños y habitantes de los barrios aledaños para representar y evocar al negro desplazado en Caracolí es la música. Aquí se establece una relación identitaria necesaria entre el negro y la música. Muchos hablan del negro desplazado como un sujeto por naturaleza de música, como un sujeto por naturaleza de baile. Para Angélica, “los negros bailan por cualquier cosa y bailan bien. Ellos tienen la música en la sangre, la tienen bien ahí”. Para Epifanio, la música resulta ser lo más bueno y divertido de los negros en aquellos barrios. “Ellos cuando bailan, Dios mío, eso se ve lindo, porque esta gente baile. Ellos, pero todos, mueven excelentemente la cadera, niños, jóvenes y adultos; eso es de todos. Pero es una bacanería”. Y aquí la pregunta que habría que formular sería aquella que inquirese por la esencialización del negro con relación a la música. ¿Es el negro desplazado en Caracolí-Robles un ser por naturaleza dado a la música? ¿Están inscritas en este negro las disposiciones al baile?

Frente al interrogante antes formulado, habría que señalar que tres son las formas de ver la relación entre el negro y la música. Ante todo, está la forma de aquellos que encuentran una relación necesaria entre el negro y la música, como lo es la forma adoptada Angélica y Epifanio, forma que encuentra acogida en otros colombianos.¹⁸⁸ Estamos aquí ante una postura que, a nuestro parecer, es dañina. La juzgamos dañina porque políticamente ella ha hecho y hace mucho daño. La asociación necesaria entre el negro y el baile ha hecho que el negro se vea arrinconado apenas en lo musical, que a él apenas se le abra las puertas para música, y nada más. Prueba de eso son las invitaciones de muchos grupos negros caracorroleños en el sentido que vayan a presentar sus danzas y cantos en instituciones sociales y educativas. Se trata de prácticas que en sí

¹⁸⁸ Es común en Colombia asociar al negro la música. Expresiones como la de que “es que los negros llevan la danza y la música en la sangre” (Tavera, 2005: 63) resultan muy comunes en el territorio nacional. También son comunes los colombianos que ven a los negros con “[...] ‘condiciones innatas’ para bailar, tocar instrumentos y practicar deportes” (Angulo, 1999: 16-17).

resultan importantes, pero poco trascendentes. Además, ellas evocan y actualizan viejos mitos e imaginarios que a lo largo de la historia colombiana han confinado al negro a la esfera del ocio y de la diversión.

Por lo demás, la identificación necesaria entre el negro y la música resulta dañina porque hace de la cultura algo natural y esencial, idea que juzgamos errónea, y en lo peor de los casos, errada, porque para nosotros la música es un hecho social e histórico, un hecho condicionado espacio y temporalmente.

La segunda forma se podría considerar como el extremo opuesto de la primera forma. Se trata de la forma de aquellos que creen y defienden que no hay una relación necesaria entre el negro desplazado en Caracolí-Robles y la música. Para los defensores de esta postura la música, el baile del negro desplazado en Caracolí-Robles es fruto de aprendizaje, fruto de una *techné* recibida y enseñada. Toman como ejemplo acá los casos de Edgar y Bonifacio. Edgar es incisivo a la hora de defender su postura. Señala él:

Yo no creo en eso, que los negros sean los mejores bailarines o que tengan la música en la sangre. Eso depende de la disposición, de la voluntad; es cuestión de aprender, la música se aprende. Mira, yo conozco negros que baile y cantan mal, y gente blanca que lo hace muy bien. No, me parece una mentira. Esa cosa del gusto y de la disposición. Todos podemos aprender y podemos bailar muy bien.¹⁸⁹

Ideas que encuentran eco en las palabras de Bonifacio, quien sostiene: “Yo creo que no hay nadie que nace sabiendo el baile; todo se aprende. Yo creo que el movimiento se hace, no nace. Hoy la música es muy popular; usted ve y oye a cantantes de todo tipo, porque ahí están en la televisión y porque hay muchas presentaciones en los colegios”.¹⁹⁰ Se trata de una postura que definimos y asumimos como la más correcta y acertada, por el hecho de que ella evidencia con todo su esplendor el carácter social e histórico de la música.

¹⁸⁹ Entrevistado en Tres Esquinas, el 17 de septiembre de 2011.

¹⁹⁰ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

Y en tercer y último lugar, está aquella forma de ver la relación entre negro desplazado en Caracolí-Robles que se puede asumir como intermediaria. Ella define y asume esta relación como algo a la vez connatural y aprendido por el negro. Y el ejemplo que tomamos aquí es el de Galindo. Para él la música del negro desplazado en Caracolí-Robles resulta tanto de la propia naturaleza, de la propia disposición natural y de los procesos de aprendizaje.

¿Qué? ¿Qué si nosotros somos por naturaleza gente de música? Que le digo, pues que nosotros somos de una familia folclórica, sin duda, somos de una familia folclórica. Pero estoy hablando de mi caso y de mi familia. El folclor en mi casa ha sido de tradición en tradición. Todos lo amamos mucho. Ah, es una cosa muy de nosotros. Esa cosa nos penetra hasta los huesos y la tenemos ahí quietico, ahí guardadito. ¿Cómo decirle? Sí, mucho folclor, y yo creo que por naturaleza nosotros somos del folclor. Y eso ha sido algo que se transmite y se va aprendiendo. Mi mamá fue una reina de folclor por allá en el Chocó. Ella cantaba y bailaba y hasta ahora continúa cantando. A ella le encanta el folclor. Después yo le seguí los pasos, como diciendo ‘ahí estoy; yo le sigo los pasos a mi mamá. Y ahora mi hermana le está dando duro, y todos estamos trabajando el folclor.¹⁹¹

Estamos aquí ante una postura medio ambigua, por el hecho de pautar por dos elementos, el de la naturaleza y el del aprendizaje. ¿Cuál enfatizar? ¿Y con cuál quedar? – preguntaríamos nosotros-. El problema habría que analizar con detenimiento y amplitud, ello con base y muchos ejemplos.

Sin embargo, la asociación naturalizada y esencializada entre el negro y la música presupone unas consecuencias funestas para el negro. Además de arrinconarlo a la música y al deporte, espacios a los que los negros acceden con más facilidad, le saca el carácter político de la cultura. Es verdad que más que diversión, el negro emplea la cultura como un medio político y emplea las prácticas políticas como una estrategia política. Se sirve de la música como medio de sensibilización y movilización, como medio de convocación y expresión, como medio de expresión de afectos, de modos de imaginar y significar, medio de construcción y de defensa de la identidad y de representación de la realidad. En general la cultura negra, la celebración negra está ligada a la propia vida, a la vida pasada, la vida presente y futura; esta vida vivida alegre y festivamente, a pesar de lo duro que ella significa y pueda significar. En general es el doloroso

¹⁹¹ Entrevistado en La Isla, el 23 de julio de 2011.

pasado¹⁹², el duro presente e incierto futuro el que inspira el canto y el baile, el que pone en movimiento el cuerpo y el espíritu, el que moviliza a la persona toda, individual y colectivamente, el que hace celebrar la propia vida y la propia historia, esta historia caracterizada por la erradicación y la explotación, por la lucha y la rebeldía, las cuales buscan rescatar la libertad y la dignidad (Mena López, 2008).

Pues una ojada atenta a la celebración afro deja entrever, ante todo, que se trata de una estrategia política. Más que de diversiones y relajaciones, en ella están en juego intereses políticos. La danza, el ritmo, la bulla, la alegría y el son del tambor son apenas vehículos de luchas políticas, económicas, sociales, culturales y religiosas, luchas poco valoradas, luchas objeto de indiferencia y desconfianza, luchas objeto de ignorancia y continua postergación. Con Andrade se podría decir que “los instrumentos musicales afrocolombianos están ligados de forma inseparable a la vida del pueblo, a su relación con Dios y a las relaciones sociales” (2010: 89).

Además de celebrar la vida y evocar lo espiritual, ellos denuncian prácticas racistas, marginadoras y excluyentes; denuncian la abstracta inclusión y la real exclusión de que son víctimas los pueblos afro en nuestro país y en el mundo entero. Además de comunicar la alegría, la adoración y la reverencia hacia lo divino, los instrumentos musicales afro se dirigen de manera frontal a la historia, esta historia que continúa siendo de unos cuantos avispados y pudientes, de unos cuantos que no saben erigir la vista hacia el otro y lo otro, hacia el diferente y lo diferente. Pues sí, la celebración se pone al servicio de la vida, al servicio de la lucha y de la resistencia. La propia música establece diferencias y produce sentimientos. Al respecto asegura Nelly:

Es que el pueblo afro encuentra en el canto una manera de desahogarse y comunicarse con sus semejantes, de allí que cuando alguna persona o comunidad compone una canción la mayoría de las veces lo hace para expresar múltiples sentimientos; estos pueden ser de protesta, dolor, esperanza, angustia, liberación, denuncia, alabanza, adoración y devoción, entre otros (Alba Nelly Mina, citada en Omuono, 2010: 37).¹⁹³

¹⁹² Al respecto, sostiene Maria Salette Joaquim: “Saberse Negra [o Negro] es vivir la experiencia de tener su identidad negada, pero también, es sobre todo, la experiencia de comprometerse a rescatar su historia y recrearse en su potencialidad” (citada en Mena López, 2008: 125). Se trata aquí de rescatar una historia en general dolorosa, caracterizada en muchos aspectos por la negación y la marginación; una historia tejida en un [...] contexto de *apartheid* social y religioso” (Pires, 1998: 23).

¹⁹³ Cabezas (2008) considera el canto como un llamado a la resistencia y un himno a la igualdad.

No menos importante para el afro acaba siendo el rol de la música en su relación con la memoria.

El afro asegura que

Al golpe de tambor, instrumento sagrado, evocamos los sueños y visiones de los antepasados [...] nuestras fiestas tribales, el contacto profundo con la tierra, sus bienes y sus males [...] La fuerza de la vida. En los días de fiesta cantábamos canciones; nuestras danzas eran ritmo, plegaria, invocaciones [...] Los esclavistas no sabían que en las noches de luna, al ritmo de tambor, con nostalgia infinita contábamos historias y así reconstruíamos parte de nuestra vida [...] (Prolongado toque de tambor citado en Murigi, 2010: 104).

La fiesta, la celebración juega también un papel importante en los nuevos contextos de la vida negra. El duro y adverso ambiente que caracteriza a las diásporas negras colombianas se enfrenta con la alegría del canto, con la solemnidad del baile, con el característico e inconfundible olor de la comida y el ilimitado sabor de las bebidas.

En este sentido, la cultura vista desde la celebración surge como una forma de resistencia, resistencia cultural, moral y regional contra las fuerzas opresoras y subyugadoras; resistencia en nombre de la propia vida y de la de los demás, en nombre de la propia cultura, del propio bien y del bien del otro; resistencia muy similar a la cimarrona; resistencia al silencio y al anonimato; resistencia a la angustia y al sinsabor que se vive en muchas comunidades negras; resistencia a la precaución que en la mayoría de nuestros barrios se asume como regla de vida para hacerle frente al diferente y a lo diferente; resistencia al individualismo y la falta de pertenencia que se experimentan en muchos espacios por donde se mueve el negro; resistencia que pide identificarse como rebelde e irreverente, como alguien fuera de lugar que puede conllevar a la discriminación y la exclusión, como pasa con mucha gente negra en esta gran patria del Divino Niño, en esta tierra del Sagrado Corazón y de la “Virgen de los sicarios”, en esta república bicentenaria que aún no ha logrado reconciliarse del todo con sus hijos; en esta patria donde florecen y proliferan culturas caracterizadas por formas mixtas de dudas y certezas, de miedos y angustias, humanismos e inhumanismos.

4.7. Un sujeto territorializado

“El espacio no es un objeto científico separado de la ideología o de la política; siempre ha sido político y estratégico”
Lefebvre (citado en Vásquez, 2006: 127).

Algo significativo del negro desplazado en Caracolí-Robles es su territorialización. En aquel sector las poblaciones negras desplazadas tienen su centro, tienen su mundo: la “Calle 19”¹⁹⁴, porque unos y otros tienen aquella calle como epicentro de sus vidas, unos y otros tienen aquella calle como su mundo vital y punto de referencia obligatoria. Pero, ¿por qué este sector? – preguntamos nosotros-.

Varios son los factores que hacen de la “Calle 19” la calle de los negros. Ante todo, está la ubicación de los negros en aquel sector. Pues se cree que es en aquel espacio donde se halla la mayoría de los negros y sus infraestructuras. Al respecto, señala Myriam: “Ellos tienen discotecas [en aquel sector]. Esa calle [la 19] le dicen calle de los negros, porque viven muchos, viven hartos ahí; es que hay tantos”, una presencia que no pasa desapercibida para Ingrid, quien señala: “En esta calle hay mucho negro, a los montones, hartos negros, muchísimos negros. Si usted los quiere encontrar, vaya allá, eso, montones, así”.

En Caracolí-Robles y sus alrededores hablar de la “Calle 19” acaba significando para muchos hablar de la calle de los negros. Al respecto, señala Eulalia: “Yo creo que hay desplazados negros. Ellos viven allá en la calle de los negros, calle dulce. Es calle de los negros porque hay muchos negros. Calle de los Niches. A los negros les dicen Niches, Niches porque son negros”. Para Filomena aquella se llama “calle de los negros porque en aquella calle hay muchos negros, y es donde la bulla y toda esa cosa de ellos, los negros esos, [se ve y se escucha con toda la verriquera del caso]. Por allí se ven blancos, pero deben ser amigos de los negros”.

¹⁹⁴ Más que de una calle, se trata de un territorio ubicado junto a la carrera 31 de Soacha, en las mediaciones entre Caracolí, Robles y La Isla.

La “Calle 19” de Caracolí-Robles guarda algunas similitudes con la calle 19 de Bogotá. En ello resultan elocuentes las palabras de Judith: “Se le llaman ‘19’ porque como allí en la ‘19’ hay mucho ambiente, muchas mujeres así paradas; aquí pasa lo mismo, se parece, no es que ahí es pura discoteca, forman la vaina esa. Nosotros le pusimos el nombre ‘Calle 19’ porque se parece la 19 esa [risa], tú conoces, del centro”.

Otro elemento que hace que la “19” de Caracolí sea semejante a la “19” de Bogotá es el movimiento y la presencia femenina, la presencia de mujeres cuyo trabajo consiste en el intercambio económico del afecto, vale decir, en la prostitución. Al respecto, resulta ilustrativa anotación de Filomena:

Hay mucha china por ahí mal parqueada; que sí, que a pelar la muela por ahí, por ahí mismo, en cualquier túnel, en cualquier hueco, a chupar cigarrillo y otras cosas, en esa calle de la muerte esa. Eso es lo que es, en cualquier túnel, en cualquier champida, en cualquier hueco se meten, para el cigarrillo y para todo. ¡Pobre gente!¹⁹⁵

Idea compartida por Bonifacio, quien asegura que “ese lugar [...] se llama ‘Calle 19’ porque antes había mucha mujer vaga por allí, o sea, esas mujeres que hacían prostitución”. Para Otoniel, se trata de una idea muy ligada a la de llamar aquel sector “Calle 19” por el simple hecho de que la zona contó alguna vez con la presencia de residencias o prostíbulos.

En Caracolí-Robles y sus alrededores tampoco faltan los que evocan a la “Calle 19” bajo otros términos. “Esa calle nosotros la llamamos ‘calle dulcera’, porque je, por ahí hay muchas tiendas” –defiende Angélica-. Según eso, en esa calle el negro coexiste, se funde y confunde con el dulce, y sus ranchitos con las tiendas.

Otro imaginario que se tiene de la “calle 19” es el de la calle del peligro y de la muerte; eso debido a los actos violentos que allí se presencian y se viven. Para Eulalia aquella calle es llama “calle del peligro”, “calle del atraco”, “calle de la bulla” y “calle de la muerte”, porque allí pasa un poco de todo, un poco de todo relacionado con la violencia y el desorden. Se trata de una calle referenciada y temida, calle que amenaza y preocupa. Pues la “Calle 19” alberga no pocas

¹⁹⁵ Entrevistada en La Isla, el 18 de marzo de 2011.

realidades que causan preocupación entre los habitantes de Caracolí-Robles y de los barrios vecinos. Para Myriam, en aquella calle “hay mucho vicio; allí [todo] es olor a puro vicio”. Estamos aquí ante un sector que inspira miedo y desconfianza, sector que causa desconcierto y preocupación, porque allí pasa un poco de todo, un poco de bulla, de vagabundería y de pelea; en fin, porque allí se ve, se siente y se vive la violencia, y porque allí se actualizan las geografías del peligro y del miedo. Para Manuelita, aquel sector acaba siendo lo más dañino, peligroso del mundo, a tal punto que lo identifica con la muerte. “Yo lo llamo sector de la muerte” –dirá ella-

También problemática acaba siendo la “Calle 19” para Angélica. Ella define aquel lugar como el escenario donde los negros se reúnen y se alborotan, donde los negros se dan a la bulla y la vagabundería. Para Angélica, aquel lugar se llama “calle 19 porque [allí se registra] mucha vagabundería” y se hace mucha bulla.

Se puede decir, en resumidas cuentas, que la “Calle 19” de Caracolí-Robles está asociada al mal y al peligro. Para muchos, aquel es un espacio donde se encarna y se actualiza la maldad, maldad que se encarna y se actualiza en restricciones, amenazas, robos, peleas, asesinatos, violaciones, expediciones de drogas y bulla, realidades que amenazan y preocupan, desconciertan y desesperan, realidades que pueden hacer de aquel sector merecedor del apelativo de “paisaje de miedo” (Oslender, 2004). Ingrid se refiere a esta calle bajos estos términos: “Es una calle muy peligrosa, de peligro. Mucha pelea, bulla, atraco y muerte. En aquella calle atracan, roban, pelean, mejor dicho, todo. Hay gente que no pasa allí; pero yo sí, paso por allí, pero siempre con miedo, templando, porque uno no sabe qué le puede pasar”. Filomena asegura que aquella calle la llaman “calle de la muerte”, porque allí se mata y reina la plomera.

Estamos aquí frente a unos imaginarios que inspiran y motivan prácticas de vario orden, algunas de ellas contrarias y contradictorias, prácticas fundadas en la evasión, la exposición y el enfrentamiento. Entre los que no osan acercarse a aquel espacio está Angélica. Defiende ella: “Yo no paso por allá; yo no quiero problemas. [Allí] hacen mucha bulla. Con estos bafles, no¹⁹⁶, ¡qué feo!”, idea compartida por Emilia, quien confiesa: “Personalmente, nunca fui por allá, para no buscar problemas. Yo no tengo por qué pasar por aquel sector; prefiero evitar problemas, pues

¹⁹⁶ Gente problemática.

porque uno no debe dar papaya”. A esta lista de las precavidas se suma Adrianita. Esta mujer prefiere no arriesgar la vida y exponerse al peligro que representa la “Calle 19”, eso no sólo para evitar a los negros que se asumen como cansones, sino también, y sobre todo, para evitar la bulla, el escándalo y los problemas de esa gente (los negros).

Pero también se descubren en Caracolí-Robles y en los barrios aledaños personas que se expone y enfrenta aquel escenario, entre los se destaca Eulalia y Mariana. Mientras la primera pasa por aquel territorio movida por cuestiones laborales, la segunda transita por aquel espacio impulsada por el amor al baile y el interés de encontrarse con los amigos.¹⁹⁷

Se puede decir, pues, que el negro desplazado en Caracolí-Robles se sitúa y desarrolla en el escenario más desafiante de los dos barrios, escenario que repugna y repulsa, escenario que es objeto de evasión, marginación y exclusión; se puede decir que él (el negro desplazado en Caracolí-Robles) habita un sector que despierta odios y rechazos, que despierta repulsiones e indiferencias, un sector digno del calificativo “enigmático”; un sector ignorado y excluido que es símbolo de depravación y deshumanización; un sector de la otredad amenazante y anormal; una vergüenza de los dos barrios que, pese a todo lo que es y significa, es tolerada, aguantada; en fin, una vergüenza en la que el negro actualiza su doble maldición: *el ser racializado y el ser territorializado*.

Pero la “Calle 19” no está solamente asociada a lo malo y a lo peligroso. Ella juega también un papel importante en la vida de las personas, en especial de las personas negras. Aquella calle significa mucho para ellas, significa mucho para ellas como individuos y colectividad, como hombres y mujeres venidos de un mundo lejano y diferente del bogotano.

Pues la “Calle 19” constituye una realidad indispensable en la vida de muchos caracorroblesños. Constituye un espacio de convocación y de encuentro, de afirmación y visibilización. Al respecto, resultan dicentes las palabras de Juan Andrés, quien defiende:

¹⁹⁷ Al respecto, señala Mariana: “A mí me gusta la rumba. Voy a la ‘19’ con mis amigas, y otras veces con mi hermana. Pero ahora que quedó embarazada, ya no. La última vez que me fui, fue hace 20 días, con unas amigas. Nos fuimos a bailar, de noche. Yo tengo muchas amigas, pero pocas negras. Allá en la ‘19’ tengo amigos, hartos. Por eso me voy, y sin miedo”.

Pues este lugar es muy importante para nosotros. Aquí la gente se encuentra para descansar y conversar. Y para muchos es difícil pensar la vida de los negros aquí sin hablar de este lugar. Cuando se habla de negros la gente piensa de una ‘¡Ah, aquel lugar! Aquí hay de todo, comida, música y todo ese chécher ahí; y es pura alegría. Aquí uno es como si estuviese en su tierra, como si estuviera por allá en el Chocó. Pues es como si todo dependiese de aquí. Mira, qué ve ahí, peluquerías, discotecas, negocios y todo eso que es muy importante para nosotros ¿Y qué más? Nada.¹⁹⁸

Pues la “Calle 19” es un espacio de referencia obligatoria para el negro que habita en Caracolí-Robles y el que procede de otras geografías distritales, municipales y nacionales. Es un lugar de convocación para los centenares de negros que quieren unir sus fuerzas para responderles a los desafíos que se les imponen, para responderles sobre todo a los desafíos barriales, distritales y municipales relacionados con la discriminación sociorracial, ello en un entorno extraño, hostil e indiferente. En aquel espacio la cultura cobra un sentido político y se desempeña como fuente de agenciamiento. En aquel espacio se encarna y se actualiza con todo su esplendor el valor de la risa, de la bulla, de la fiesta y la libertad verbal y corporal. En aquel espacio se encarnan y se actualizan las historias, las tradiciones y saberes ancestrales. En aquel espacio se recrean y se actualizan las prácticas y costumbres que quedaron atrás, las prácticas y costumbres ligadas al lugar de origen. Aquel espacio se podría considerar muy bien como una especie de cimarronaje territorial donde se llevan a cabo prácticas autonomistas y de autoafirmación personal y grupal, cimarronaje territorial donde se lucha por la libertad y la independencia individual y colectiva. Aquel espacio se erige como un nicho de socialización donde se lucha por la reproducción y actualización de los patrones culturales y conductuales; nicho de recontextualización e imposición donde se consolidan los lazos de autorreconocimiento e identificación étnica que fortalecen los códigos estéticos y lúdicos (Anónimo, 2000; Rodríguez Echeverry, 2006); espacio de resistencia real y simbólica, de comunicación e integración donde se lucha por el reconocimiento y la visibilización de la diferencia; espacio de encuentro y desencuentro, de participación y tensión, de construcción y reconstrucción de la identidad; espacio de refugio, de protección y subsistencia, de vivencia y proyección que se transforma hábilmente en objeto de odios y amores. Incluso aquel espacio se puede considerar como el espacio de mayor pertenencia y identidad (Pérez, 2004); espacio de contradicciones y conexiones, de memoria, adaptación e

¹⁹⁸ Entrevistado en Caracolí, el 12 de febrero de 2011.

imaginación que genera conflictos en la seguridad y la convivencia; una especie de estas islas de otredad modernas, de esas geografías atemorizantes en las que se asume que suceden cosas; una especie de “[...] territorialidad hecha de puerta y puerta que inventan el instante, el giro sin retorno, el labirinto dentro del labirinto” (Torres, 2006: 197); una suerte de gueto excluido y excluyente, de no-lugar, de *apartheid* social que inspira miedo, angustia y rabia (Reguillo, 2006; Rincón, 2006); en fin, espacio híbrido que se presenta como una realidad socio-política y estratégica en la que se desarrolla la cultura como campo de batalla, como campo de lucha y confrontación de intereses. En palabras de Serrano, “un entorno vital que se construye y transforma de acuerdo con la praxis individual y colectiva”, entorno donde se generan procesos y “se construyen y reconstruyen vínculos que les dan un nuevo sentido al entorno [...] y a los individuos” (2007: 25).¹⁹⁹

¹⁹⁹ Pero para el negro se trata de un lugar conocido, de un lugar al mismo tiempo seguro y amenazado.

Conclusiones

Lo primero que urge señalar es que hablar de Caracolí-Robles significa, entre otros, referirse a una de esas zonas periféricas de las urbes colombianas, zonas periféricas de estas tierras del Divino Niño, del Sagrado Corazón y de la Virgen de los sicarios, zonas periféricas de esta patria bicentenaria, zonas donde la pobreza, los problemas del transporte, de la vivienda, la educación, la salud y la convivencia crecen y se multiplican sin freno a la vista de todos y ante la mirada impotente e inoperativa de propios y extraños. Caracolí-Robles puede muy bien considerarse una periferia de la periferia, un espacio de total privación en el que la paz, la felicidad y el bienestar resultan en muchos casos un sueño inalcanzable. Sin embargo, aquel sector constituye un destino apetecido para un sinnúmero de desplazados, desplazados que encuentran allí una posibilidad de supervivencia, lejos de los lugares de origen y de las actividades habituales, lejos de las amistades habituales y de las rutinas acostumbradas, lejos de lo que se consideraba propio y familiar. También constituye un hábitat vital para muchos hombres y mujeres, hombres y mujeres que, movidos por x o y factor, han encontrado allí un nido donde desarrollar su vida; hombres y mujeres de diversas edades, razas, gustos, sueños y desafíos que han encontrado en aquellos barrios un destino temporal o definitivo de sus peregrinajes voluntarios o involuntarios, individuales o colectivos.

Ser desplazado en Caracolí-Robles presupone, entre otros, erigirse como alguien susceptible de ser representado y de ser asociado a la maldad y la anormalidad, presupone disponerse a ser visto como una realidad homogénea, una realidad que alberga las mismas prácticas, las mismas costumbres y los mismos gustos; una realidad en la que las excepciones resultan muy escasas, y en lo peor de los casos, imposibles. Ser desplazado en Caracolí-Robles presupone, asimismo, asumirse como un sujeto con una experiencia que corre el riesgo de convertirse en una realidad vinculada a la discriminación, a la marginación y la exclusión, realidad con profundas heridas y constantes conflictos. Presupone, además, portar un cuerpo en el que están inscritos lenguajes y violencias, violencias que cuentan con prácticas, emociones, motivaciones, discursos y significados y que se encarnan en hechos reales y concretos, en lenguajes múltiples y polimorfos.

Visto desde el lugar de origen, el ser desplazado en Caracolí-Robles significa erigirse como alguien que ha sido tocado e interpelado por prácticas relacionadas con la violencia, como alguien que ha decidido decirle “no” a la violencia, burlarla y desafiarla evadiéndola; como alguien que en nombre de la propia vida y seguridad y de la vida y la seguridad de los demás, ha decidido lanzarse a lo desconocido, a lo incierto e inseguro; erigirse como un fugitivo que decide asumirse simultáneamente como víctima y agente patológico, que decide borrarse y desaparecer del mapa habitual y diluirse en el anonimato, que decide transformarse en un peregrino errante cuyo viaje carece de desenlace cierto y seguro, peregrino que apenas cuenta con un destino del que no tiene recuerdo, pues de él no ha tenido experiencia alguna.

Ser desplazado en Caracolí-Robles significa, por lo demás, constituirse en alguien que va a engrosar las filas de los desdichados y desheredados que habitan las pobres y miserables zonas periféricas de las ciudades y municipios colombianos; alguien que pone en movimiento el propio ser y la propia vida y que corre el riesgo de transformarse en un desconfiado mendigo que hace del lugar de origen objeto de recuerdo y contemplación nostálgica, que hace del lugar de origen objeto de admiración, adoración y proyección permanente, objeto a la vez presente y ausente, objeto al mismo tiempo real e imaginario.

Ahora un alto en el camino, y una palabrita sobre las representaciones sobre los desplazados caracorroleños. Ha de observarse que las poblaciones desplazadas en Caracolí-Robles son percibidas, imaginadas o representadas por los que no ostentan la categoría de “desplazado”. Se trata en general de una percepción asociada a lo malo y a lo anormal, maldad y anormalidad con relación al modo de ser, de estar y hacer, maldad relacionada con la singularidad y la colectividad, relacionada con el individuo y el grupo. En estas percepciones el desplazado aparece al mismo tiempo como un sujeto y objeto de discursos múltiples y polimorfos, reales y posibles, complementarios y contradictorios. Se trata de imaginarios que además de “marcan”, “clasifican” y “asignan”, regeneran violencia sobre unos y otros, imaginarios que inspiran y condicionan discursos y prácticas e instauran regímenes sociales que dificultan la movilidad e interacciones sociales; imaginarios que transforman la pluralidad en unidad, la heterogeneidad en homogeneidad, lo dinámico en estático, lo histórico y cultural en natural y lo contingente en necesario; imaginarios en los que lo representante se confunde con lo representado; imaginarios

que producen y reproducen hechos, que construyen y mantienen lugares y personajes, otredades y mismidades; imaginarios que producen, reproducen y mantienen vivas y activas relaciones desiguales de poder, en muchos casos jerárquicas y opresoras, relaciones basadas en poder-resistencia, imposición-oposición; e imaginarios capaces de convocar y dispersar, capaces de unir y separar.

Teniendo en cuenta lo anterior, se puede decir que el proceso de la formulación de las representaciones sobre los desplazados en Caracolí-Robles se da en y desde relaciones de poder, en y desde espacios donde se “marca”, “asigna” y “clasifica” a la gente; espacios donde el poder del discurso es capaz de organizar la conducta, la comprensión, las prácticas y creencias y de regular el cuerpo individual y social; y espacios donde se producen eventos, relaciones, estructuras, identidades y subjetividades. Pues es en el encuentro de fuerzas (unas complementarias y otras antagónicas, que mantienen relaciones simétricas o asimétricas) donde el desplazado caracorobleño es percibido, sea para formular reivindicaciones, defender posiciones o pugnar por nuevos espacios políticos y culturales. Se puede asegurar, en pocas palabras, que el lugar de la enunciación del proceso de la representación sobre los desplazados en Caracolí-Robles coincide con el espacio del ejercicio del poder y que la formulación de las representaciones sobre los desplazados en Caracolí-Robles se dan en un contexto conflictivo, en un contexto en el que se enfrentan varias voluntades, libertades e intereses políticos individuales y colectivos.

En todo ese proceso se evidencia la profunda dependencia entre conocimiento y poder. Ante todo, porque el propio acto de formular representaciones es un acto de poder. La representación apenas puede ser llevada a cabo por aquellos que están dotados de poder. Hablamos aquí de poder como esa capacidad intelectual y esas prerrogativas socioculturales que hacen posible la expresión de la realidad a través del discurso, oral, escrito, gestual o simbólico. El Estado, el experto, el político, el académico y el ciudadano común representan al desplazado caracorobleño porque poseen capacidades intelectuales y prerrogativas socioculturales para hacerlo. Pues su conocimiento está condicionado y determinado por el poder. Son los sistemas y las lógicas de poder los que permiten su producción, mantenimiento y propagación.

No sobra señalar que en Caracolí-Robles y sus alrededores hablar de desplazados significa sobre todo referirse a personas negras. Pocos son los que piensan y creen que en aquellos barrios existen desplazados que no son negros. Allí el desplazado se identifica inconfundiblemente con el negro, ese negro que se cree procede del Tumaco y Chocó y en el que se cree se encarna todo tipo de maldad y anormalidad; ese negro que irrumpe como una heterogeneidad cuyo mundo vital y relacional se evade y cuya condición de vida es de un campesino sin campo y de un ciudadano sin ciudad; ese sujeto fuera de lugar y condenado al infortunio, sujeto que soporta en carne propia discursos y prácticas racistas; sujeto que asume la cultura como fuente de agenciamiento y apela a la unidad y la solidaridad para la supervivencia; sujeto que apela a la inversión o la transvaloración basada en la exacerbación de los modos de ser, estar y hacer como estrategia de supervivencia; sujeto cuya vida puede ser definida como una batalla plural y compleja que se actualiza en la singularidad de cada grito, movimiento, palabra, gesto, mirada y silencio, batalla que constituye un desafío y oportunidad única para la configuración de nuevos sujetos y rostros.

Una alteridad racializada y territorializada, una alteridad desafiante que inspira todo tipo de pasión, pasiones relacionadas sobre todo con el odio y el malestar; otredad única y exótica, impositiva y desestabilizadora; otredad cínica y disidente con respecto a los discursos y prácticas normalizadoras y moralizadoras; otredad impúdica y autárquica que es víctima de la desconfianza, la precaución, la discriminación, la marginación y la intolerancia, víctima del ajusticiamiento y señalamiento; otredad sobresaliente y representada desde los elementos llamativos y peligrosos; otredad cuyo cuerpo ha sido visto histórico y socioculturalmente de manera despectiva y peyorativa, ha sido asociado a lo malo y a lo diabólico, a la dramatización y la diversión, a la violencia y la falta de higiene, a la delincuencia y la insubordinación, a la pereza y la irresponsabilidad, a la fealdad y el fracaso, a la irracionalidad y la animalidad, a la incivilidad y la anormalidad conductual y sexual, a la bulla y el escándalo; ese cuerpo que se cree de un simio, que se cree huele a chucha y a llanta quemada.

Ese cuerpo de los Niches que se cree representa una real y manifiesta amenaza y peligro; ese cuerpo que se cree hace siembra la violencia, violencia que inspira y condiciona prácticas y discursos; ese cuerpo estereotipado, naturalizado, esencializado y estigmatizado; ese cuerpo sexualizado y erotizado; ese cuerpo que se cree el más desordenado entre los desordenados, el

más feo entre los feos, el más dotado genitalmente entre los sexuados, el más erótico entre los eróticos; ese cuerpo apetecido eróticamente y que se puede contemplar, poseer o disponer libre o forzosamente; ese cuerpo maltratado física y mentalmente, teórica y prácticamente; ese cuerpo sobre el que se descarga la irada violencia y que a pesar de todo es rescatado, rehabilitado y revalorado por el negro para desarrollar su vida y afirmar y visibilizar su singularidad; ese cuerpo que constituye un objeto de amor y odio, aprecio y desprecio, reconciliación y lucha, inclusión y exclusión, humanización y deshumanización; ese cuerpo que en Colombia apenas se reconoce y se visibiliza en los días de partidos de fútbol, de competiciones de patinaje y atletismo, de boxeo y golf, que apenas se reconoce y visibiliza en los tiempos de carnavales y de campañas electorales, en los tiempos de emergencias, calamidades, protestas, marchas y de reinados de belleza.

En fin, ese cuerpo que en Colombia apenas se reconoce y se visibiliza en los tiempos más dramáticos y de diversión; ese cuerpo que se cree que en Caracolí-Robles habita la “Calle 19”, esa calle del baile, de la bulla, del grito y del paisaje del miedo; esa calle del otro y de lo otro donde se viven goces que permiten anestesiarse la dura realidad de la vida, que permiten dotar de emoción al vacío individual y comunitario, retar el cansancio, diluir los miedos, introducir en la vida una nueva adrenalina y soñar la esperanza y otro futuro; esa calle sin ley en la que reina la pesadilla, los imaginarios del terror y el sentimiento de generalizada indefensión; esa calle que constituye una especie de gueto excluido y excluyente, una especie de territorio “fuera de escena”, escenario de encuentro y desencuentro, de paz y guerra; esa calle política y culturalmente amada y odiada, deseada y evadida, defendida y combatida en la que se cree convive la civilización y la barbarie, la racionalidad y la animalidad, y en la que se cree que la normalización y moralización permiten organizar y reorganizar los espacios físicos y sociales, que la normalización y moralización permiten intervenir física y mentalmente los cuerpos y violar real o simbólicamente los espacios privados.

Referencias citadas

- Angulo, Alberto. 1999. *Moros en la costa. Vivencia afrocolombiana en la cultura colectiva*. Bogotá DC.: Docentes Editores.
- Anónimo. 2008. *Informe ambiental*. Informe. V.D.L.
- _____. 2008. *Informe social*. Informe. V.D.L.
- Anónimo. 2000. “Conversando con mi gente”. En: *¿Qué más de bueno?* Colección Grupo de Estudios Afrocolombianos. Bogotá: CES.
- Aparicio, Juan Ricardo. 2005. Intervenciones etnográficas a propósito del sujeto *desplazado*: estrategias para (des)movilizar una política de la representación. *Revista Colombiana de Antropología* (41): 135-169.
- Arango, Luz Stella Sierra de y Felipe Moncriff (eds.). 2005. *Violencias contra jóvenes*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Asprilla, Francisco Adelmo *et al.* 2008. *La afrocolombianidad, otra manera de pensar, sentir y valorar la diversidad*. Barranquilla: Campu-Artes.
- Bazurco, Martín. 2006. *Yo soy más indio que tú. Resignificando la etnicidad*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Bello, Martha Nubia *et al.* 2000. *Relatos de la violencia. Impactos del desplazamiento forzado en la niñez y la juventud*. Bogotá: Editorial Unibiblos.
- Bernal, Luis Gabriel. Atención en salud de familias desplazadas por la violencia: reflexiones desde la experiencia docente-asistencial. En: *Universitas Médica Bogotá (Colombia)*, 50 (2): 172-183, abril-junio, 2009.
- Bonilla, Jorge Iván. 2006. “Cuando el discurso público no lo explica todo: una mirada a la comunicación política en contextos de miedo, hostilidad y terror”. En: José Miguel Pereira y Mirla Villadiego Prins (eds.), *Entre miedos y goces: comunicación, vida pública y ciudadanía*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Cabrera, Lisandro. 2009. *Una mirada integral al desplazamiento en Colombia*. Cali: Universidad Santiago de Cali.
- Castro-Gómez, Santiago. 2009. *Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- _____. 2007. “Razas que decaen, cuerpos que producen. Una lectura del campo intelectual colombiano (1904-1034). En R. Sánchez (ed.), *Biopolítica y formas de vida*, pp. 107-141. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

- Ceballos, Maritza y Gabriel Alba. 2003. "Viaje por el concepto de representación". En: *Signo y pensamiento. Representaciones del poder. Sujetos, metáforas y espacios de comunicación, cultura y poder*, N° 43, vol. 22, jul-dic. 2003, pp. 11-21. Bogotá: Javegraf.
- Coime' cabezas, Yely Carime. 2008. "Perspectiva de Género en Eucaristías Afrocolombianas Inculturadas". Trabajo de grado. Facultad de Psicología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Foucault, Michel. 2010. *El coraje de la Verdad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Grossberg, Lawrence. [1996] 2003. "Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?". En: Stuart Hall y Paul du Gay (eds.). *Cuestiones de Identidad*. pp. 1468-180. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hall, Stuart. 2010. "Identidad cultural y diáspora" y "La cuestión de la identidad cultural". En: Stuart Hall. *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán: Envión Editores.
- _____. (ed.). 1997. *Representation. Cultural Representations and Signifying Practices*. Milton Keynes: The Open University.
- Idárraga, Julio César. 2009. "Pedagogía Allamaniana de la reconciliación: una propuesta evangelizadora del tejido humano para la pastoral imc del barrio Caracolí Localidad Ciudad Bolívar". Trabajo de grado. Facultad de Teología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Jaramillo, Ana María, Marta Inés Villa y Luz Amparo Sánchez. 2004. *Miedo y desplazamiento. Experiencias y percepciones*. Medellín: Pregón Ltda.
- Mena López, Maricel. 2008. "Una espiritualidad, alegre, festiva y transgresora desde la praxis Afro-Colombiana". En: Diego Angulo (ed.). *Espiritualidad, justicia y esperanza: desde las teologías afroamericanas y caribeñas*. Cali: Pontificia Universidad Javeriana de Cali.
- Meza, Andrés. 2003. Trayectorias de los afrodescendientes en el comercio callejero de Bogotá. *Revista Colombiana de Antropología*. (39): 71-104.
- Moreno, Luiz Fernández. 2009. "Sentido, referencia y representación lingüística en Frege". En: *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*. Suplemento 14. Málaga: Imagraf.
- Mosquera Rosero-Labbé, Claudia. 2010. "Prejuicios, incomprensiones culturales y aperturas cognoscitivas en la atención psicosocial a personas negras y afrocolombianas desterradas por el conflicto armado interno colombiano". En: Claudia Mosquera Rosero-Alabé *et al.* *Intervención social, cultura y ética: un debate interdisciplinario*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Javegraf.

- Mosquera Rosero-Labbé, Claudia y Margarita María Rodríguez. 2009. “Hablar de racismos y discriminación racial: elementos para cuestionar la ideología de la igualdad racial en Colombia”. En: Claudia Mosquera Rosero-Labbé y Ruby Esther León Díaz (eds.). *Acciones afirmativas y ciudadanía diferenciada étnico-racial negra, afrocolombiana, palenquera y raizal. Entre Bicentenarios de las Independencias y constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Nacional
- Mosquera Rosero-Labbé, Claudia y Ruby Esther León Díaz. 2009. “Características generales de los programas sociales en las ciudades de Bogotá, Cartagena, Medellín, Pereira y San Andrés. El lugar del reconocimiento de la diferencia étnico-cultural o étnico-racial negra”. En: Claudia Mosquera Rosero-Labbé y Ruby Esther León Díaz (eds.). *Acciones afirmativas y ciudadanía diferenciada étnico-racial negra, afrocolombiana, palenquera y raizal. Entre Bicentenarios de las Independencias y constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Murigi, Antony Muchoky *et al.* 2009. “El ser afro: vida devenida en espiritualidad como fundamento ethnopolítico para emergencia de humanidades”. Trabajo de grado. Universidad de San Buenaventura, Maestría en Educación-Desarrollo, Facultad de Educación. Cali.
- Naranjo, Gloria y Deicy Hurtado. 2003. “Desplazamiento forzado y reconfiguraciones urbanas. Algunas preguntas para los programas de restablecimiento”. En: CODHES. *Destierros y desarraigos. Memorias del III Seminario Internacional, desplazamiento, implicaciones y retos para la gobernabilidad, la democracia y los derechos humanos*. Bogotá: Grafiq Editores Ltda.
- Omuono, Silvanus Ngugi. 2010. “Los valores palenke y la confirmación. Aportes a la comprensión del sacramento desde la inculturación”. Trabajo de grado. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología. Bogotá.
- Ortega, Francisco. 2008. “Rehabilitar la cotidianidad”. En: Veena Das. *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional-Instituto Pensar.
- Oslender, Ulrich. 2004. “Geografías de terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas”. En: Restrepo, Eduardo; Axel Rojas (eds.). 2004. *Conflicto e (in) visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Cali: Editorial Universidad del Cauca.
- Osorio, Flor Edilma. 2006. *Las historias de vida, como técnica de investigación cualitativa*. Colección Apuntes. Bogotá: Javegraf.
- _____. s.f. *Territorialidades en suspenso. Desplazamiento forzado, identidad y resistencia*. Colombia: CODHES.
- Osorio, Flor Edilma *et all.* (dirs.). 2005. *Cooperación Internacional y desplazamiento forzado en Colombia*. s.l.: Corporación Alianza Caribe, Fundación Antonio Restrepo Barco, CEPEI.

- Pereira, José Miguel y Mirla Villadiego (eds.). 2006. *Entre miedos y goces: comunicación, vida pública y ciudadanía*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Pérez Martínez, Manuel Enrique. 2004. “Territorio y desplazamiento. El caso de Altos de Cazucá, Municipio de Soacha”. Trabajo de grado. Facultad de Estudios Ambientales y Rurales, Departamento de Desarrollo Rural y Regional. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Pires, José María. 1998. “El Dios de la vida en las comunidades afroamericanas y caribeñas”. En: ATABAQUE – ASETT. *Teología afroamericana. II Consulta Ecuménica de Teología y Culturas Afroamericana y Caribeña*. Quito: Ediciones Afroamérica.
- Ramírez Hurtado, Lina Marcela. 2010. “Caracterización del estado nutricional, hábitos alimentarios y percepción de seguridad alimentaria de la población vinculada al programa Vidas – Móviles Localidad Ciudad Bolívar”. Trabajo de grado. Facultad de Ciencias. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Red Nacional de Mujeres Afrocolombianas Kambiri. 2008. *Ser Mujer Afro en Cali. Vivencia, convivencia y resistencia*. Cali: Publicaciones Ébano.
- Reguillo, Rossana. 2006. “Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos y sus conjuros”. En: Pereira, José Miguel y Mirla Villadiego Prins (eds.). *Entre miedos y goces: comunicación, vida pública y ciudadanía*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Rincón, Ómar. 2006. “Apagá la tele, viví la ciudad: en busca de las ciudadanías del goce y de las identidades del entretenimiento”. En: José Miguel Pereira y Mirla Villadiego Prins (eds.). *Entre miedos y goces: comunicación, vida pública y ciudadanía*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Rodríguez, Mónica Rondón de. 2009. “Implicaciones ambientales generadas por las poblaciones que migran a las ciudades: estudio de caso en el barrio Caracolí – Localidad Ciudad Bolívar – Bogotá”. Trabajo de grado. Facultad de Estudios Ambientales y Rurales, Maestría en Gestión Ambiental. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Rodríguez Echeverry, Natalie (dir.). 2006. *Estado del arte de la investigación sobre comunidades afrodescendientes y raizales en Bogotá D.C.* Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Rodríguez Peláez, Alcira. 2004. “Travesía y experiencia de mujeres jóvenes migrantes afrodescendientes del Pacífico sur en Bogotá”. En: *Culturas juveniles: Identidad y consumo cultural, un estudio comparativo en contextos urbanos*. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.
- Rubiano, Alejandro Cifuentes. 2005. “Pa que se le quite la arechera. Trayectos de aprendizaje de la chirimía chocona”. Trabajo de grado. Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

- Said, Edward. [1978] 2004. "Introducción". En: *Orientalismo*. pp. 13-39. Barcelona: Debolsillo.
- Salas Cardona, Juan Camilo. 1994. "Bioética y violencia". En: Gilberto Galindo, *et al.* *El horizonte bioético de las ciencias*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Serrano, Nicolás. 2007. *Cundo el territorio no es el mismo*. s.l.: Nuevas Ediciones Ltda.
- Serrano Amaya, José Fernando. 2005. "Representaciones que violentan a los jóvenes". En: Arango, Luz Stella Sierra de; Felipe Moncriff (eds.). *Violencias contra jóvenes*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Ssimbwa, Lawrence. 2011. "Mujer afrocolombiana, esperanza de un pueblo". Trabajo de grado. Facultad de Teología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Suárez, Harvey. 2003. "Aplazados y desplazados: dos versiones de exclusión social". En: Alcaldía Mayor de Bogotá. Secretaria de Gobierno. 2003. *Conflicto urbano y violencia cotidiana en Colombia*. Bogotá: Citygraf Impresores Ltda.
- Tavera, María Cristina. 2004. "Transformaciones y continuidades de la danza tradicional del Pacífico colombiano en población en situación de desplazamiento: un estudio de caso en los barrios La Isla y El Oasis". Trabajo de grado. Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Torres, Andrés Octavio. 2006. "Bogotá: semáforo nocturno". En: Pereira, José Miguel; Mirla Villadiego Prins (eds.). *Entre miedos y goces: comunicación, vida pública y ciudadanía*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Cátedra Unesco de Comunicación Social.
- Torres Ariel, Mónica Viviana y Marisol Villate Téllez. 2010. "Recursos internos y psicosociales de cinco mujeres en situación de desplazamiento forzado". Trabajo de grado. Facultad de Psicología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Ulloa, Leidy Johannay Germán Ducuara Cruz. 2008. "Todavía existimos...la memoria que no se olvida...barrio Caracolí. Proyecto de Grado, Comunicación Social" (video). Proyecto trabajo de grado. s.l.: UNAD.
- Vásquez, María de la Luz. "De repúblicas independientes a zonas de despejo. Identidades y Estado en los márgenes". En: Ingrid Johanna Bolívar (ed.). 2006. *Identidades culturales y formación del Estado en Colombia: colonización, naturaleza y cultura*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Ciencia Política, CESO: Ediciones Uniandes.
- Vélez, Patricia Neira. 2004. Desplazamiento forzado en Soacha: ¿Se recuperan los desplazados del choque inicial? En: *Documentos CEDE*, (10):. 1-48. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Economía, Centro de Estudios de Desarrollo Económico.

Zuluaga, Jaime. 2004. "La guerra interna y el desplazamiento forzado". En: Martha Nubia Bello (ed.). *Desplazamiento forzado: Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Páginas web:

Defensoría del Pueblo. s.f. "El riesgo de ser joven en Ciudad Bolívar".
http://www.defensoria.org.co/red/anexos/pdf/03/pc/ciudad_bolivar.pdf
(Consultada 13/04/2011).

Díaz, Ismael. 2005. "Ser joven, negro y desplazado en Altos de Cazucá".
<http://www.acnur.org/puublicaciones/andares/2005/Enero/pages/4/cazuca.htm>
(Consultada 14/04/2011).

El Tiempo. 2011. "Este miércoles el presidente Santos sanciona ley antidiscriminación".
http://www.eltiempo.com/politica/sancionan-ley-antidiscriminacion_10855506-4
(Consultada 29/11/2011).

_____. http://www.eltiempo.com/politica/sancionan-ley-antidiscriminacion_10855506-4#Contentstyle
(Consultada 29/11/2011).

_____. 2011. <http://www.eltiempo.com/colombia/otraszonas/situacion-de-los-afrocolombianos-10800418-4>
(Consultada 21/11/2011).

_____. <http://www.eltiempo.com/colombia/otraszonas/situacion-de-los-afrocolombianos-10800418-4#contentstyle>
(Consultada 21/11/2011).

Escheback, Gina. 2010. "Altos de Cazucá, el refugio de los desesperados".
<http://www.soyperiodista.com/tematicas-activas/obras-necesita-su-barrio-o-su/nota1756-altos-de-cazuca-el-refugio-de-los-desesperados>
(Consultada 29/07/2011).

Navia, José. 1996. "Cazucá, una bomba de tiempo".
<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-456808>.
(Consultada 21/07/2011).

Orrantia, Marta. "Faustino Asprilla". En:
<http://www.soho.com.co/simbolo-sexual-mujeres/articulo/faustino-asprilla/7989>
(Consultada 18/04/2011).

Personería de Bogotá. "Sigue aumento del desplazamiento forzado".
<http://www.personeriabogota.gov.co/index.php?idcategoria=1376>

(Consultada 09/08/2010).

Pinzón Ochoa, Nelson M. 2007. “Los jóvenes de ‘la loma’: Altos de Cazucá y el paramilitarismo en la periferia de Bogotá”.
<http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/magnare/article/viewFile/10405/10884>
(Consultada 23/07/2011).

PNUD. S.f. “Historias para contar: Caracolí, por la integración”.
<http://www.pnud.org.co/sitio.shtml?x=58062>.
(Consultada 12/04/2011).

Roa, Elber Gutiérrez; Carlos Arango. 2006. “Caracolí: reportaje al desplazamiento en el sur de Bogotá”.
<http://www.semana.com/on-line/caracoli-reportaje-desplazamiento-sur-bogota/96603-3.aspx>
(Consultada 4/05/2011).

Rodríguez, Ana Constanza; Javier Moreno. “Ciudad Bolívar: Diferencias culturales y políticas en contacto. Una mirada sociolingüística a la migración y el desplazamiento forzado en Colombia”.
<http://www.lenguasdecolombia.gov.co/sites/lenguasdecolombia.gov.co.revista/files/02/%0> Ana Constanza Rodriguez Javier Moreno Valero 0.pdf
(Consultada 3/2/2011).